

A woman is shown from the chest up, wearing a red, patterned, off-the-shoulder dress. She is holding a large, ornate fan that features a historical manuscript design. The fan's surface is divided into sections containing text and small illustrations of figures and animals. The background is a soft-focus white and green floral arrangement.

La gitana
Arwen Grey

Contenido

LA GITANA

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

SEGUNDA PARTE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

EPÍLOGO



LA GITANA

*UNA NOVELA AMBIENTADA EN LA ÉPOCA DE REGENCIA, POR
ARWEN GREY*



PRÓLOGO

BATH 1818

John Pickery casi sentía la música como una parte más de sí mismo. Los tambores batían al ritmo de su corazón y las guitarras hacían que su sangre se acelerase.

A esas alturas, conocía el programa de la compañía de variedades de memoria. Podía recitar los números de inicio a fin y podría anunciarlos incluso mejor que el propio presentador, que abusaba del polvo y del colorete de un modo indecente, por no decir que usaba una talla de corsé más pequeña de lo que debería, haciendo que una doble capa de carne asomara entre la cinturilla de su pantalón y su colorido chaleco.

Abría el espectáculo la soprano que desafinaba al llegar a los agudos y parecía que se le iban a saltar los ojos de las cuencas por culpa del esfuerzo. Había pasado su primera y hasta su segunda juventud y ni siquiera el maquillaje podía disimularlo. Aunque, no podía negarlo, infundía cierta ternura por su intensidad dramática.

Luego venían las gemelas bailarinas. Tenían talento y eran muy hermosas y sensuales. Cuando su número acababa, la mitad de los caballeros se levantaban de sus asientos y acudían con flores y regalos a visitarlas. Y de paso el patio de butacas se aligeraba de los aromas de sus perfumes pesados, y él lo agradecía.

En tercer lugar, un malabarista borracho ejercía sus labores como podía. Perdía sus mazas, sus bolas, maldecía, pero a la gente le gustaba precisamente por eso, a juzgar por los aplausos que recibía.

Y entonces salía ella. Un rasgueo de guitarra anunciaba su salida.

La voz del presentador, un poco ahogada por el apretado corsé, trataba de dar emoción al momento:

—Y ahora, lo que todos ustedes han venido a ver. La hermosa, fascinante, el hada que les embrujará sin necesidad de usar una varita. —Estas palabras siempre eran recibidas por unas risas soeces, aunque John no dudaba ni por un segundo de que esa era la intención del presentador, porque jamás cambiaba su discurso—... Recién llegada de la cálida España, con el fuego del sol todavía en las venas: Dolores, la Gitana Hechicera.

El cartel que había visto hacía ya varias semanas mientras paseaba con Cecil no le hacía justicia. Y no solo porque era imposible que ningún artista fuera capaz de captar todo el magnetismo que esa mujer desprendía, sin necesidad siquiera de mover una pestaña.

Un aplauso cerrado amenazó con derrumbar el Teatro Real de Bath cuando ella apareció en el escenario.

Iba descalza y llevaba un vestido rojo y extravagante, lleno de volantes, fabricado en una tela vaporosa y de textura transparente a contraluz, que parecía flotar a su alrededor, dejando sus tobillos, parte de sus pantorrillas, sus brazos, su cuello y sus hombros a la vista.

Tanta piel desnuda, un poco tostada, aunque no tanto como cuando la había conocido en España, hacía que todos los hombres a su alrededor gritaran como una jauría salvaje.

La gitana llevaba las muñecas adornadas con pulseras, y un sonido como de cascabeles la acompañaba a cada paso. Su melena oscura caía sobre su espalda y sus hombros como un velo.

Una especie de gruñido animal partió de su vecino de butaca, como si fuera un perro de caza

que acababa de vislumbrar a su presa.

John lo miró con desprecio, aunque se ganó por ello una risa todavía más soez.

La música empezó a sonar, rítmica y machacona, aunque ella todavía no se había movido. No lo necesitaba para adueñarse de todos los que quedaban en el patio de butacas, que esperaban con el alma en vilo. Algunos de los admiradores de las hermanas bailarinas habían regresado y no volverían a marcharse. Cada día se quedaban más, a medida que la fama de Lola se extendía por la ciudad.

Y entonces uno de los pies de la gitana se movió. Empezó a girar sobre sí mismo, sin apenas despegarse del suelo. Los ojos de John, y los de todos los presentes, quedaron atrapados por aquel simple apéndice en movimiento.

Era hipnótico.

Era mágico.

Era sensual y electrizante.

Justo cuando todos pensaban que no podrían resistirlo más, una de sus manos empezó a girar también. El sonido de cascabeles inundó el teatro. Y la sangre de John se aceleró al ritmo de la música.

A John se le escapó un suspiro y supo que nada había cambiado en seis años.

Sin duda, seguía amándola como un total idiota.



La marea de tipos con flores, bombones y paquetes sospechosos había ido desapareciendo poco a poco. Uno a uno, habían ido pasando tras la puerta de Lola, y él lo había soportado con una paciencia desconocida para él.

De pronto, el pasillo estaba vacío. Solo quedaba él. Y ante él, la puerta cerrada con un cartel en el que estaba escrito el nombre de la nueva estrella del teatro, y casi diría que de la ciudad, con una letra torpe y con unas faltas de ortografía atroces.

Dolares, la Gitana Hechizora.

Sus ojos de editor se achicaron al ver aquello, aunque se contuvo como pudo para no sacar una pluma para corregirlo. Al fin y al cabo, había cosas más importantes. Tras aquel cartel horrendo y tras aquella puerta, estaba la mujer a la que amaba y a la que no había visto en seis años.

Inspiró hondo.

Había hecho cosas mucho más difíciles que tocar y declararse, se dijo.

Dio un paso hacia adelante e intentó no pensar en todo lo que les había separado. Para empezar, seis largos y oscuros años. Y un mar frío y lleno de tempestades. Y la cabezonería de Lola.

De pronto la puerta se abrió y la vio ante sí.

No parecía demasiado feliz de verlo. Aquella vieja expresión de enfado que parecía tener siempre que lo miraba no había cambiado en seis años. Se había quitado el vestido rojo y llevaba una bata blanca cerrada hasta el cuello. Su cabello oscuro estaba recogido sobre la cabeza y no parecía la misma persona que había bailado hacía solo una hora en el escenario. Eso la hacía más ella. Casi era la misma muchacha que le había mirado casi con la misma expresión en una tienda apestosa en un descampado español.

Sintió que la vista se le nublaba, y se dio cuenta de que había dejado de respirar. Todo lo que habría querido decir se borró de su cabeza. A él, que no callaba jamás.

—Llevo viéndote entre el público dos semanas, Juanito Piquer. ¿Has olvidado lo que te dije la última vez que nos vimos?

Lola hablaba inglés mucho mejor que cuando la había conocido. Ahora su acento español era más suave, prácticamente inexistente. Se preguntó cuánto tiempo llevaba en Inglaterra para poder hablar con aquella fluidez, y por qué no se había enterado.

Intentó hablar, pero las palabras volvieron a atrancarse en su boca. Por todos los santos, ¿qué diablos le pasaba? Así era imposible conquistar a nadie.

Lola suspiró y bajó la cabeza. John vio su coronilla solo por un instante, justo antes de que se la estampara contra la mandíbula.

Fue tan rápido que no pudo reaccionar.

Se encontró arrinconado contra una pared, con un brazo sorprendentemente fuerte apretándole el cuello y la hoja afilada de una navaja que conocía muy bien besando su mejilla.

—Tienes poca memoria dentro de esa hermosa cabeza, Juanito. Te dije que te mataría si volvía a verte. Supongo que no me queda otra que hacerlo.

John trató de enfocarla, pero su rostro, tan cerca que podría darle un último beso, estaba cada vez más borroso. Algo que siempre le había gustado de ella era que eran casi igual de altos y no tenía que agacharse para besarla.

—Todavía te amo —dijo, o tal vez pensó.

Entonces sus piernas fallaron bajo él y cayó cuan largo era.

Al menos murió con el corazón aliviado.

PRIMERA PARTE

1812

EN UN LUGAR DE CASTILLA

—Es una lástima. Era un joven prometedor.

El general Wellington, con las manos a la espalda, contempló al teniente Cecil Moorehouse, tendido en una camilla, inconsciente desde hacía dos días.

Sus palabras eran educadas, pero todos los que le rodeaban sabían que no había conocido al hombre herido más que de pasada. Aún y todo, asintieron y estuvieron de acuerdo. El solo hecho de que el gran hombre y héroe de la patria se hubiera acercado hasta allí era todo un honor y Cecil lo apreciaría, si es que llegaba a despertar un día.

El accidente había sido absurdo, ciertamente.

Unos jóvenes reclutas habían intentado cazar a un conejo que se había cruzado por el campo de tiro durante una práctica y uno de ellos había desviado el tiro hacia donde estaban los oficiales.

La bala no le había dado de lleno al teniente en la cabeza, sino que le había rozado la sien. De hecho, en un primer momento todo había parecido una tontería, pero de pronto el teniente Moorehouse había empezado a sentirse mal y había caído inconsciente. Y no había vuelto a despertar.

—Habrà que avisar a la familia.

Wellington, que ya estaba pensando en otros asuntos, como en su nueva ofensiva contra su archienemigo, Bonaparte, en todas las cosas que estaban saliendo mal desde que había llegado a España, o en el corte de su nueva casaca, miró al médico del regimiento por encima de su imponente nariz. El joven tendido a sus pies bien podría pertenecer a su familia, porque estaba dotado de un apéndice similar, aunque, en el caso de Cecil, no era tan pronunciado.

—Claro. Lo dejo en sus manos. —El general saludó y enfiló la salida de la tienda, seguido de sus hombres—. Tengan ustedes un buen día, caballeros.

Una vez a solas con su paciente, el doctor suspiró.

Había poco más que pudiera hacer por el convaleciente, además de lo que ya había hecho, como no fuera escribir aquella carta. Lo complicado era decidir qué decir en ella.



LONDRES, UN MES MÁS TARDE

—No está muerto.

La voz empecinada de Rosamund Moorehouse sonó tal vez más aguda de lo habitual, e hizo que Frederick Pickery elevara la mandíbula.

—Desde que se escribió esa carta, podría haber ocurrido cualquier cosa, amor mío.

Frederick sintió la frialdad instantánea en la mirada de la mujer a la que amaba. Durante años había tenido la esperanza de que ella cediera y aceptara casarse con él, pero siempre había alguna excusa, algo que se interponía. Primero había sido la muerte de los padres de Cecil y de James. Los niños necesitaban a alguien que los cuidara y guiara. Cuando estos habían sido mayores, había llegado Napoleón Bonaparte con sus ansias de conquistar el mundo. Luego Cecil se había empeñado en marchar a España con Wellington.

Y ahora su querido muchacho podría estar muerto.

—Si estuviera muerto, yo lo sabría. Aunque te suene a frase de novela mala, como esas que escriben tus autores, te juro que es cierto. Algo en mi corazón y mi cabeza lo sabría, lo sentiría aquí —añadió, señalándose alguna parte indeterminada de su pecho.

Poco a poco, como si no fuera consciente de que no estaba sola, Rosamund había dejado de mirarlo y se había levantado de la mesa del comedor, donde el desayuno había quedado abandonado. Hasta hacía unos minutos, eran felices y todavía comentaban la obra de teatro de la noche anterior y hacían planes para la jornada. Ahora ya nada existía para ella aparte del hecho de que Cecil sufría y estaba solo en un país extranjero, herido y sufriendo.

—Rosamund...

La carta había llegado de un modo traicionero, camuflada entre el resto del correo. Sin orlas negras, sin sellos oficiales, y había llevado el veneno de la incertidumbre a una casa donde todos fingían tranquilidad y normalidad desde hacía un año.

—Tenemos que ir a buscarlo, Fred. No podemos dejarle solo allí cuando necesita nuestra ayuda.

Frederick se levantó también y la abrazó.

Cecil era casi como su hijo y comprendía muy bien el dolor de Rosamund, porque era el que él mismo sufría. Si fuera John el que estuviera en España... Su cabeza cortó ese pensamiento de raíz. Su hijo jamás dejaría Inglaterra ni sus comodidades. Estaba demasiado acostumbrado a la buena vida, pensó. Cecil, en cambio, estaba hecho de otra pasta. Él todavía poseía cierto ímpetu conquistador en sus venas.

Aunque su cabeza práctica pensaba en la locura que suponía arriesgar la vida al atravesar al menos dos países en guerra, pensó que era justo e incluso necesario hacerlo.

Traerían a Cecil de vuelta, vivo o muerto.



—Si el señorito John va, yo también.

Rupert, el ayuda de cámara de Cecil, había aparecido de la nada y se había plantado junto a la señora Moorehouse.

Delgado, alto, con la barbilla tan erguida que nadie sabía cómo podía ver siquiera por dónde iba, ya había protestado el día en que su joven amo había partido a la guerra sin él.

Otros caballeros se llevaban a su servicio completo, incluso a sus esposas o amantes, pero Cecil había decidido que quería ser un soldado de verdad. Hasta quería luchar en batallas sangrientas y no limitarse a lucir su uniforme rojo y su palmito por los salones, como otros.

Al escuchar aquello, su tía había dejado de hablarle durante una semana, creyendo que se trataba de un capricho pasajero. Incluso su ayuda de cámara se negó a preparar su equipaje, pero todos cedieron al ver que Cecil, por primera vez en su vida, les daba la espalda y empezaba a doblar sus propias camisas.

Rupert no había estado de acuerdo con aquellas estúpidas ideas bélicas, por no hablar del estilo de su señor a la hora de hacer el equipaje. Estaba convencido de que aquello solo podía salir mal. Y ahora aquella carta había venido a confirmárselo.

No era que estuviera satisfecho de ver cumplidos sus peores temores, pero le gustaría poder hablar y decirle a la señora Moorehouse que él, evidentemente, sabía desde el principio que algo horrible iba a ocurrir.

—Ni hablar. No necesito a un criado para anudarme los corbatines. Si acaso una escolta, pero Rupert...

John Pickery, joven, guapo e insolente, se había parapetado tras un mapa en uno de los sillones de la biblioteca y fingía que no estaba nervioso ante aquella situación.

Desde que había recibido la noticia de que su mejor amigo bien podía estar muerto en un descampado español, a merced de las alimañas y los bandidos, sin contar a los soldados franceses, apenas había abierto la boca, cosa rara en él, que siempre tenía un comentario ingenioso para todo.

Ni por un solo segundo se había planteado otra posibilidad. Él viajaría hasta España para buscar a Cecil. Y lo traería de regreso, como si tenía que arrebatárselo al mismísimo Napoleón de entre sus sucias garras.

En nada estarían otra vez juntos, contemplando cómo los idiotas de sus amigos y socios de club trataban de no perder hasta la camisa en las partidas de faro y se dejaban cazar por las madres de las debutantes, mientras ellos permanecían seguros y libres como las fieras salvajes.

—Puede usted pensar lo que quiera de mis nudos de corbatín, pero le aseguro que en el lugar donde nací no se sobrevivía solo planchando bien el algodón, señorito John.

John asomó los ojos por encima del mapa para mirar a Rupert, que fingía muy mal no sentirse ofendido. Sabía bien que apreciaba a Cecil con todo su corazón, al punto que la mujer que llegara a conquistar a su amigo tendría que arrancárselo de entre los amorosos brazos a su ayuda de cámara con uñas y dientes. Y aún así, tendría tal vez que conquistar antes a Rupert.

—De acuerdo. Pero tendrás que dejar de llamarme señorito John. Hace años que visto pantalón largo.

Rupert levantó todavía más si cabe su puntiaguda barbilla, satisfecho de haber logrado lo que quería.

—Jamás.

John suspiró y volvió a ocultarse tras el mapa.

Como si no fuera bastante con atravesar el bloqueo marítimo y llegar a un país en guerra, aunque en ese momento España fuera su aliada, tendría que lidiar con el criado más estirado de toda Inglaterra.

Solo esperaba que Cecil le devolviera el favor un día.

—He oído que la situación en el campamento de los ingleses se ha complicado. Piden mujeres para atender a los soldados.

Dolores giró una muñeca y comprobó cómo la luz pasaba entre sus dedos semiabiertos. Lo que les ocurriera a los ingleses en su campamento se la traía al paio. Desde que aquella dichosa guerra había empezado, toda su vida había cambiado, y jamás se lo perdonaría ni a los franceses, ni a los ingleses, ni a los idiotas de los reyes por permitirlo.

Su hermano Javier la miró en silencio durante un par de minutos, como si esperase su reacción, aunque ella sabía muy bien que la paciencia no era una de sus virtudes.

No, Javier García-Smithens se consideraba a sí mismo un hombre de acción. Y cuando esta no tocaba a su puerta, creía que su obligación era acudir a buscarla.

—No finjas que no me has escuchado, hermanita.

Lola bajó la mano con un floreo elegante. Echaba de menos la música, el baile. Todo. Quería recuperar su vida de hacía unos años, aunque sabía bien que aquello era imposible, porque todo lo que la hacía buena y feliz había desaparecido para siempre.

—Cuando digas algo que me interese, te responderé.

Javier golpeó la mesa con fuerza, haciendo que los vasos y los platos de peltre que había encima se cayesen y todo su contenido se derramase sobre el suelo de tierra.

Lola lo miró con furia mal disimulada. Desperdiciar de ese modo lo poco que tenían era un delito. Y aún diría que un pecado. ¿Sabía ese idiota lo que costaba conseguir comida y lo que se tardaba en llegar al pozo y volver con agua fresca? No, porque siempre se lo encontraba en la mesa al regresar de la taberna o la plaza. No sabía la suerte que tenía el muy idiota de tener algo que llevarse a la boca, cuando mucha gente moría de hambre.

Él prefería hacer alardes de amo y señor de la casa, pero Javier debería saber a esas alturas que aquellos amagos de macho no la impresionaban.

—Tú podrías ser de gran ayuda para la patria.

Dolores se levantó con tanta prisa que la silla cayó hacia atrás. Su hermano tampoco se impresionó al ver su rostro tan cerca.

—Nosotros no tenemos ninguna patria, Javier, recuérdalo.

Él emitió una sonrisa lenta y se llevó una mano a un bolsillo oculto por la chaqueta de buen paño. Aunque hacía calor y el sol caía de pleno sobre la cabaña construida con barro y ladrillo, Javier jamás iba mal vestido, aunque eso supusiera sudar bajo su chaqueta bordada.

—Nos han pagado bien.

Lola frunció los labios por el disgusto.

—Te han pagado a ti, querrás decir. Pero quieres que sea yo quien arriesgue la vida.

Él se encogió de hombros, como si lo que ella decía fuera un hecho inevitable. Lola era hermosa y muy capaz de valerse por sí misma, pero siempre regresaba con Javier, que era un bueno para nada y era muy capaz de jugársela en una partida de dados.

—Yo ya no recuerdo apenas nada del habla del abuelo. En cambio, tú hasta cantas en su idioma.

—¿Y qué pasa con eso?

—Que nunca vienen mal unos oídos de más en el campamento enemigo.

Dolores volvió a sentarse. Con Javier más valía andarse con tiento y no hacer movimientos bruscos, porque nunca se sabía bien qué cartas podía tener guardadas bajo la manga.

—Ahora mismo los ingleses son los aliados de España.

Él rio y escupió al suelo, ya manchado con los restos de comida y vino antes derramados. Lola torció el gesto al ver que no tenía respeto ni por el suelo de su propia casa.

—Sí, ahora son nuestros aliados, pero antes fueron nuestros enemigos. Y mañana Dios dirá. En todo caso, ya te lo he dicho, nunca vienen mal unos ojos y unos oídos de más.

Dolores apretó los labios ante las palabras de su hermano.

Ella sabía poco de maniobras políticas.

A esas alturas, con apenas diecinueve años, tenía la sensación de que había pasado casi toda su vida en guerra, viendo muerte y pasando hambre.

En efecto, ya no sabía de quién fiarse. Los enemigos y los aliados cambiaban de día en día, y todos podían clavarte una espada o pegarte un tiro por igual.

Al final, asintió, como Javier sabía que haría.

Se metería en un campamento lleno de ingleses, rodeada de hombres que no habían visto más que fulanas desde hacía meses, incluso años, y eso a su hermano no le preocupaba en absoluto. Y todo por... ¿por qué? Él decía que le habían pagado, pero a saber quién, cuánto y si todavía le quedaba alguna moneda en el bolsillo.

Suspiró y trató de pensar que era por el bien de la patria, como Javier quería que pensara.

Su mano, casi por voluntad propia, acarició la navaja que llevaba bien escondida bajo la faja. Si los soldados la descubrían, la matarían. Eso sí, era muy probable que se llevara al infierno a alguno de ellos para hacerle compañía.

—Es gitana.

La mueca de desprecio, seguida del escupitajo casi sobre su alpargata, hizo que Lola estuviera a punto de saltarle los ojos a aquel cerdo, pero se contuvo como pudo.

En cambio, bajó los ojos con humildad y apretó los dientes. Trató de recordar las palabras justas en su idioma, aunque hacía muchos años que no hablaba en inglés.

Su abuelo había muerto cuando era apenas una niña de diez años y no había vuelto a practicar su habla con nadie, más por cabezonería que por otra cosa, porque Dios sabía que había tenido oportunidad de hacerlo. Santo cielo, su tierra estaba invadida por hombres de casaca roja, verde, blanca y azul con los que hablar en idiomas tan dispares que podía volverse loca.

—Hablo su lengua, señor. Me han dicho que necesitan mujeres aquí.

El soldado hizo un gesto divertido, como si hubiera visto hablar a un mono, pero no pareció dispuesto a dejarla pasar.

El campamento estaba atestado y apestaba, no solo a heces humanas, sino a caballos y otros animales. Había hombres por todas partes y todos parecían estar mirándola en ese instante, aunque se había cubierto la cabeza y se había puesto la ropa más oscura y ancha que tenía. Se había encorvado y oscurecido todavía más su semblante con maquillaje y hollín. Su propia abuela no la habría reconocido, y así debía ser.

—¿Tienes algún conocimiento de hierbas?

El hombre que había hablado no vestía uniforme, sino un delantal de cuero lleno de manchas de sangre, como si fuera un matarife. Había salido de una de las tiendas más grandes, en la zona más exterior el campamento, y la miraba con gesto cansado. Se estaba secando las manos en un trapo también sucio, pero al menos no la miraba como si fuera una rata sarnosa.

Lola asintió, aunque apenas conocía los nombres de tres o cuatro plantas medicinales.

—Claro, señor.

El hombre emitió un suspiro de agotamiento absoluto y se dirigió al soldado que se había burlado de ella, como si ya no estuviera presente.

—Llévala a la tienda del teniente Moorehouse y que se ocupe de él. Con suerte, aguantará vivo hasta que vengan a buscarlo. Y si no...

Lola comprendió que aquel tipo debía de ser el médico del regimiento y que estaba dejando en sus manos la vida de un hombre moribundo.

Maldijo entre dientes a su hermano y se juró que saldría de aquella trampa en cuanto pudiera.

John no había visitado el continente desde que había salido de la universidad. Tenía la sensación de que había transcurrido media vida desde entonces.

Ya había sido una temeridad viajar a Francia e Italia en plena guerra con Cecil en aquella época, cuando se habían jugado el cuello en cada aldea y en cada taberna, pero con veinte años no eran conscientes de que su temeridad, de haberles ocurrido algo, habría roto el corazón de sus parientes.

Ahora era distinto.

El día en que Cecil, entre bromas llenas de nerviosismo, le había anunciado que se había enrolado en el ejército, John no había creído que aquello fuera posible.

Al fin y al cabo, su amigo pensaba casarse con el amor de su vida, Amelia, asentarse, ser un hombre formal al fin. Tenía planes, al contrario que él, que luchaba contra la idea de su padre de que debía convertirse en su socio en la editorial, de capa caída hacía tiempo. Frederick pensaba que nuevas ideas la revitalizarían, pero él no tenía ni tiempo ni ganas para enredarse entre pliegos de papel ni de embargarse en charlas interminables con autores rancios y soberbios, algo que había quemado las ansias de vivir de su padre.

Y de pronto Cecil quería partir a la guerra. ¿Por qué?

Ninguno de los dos había tenido jamás ideas patrióticas ni había sentido absurdos deseos de derramar su sangre por ninguna causa, pero ahí estaba su amigo, contándole con una sonrisa que ahora era teniente.

La sola idea de Cecil con un uniforme le parecía tan absurda, que solo había podido reírse de él. Y emborracharse para olvidar.

Y ahora bien podía estar muerto.

Si le hubieran dicho hacía tan solo una semana que iba a recorrer otra vez el continente, esta vez acompañado con un ayuda de cámara estirado y malhumorado, tratando de evitar controles de tropas francesas y miradas suspicaces, no lo habría creído.

Las primeras etapas del viaje habían sido sencillas, pero al llegar a Southampton se habían topado con la primera sorpresa y esta no había sido agradable.

Dos días después, le seguía pareciendo increíble que no hubieran conseguido embarcar hacia España. La posibilidad más sencilla, la más lógica, se les había negado por algo tan trivial como la climatología. Ahora estaban empantanados en el puerto de Portsmouth, esperando a que la tormenta escampase, parados como idiotas, contemplando la salida, pero sin poder hacer nada.

—Mañana saldrá el sol, señorito John.

Rupert, no podía negarlo, poseía una cualidad que él no tenía: la fe.

Aunque trataba de convencerse a sí mismo de que todo saldría bien, por la noche, en la cama de una posada abarrotada y ruidosa, no podía evitar pensar en el tiempo que había transcurrido desde que se había escrito esa maldita carta y en el tipo de cuidados que le estarían proporcionando a su amigo. Santo cielo, ¿conocían siquiera la medicina moderna en ese país?

En sus peores pesadillas, Rupert y él llegaban a tiempo para encontrarse a unos gañanes disputándose los despojos de Cecil.

Él no se había considerado jamás un tipo valiente, pero había prometido que se lo llevaría a casa, aunque solo fueran sus miserables despojos.



—¡Despierte, señorito John! —La voz de Rupert, aguda y excitada, hizo que John diera un brinco de la cama, buscando a su alrededor algo con lo que atizarle—. Se lo dije, ¡ha salido el sol!

John gimió y se dejó caer en la cama cuan largo era.

La noche anterior se había acostado tarde y con varias copas de más, tras quedarse hablando con un par de hombres en la taberna. Los marinos conocían todas las novedades sobre la guerra en el continente, o eso decían. Ahora la cabeza le dolía y sentía el estómago pesado por la incertidumbre, la cerveza mala y el miedo.

Le habían contado que los franceses ejecutaban a todas personas a las que consideraban espías. Las torturaban. Las destripaban. Las violaban. Y los españoles no eran mucho mejores que ellos. Eran poco menos que salvajes de cabello oscuro, piel oscura, dientes oscuros y aliento oscuro.

Y muy feos, además.

Le contaban todo esto mirándolo intensamente por encima de los rebordes de sus jarras de peltre, con los bigotes salpicados de cerveza, sonriendo mientras dejaban sus dientes picados a la vista, regodeándose en su horror.

John se había creído todas y cada una de sus palabras, como no podía ser menos, igual que se había creído los cuentos de su padre de niño. En sus pensamientos más recónditos e inaccesibles, todavía había dragones en los más oscuros bosques y cuevas galeses.

Sus sueños, sus pesadillas más bien, habían estado salpicadas de tripas al sol, de bigotes negros, de sables blandidos con saña y de risas que se regodeaban en su sufrimiento. Ahora, además del estómago y la cabeza, también le dolían los músculos por la tensión.

—¿Qué sabemos del barco?

Rupert fingió no ver su desaliño y comenzó a ordenar su equipaje. Él no era su amo, ni le pagaba, ni siquiera parecía apreciarle, pero era como si no pudiera estar sin hacer nada.

—Partirá con la marea de la tarde, señorito John. Todavía tendrá usted tiempo de darse un baño.

John comprendió su reproche. Supo que no estaba a la altura de la misión que se le había encomendado. Que se había encomendado a sí mismo, más bien.

Pensó que tal vez debería disculparse con Rupert, pero no sabía cómo hacerlo.

—Seguro que estará bien y que pronto nos gruñirá a todos, como si fuera superior a los demás —dijo de pronto.

Rupert sonrió y supo que le había perdonado, en parte, sus flaquezas.

—Ordenaré que le preparen el agua y yo mismo sacaré y plancharé su ropa de viaje.

John se sintió como un niño, pero comprendió que Rupert se sentía mejor así. Y de pronto notó que él también se sentía mejor.

—Gracias, Rupert. Es muy amable por tu parte.

Rupert irguió la barbilla, como si aquello fuera un insulto, pero no dijo nada, así que John supo que se sentía halagado por sus palabras.

El inglés despertaba a ratos y murmuraba, gemía, se retorció y pedía una pistola.

Sobre todo, gruñía.

Al principio, a Lola le daba miedo, pero luego se fue acostumbrando a él.

Sus tareas eran sencillas. Hacerle beber y comer algo de vez en cuando, cada día un poco más, a medida que iba manteniéndose más tiempo despierto, no porque ella hiciera nada especial, sino porque, supuso, lo que fuera que tenía iba evolucionando y, por suerte, era a mejor.

El doctor que lo visitaba cada día, acompañado del que parecía el superior del teniente Moorehouse, así se llamaba el soldado herido, decía que aquella herida era impredecible. Que lo mismo el soldado podía morir al día siguiente que levantarse un día como si nada. Lola pensaba que eso mismo lo podría decir ella, que para eso no hacía falta estudiar, pero como se suponía que ella no comprendía apenas nada de lo que decía, se limitaba a bajar la mirada y a doblar gasas o a ordenar cachivaches.

Por supuesto, cuando el teniente Moorehouse se despertaba gritando que le dieran un arma, no le daba su pistola, por mucho que la pidiera con aquella mirada intensa y señalándola con un dedo enflaquecido como el de un muerto.

Supo que, lo que fuera que tenía en la cabeza, debía de producirle un dolor espantoso para que quisiera morir.

Ella jamás había conocido un dolor semejante, aunque sabía lo que era sufrir. ¿Quién no lo sabía, viviendo en un país en guerra desde hacía años? Había perdido a sus padres y a un hermano, y el único pariente que le quedaba cerca parecía disfrutar poniendo su vida y la de ella en juego por mera curiosidad.

Removió en el mortero la mezcla de miel, caléndula y lavanda. No sabía si aliviaría en algo el dolor de su paciente, pero el olor era agradable.

Ahora el inglés dormía.

Probablemente no era un hombre guapo ni cuando estaba sano, con aquella nariz enorme, pero sus ojos eran hermosos, al menos cuando no la miraban desorbitados por el dolor y el miedo.

Envolvió el emplasto con una gasa limpia y lo colocó con torpeza sobre el lado herido de la cabeza del soldado.

Primer domingo de Abril, ¡Qué día tan señalado!

Metí la mano y saqué

El número de soldado.

Lola canturreó hasta que sintió que él se encogía bajo su mano. No supo si era porque le había hecho daño o porque le molestaba su voz. Desde donde estaba, arrodillada junto a su cabeza, el olor del emplasto era casi mareante.

—Duerme, soldado —dijo en español.

El teniente Moorehouse gruñó y ella sonrió, pensando en que le gustaría saber lo que pensaba para estar siempre tan disgustado.



A John no le gustaban los barcos.

Para ser sincero, no le gustaban los barcos, ni los caballos, ni los carruajes que se movían demasiado, ni...

Quizás debía empezar a reconocer que no estaba hecho para viajar.

Rupert, en cambio, parecía disfrutar de un modo casi obsceno con todo aquello. Desde que había embarcado, juraría que se había transformado en otra persona, que su nariz se había ensanchado al oler el salitre y que sus ojos brillaban más que nunca. Sabía cuándo debía agacharse y conocía términos náuticos que a John, que se consideraba un hombre culto en comparación con la mayoría, ni le sonaban.

—Cuando dijiste que te habías criado en un ambiente peligroso, ¿no querías decir que fuiste pirata, amigo? —preguntó John con lo que pretendió ser un tono humorístico.

Rupert enarcó una ceja y, por primera vez en su vida, no respondió a su pregunta.

Aunque la tormenta había pasado, el agua no estaba más calma que el día anterior. La nave, que llevaba mercancías a La Coruña, se movía como un pequeño corcho en medio de una bañera agitada por un niño caprichoso, y hacía que John deseara encontrarse en un baile rodeado de viejas que le ofrecían a sus hijas casaderas. Solo aquella situación era comparable a aquella pesadilla.

Por suerte, no se habían encontrado con ningún barco francés por el momento. Viajaban en un convoy de cinco barcos, con tres buques de la armada como escolta. En el caso de que los sorprendiera una escuadra mayor, tendrían poco que hacer, pero habían tenido suerte de que fuera a salir justo cuando lo necesitaban. De lo contrario, tendrían que haber esperado semanas para partir. Y entonces podría haber sido demasiado tarde.

—Entonces, ¿fuiste pirata?

Rupert gruñó y John casi se sintió como si Cecil estuviera allí.

Echaba de menos a su amigo.

Javier García-Smithens consideraba que la lealtad era una cualidad que servía de poco en tiempos de guerra.

Los aliados y los enemigos cambiaban como el viento y al final uno tenía que saber buscarse la vida.

Mientras caminaba por los alrededores del campamento, esperando a su hermana, observó a los soldados, aburridos por la inacción. Aquella vida le parecía triste y ridícula. Era una suerte que él, en su condición de paria de la sociedad tanto para extranjeros como españoles, no tuviera que verse obligado a enrolarse jamás.

Se recostó contra una roca y sacó un cigarro mientras canturreaba una vieja copla.

Dolores ya debería estar allí.

Escupió al suelo y maldijo por lo bajo.

Aquella maldita muchacha nunca aprendería a acatar las órdenes sin más. Llevaba dos semanas en ese campamento y no había traído ninguna información de utilidad. A ese paso, tendría problemas con los tipos que le habían pagado.

¿De qué le servía a él saber que el soldado herido ya comía con normalidad o que pronto caminaría?

Por él, podrían llevárselo el diablo y toda su jauría al infierno. A Javier le interesaban los planes de Wellington. Quería saber si se moverían de allí, si pensaban reunir más tropas, si esperaban refuerzos. Si era cierto que planeaban ir a Portugal...

Ese campamento era una mina de oro de información con la que traficar, pero a la idiota de su hermana solo le ocurría ejercer de enfermera.

—Si te ven aquí te fusilarán. He visto el humo de tu cigarro desde mucha distancia.

Lola se deslizó a su lado, envuelta en una capa, descalza, como si tuviera que escapar a escondidas, la muy idiota. A ella no la detendrían aquellos soldaditos estúpidos, sobre todo si se destapaba y les dejaba ver sus encantos.

—No seas ridícula. Ni siquiera se les ocurre pensar que nadie pueda acercarse desde aquí. Podría venir el mismo Napoleón y les pillaría bebiendo té y farfullando su lengua. No se darían cuenta de que les están atacando.

Dolores se destapó el rostro y lo miró, seria, aunque no dijo nada.

El encierro no le sentaba bien. Parecía cansada y triste, pero Javier apartó la mirada y volvió a fumar y a escupir. Era una época dura y todos tenían que sacrificarse, también ella. Hasta ese momento había vivido protegida y feliz, aunque ella no lo supiera. Había llegado el momento de que hiciera algo más que bailar y canturrear de taberna en taberna por unas monedas. A veces había que arriesgar para ganar más.

—Te pueden parecer idiotas, pero son soldados. No dudarían en pegarte un tiro. Y no creas que preguntarían si vienes con buenas o malas intenciones. Deja de arriesgarte, aquí no hay nada que averiguar, hermano.

Javier sonrió, aunque no hubo un atisbo de humor en sus ojos claros, herencia de su abuelo inglés. Ella no había heredado de él más que una piel un poco más clara de lo habitual en los de su raza. Sus ojos eran tan oscuros como los de su abuela y su sangre igual de ardiente.

Y también su carácter.

—Eres tú la que no busca bien, Lolita. Levanta esas faldas y encuentra a un soldado de lengua larga que te cuente los secretos del campamento. Actúa como una mujer por una vez en tu...

El golpe hizo que sus palabras se cortaran. Un hilillo de sangre brotó del labio partido de Javier, que siguió sonriendo, aunque sus ojos se enfriaron todavía más.

—Si quieres averiguar secretos en la cama, tendrás que hacerlo tú mismo, hermanito. Seguro que hay soldados a los que les gustas más tú que yo —le espetó, volviendo a calarse la capa—. Me han dicho que viene alguien a buscar al teniente Moorehouse, así que muy pronto mi labor habrá terminado.

—No te puedes largar. Hay trabajo que hacer.

Lola no pareció impresionada por la alarma en la voz de Javier. Le había dado la espalda y había reemprendido el camino hacia el campamento. Sin dejar de caminar, giró la cabeza para responder.

—Tal vez haya llegado el momento de que hagas algo tú mismo.

Javier apretó los dientes y maldijo.

Luego echó la cabeza hacia atrás y rio.

Bien, su hermana podía pensar lo que quisiera, pero siempre había formas de hacer las cosas sin mancharse las manos. En eso él era un experto.



John se llevó las manos a la frente a modo de visera y contempló la llanura castellana, como si no pudiera creer lo que estaba viendo.

Cuando Cecil le había escrito para describir el lugar donde estaba, no había podido imaginarse aquello. Era... simplemente, no había visto algo así en toda su vida.

Para alguien acostumbrado a los campos verdes e infinitos, a la sempiterna humedad, a tener que lidiar con los caminos embarrados, aquello era casi impensable.

Cielo santo, ¿acaso en ese país no conocían la lluvia?

La llanura era insondable, el sol implacable y, en conjunto, el paisaje era abrumador. No podía imaginar cómo alguien, un humano normal, podía vivir en un lugar así.

—Tendremos que cabalgar cuatro horas al menos para llegar.

Rupert, que por algún motivo tenía nociones de español, volvió junto a él y se detuvo para contemplar lo que él miraba, aunque no parecía, ni de lejos, tan asombrado como John.

—¿No te parece increíble?

El ayuda de cámara, que había sobrevivido sin incidentes a un viaje en barco lleno de tormentas, con un avistamiento de tropas enemigas incluido, aunque luego había quedado en nada, a un desembarco y un traslado por tierra largo e incómodo desde La Coruña, procurando evitar a amigos y enemigos, sin saber de quién fiarse, y a todas sus quejas, se encogió de hombros y señaló a las mulas que había conseguido para la última etapa de su gesta.

—Cuanto antes salgamos, antes llegaremos, señorito John.

John miró a los animales y suspiró. Odiaba a los caballos, pero a las mulas las odiaba más todavía. Y se odiaba a sí mismo porque tenía la sensación de que debería ser un héroe, pero no estaba a la altura. ¿Por qué en los libros era todo tan sencillo? En una novela, uno leía que el protagonista salía de casa a rescatar a su dama, llegaba a su destino, en ocasiones sin que se especificara muy bien cómo, se casaba con ella y eran felices para siempre. Y todo era muy sencillo. Pero en la vida real uno se topaba con camas con chinches, con comida en mal estado,

con posaderos malhumorados y con dolor de trasero.

¡Aunque al menos no habían tenido encontronazos con tropas francesas ni con bandoleros!

A ratos comprendía muy bien a Rupert cuando le llamaba señorito, porque se sentía blando y ridículo. Echaba de menos su oporto, sus sábanas de lino y su ropa limpia. Quería ver a su padre y hasta pensaba con nostalgia en los aburridos manuscritos de los autores de la editorial y en los bailes de debutantes. Si algún día regresaba con bien a Inglaterra, juraba que no se quejaría jamás de la vida que llevaba allí. Vería el bien en todo y sería amable con todo el mundo.

Pero sería solo si volvía con Cecil.

Con un suspiro que pretendió estar lleno de resolución, montó con dificultad y enfiló el terreno pedregoso, junto a unos campos donde el trigo agostado se extendía hasta lo que parecía el infinito. No podía imaginar belleza en aquel lugar, por mucho que Cecil dijera lo contrario.

Cabalgaron durante lo que le parecieron horas eternas. Rupert permanecía callado, muy erguido en su mula, como si fuera montado sobre el corcel más elegante del mundo.

Durante el viaje en barco John no había insistido sobre su anterior vida como posible pirata, pero estaba claro que Rupert ocultaba muchos secretos, y él estaba dispuesto a averiguarlos un día.

A medida que avanzaban, empezó a sentir una tensión cada vez mayor. En poco tiempo vería a Cecil y comprobaría su estado. Muy pronto, aquella pesadilla habría terminado.

Sabía que vivía, porque había recibido noticias del doctor que le atendía durante la escala en La Coruña. No sabía mucho más, pero al menos había podido notificar aquello a la tía de Cecil y a su padre.

El campamento estaba a poca distancia. De hecho, su silueta empezaba a distinguirse ya en el plano horizonte.

Era enorme y apabullante. Y podía olerlo incluso a esa distancia.

—La bolsa o la vida.

No entendió las palabras, pero el tono y el sonido de la pistola amartillándose era inequívoco.

John pensó que era ridículo morir en ese campo casi desértico, justo ahora que estaba prácticamente junto a su amigo. Tenía una misión y no la había cumplido.

Giró la cabeza y después a la mula para mirar al bandido, que llevaba una chaqueta de paño adornada con cintas y cordoncillo, a pesar de que hacía un sol de justicia, y la cara tapada con un pañuelo de flores. Sus ojos eran de un azul brillante y resaltaban contra su piel morena.

John no era ningún héroe, pero no estaba dispuesto a dejarse matar justo en ese momento, a las puertas del regreso a casa.

Apretó los dientes y los talones. Pero la mula no se movió.

—Arre, mula —gritó, tratando de arrearla contra el matón.

Pero el bicho, tal vez considerando que le debía más lealtad a un compatriota, siguió en su sitio.

¿Cómo era aquello posible?

El asaltador lo miró durante unos instantes, como si no supiera muy bien qué hacer. Luego se acercó a él y le arrancó las riendas de la mano.

Soltó una parrafada en español, exigiéndole su dinero, supuso, y le apuntó con el arma, que era vieja y tenía un aspecto peligroso, tanto para él como para el propio delincuente.

Entonces John levantó las manos y señaló a Rupert, como indicando que era él el que llevaba todo lo de valor.

El criado, para entonces, había sacado un arma de algún lado y apuntaba al malhechor. Su mirada y su mano eran tan firmes que John no pudo menos que recordar aquellas palabras suyas

acerca del lugar donde se había criado.

El enmascarado gruñó y los apuntó alternativamente. Estaba claro que todavía pensaba que tenía posibilidades, por mucho que Rupert le apuntase. Quizás creía que alguien con esa cara de acelga no tenía ninguna nada que hacer contra un delincuente consumado. Pobre idiota. Se notaba que no sabía nada acerca de Rupert y su obsesión acerca del ahorro.

Entonces John movió un pie y lo sacó del estribo. Ese criminal estaba endiabladamente cerca. Si tan solo diera un paso más hacia él, podría...

Tal vez el ladrón le leyó los pensamientos, porque giró el arma hacia él justo en el momento en que él trataba de arrearle una coz.

El disparo sonó tan cerca que John apretó los ojos muy fuerte, rezando para que todo fuera un sueño. Sintió un dolor agudo en el brazo e inspiró hondo, como si así todo aquello fuera a pasar más rápido. Casi al instante, otro tiro partió de algún lado detrás de él.

Para su sorpresa, su truco funcionó. Cuando soltó el aire, comprobó que estaba herido, pero todavía podía respirar.

—¿Señorito John?

No supo cuánto tiempo llevaba con los ojos cerrados, pero Rupert sonaba impaciente y hasta enfadado. Al fin los abrió y lo vio frente a él. Las dos mulas parecían estar teniendo una charla muy interesante y no había ni rastro del ladrón.

—¿Sí? —preguntó, con voz fina y apenas audible.

—Que sea la última vez que me da usted un susto semejante —respondió Rupert, tan tenso como el velamen de un barco navegando a toda su potencia—. Y ahora deme ese brazo, le pondré mi pañuelo hasta que llegemos al campamento. Con un herido ya tenemos bastante.

John se miró la chaqueta rasgada y manchada de sangre y sintió un ligero vahído. El dolor era insignificante, lo cual quería decir que no era más que un rasguño, o que estaba tan cerca de la muerte que ya no sentía el dolor, pero eso no significaba que no estuviera impresionado por lo sucedido.

—¿Además de pirata, eres enfermero?

Rupert gruñó en respuesta. John sonrió, aunque gimió cuando el ayuda de cámara apretó el pañuelo demasiado fuerte. Debería de tratar de recordar en adelante no burlarse de él.

—Le he conseguido un poco de chocolate y de café, pero juro que le mataré si me delata, teniente Moorehouse.

A veces no tenía demasiado claro si él la comprendía bien, porque se limitaba a mirarla con su único ojo a la vista, fijo, como si no comprendiera lo que hacía allí.

Bien, era una buena pregunta, si algún día llegara a hacérsela, porque ella tampoco lo sabía.

Dolores se sentó en el suelo, obviando la horrible silla de campaña que el buen doctor había dejado para ella y se quitó las alpargatas. Si había algo que odiaba, era tener que andar calzada. Sin embargo, había comprobado que era mala idea caminar sin calzado por el campamento. Una podía pisar cosas muy desagradables en un lugar habitado casi exclusivamente por varones.

Lo que sí sabía era que al soldado le gustaban el chocolate y el café. Un día había conseguido un poco en el mercado a cambio de una copla y había decidido compartirlo con él. No había sido más que un impulso, pero había pensado que a él le gustaría más que aquel mejunje blanquecino al que llamaban té que le servían junto con un mendrugo de pan a modo de desayuno. Era imposible que nadie pudiera restablecerse comiendo algo tan insípido. El té que su abuelo les preparaba no se parecía en nada a aquello. Era fuerte y amargo, pero dulce a la vez, delicioso y dorado.

Al principio él lo había mirado con desconfianza, lo había olido con aquella horrible nariz, más afilada desde que había perdido peso, pero lo había probado igual.

—No temo a la muerte —le había dicho, con aquel acento ligeramente nasal que tenían todos los ingleses, mirándola a los ojos, mintiendo con tanto descaro que ella tuvo que fingir que le creía.

Desde entonces, había compartido con él todos sus pequeños tesoros, como si fueran colegas, aunque ni siquiera comprendía por qué.

Dolores quería pensar que hacía aquello para rebelarse contra el mandato de su hermano y de todos los hombres de su vida. Se suponía que, por ser mujer, siempre tenía una función en la vida supeditada a lo que fuera que ellos desearan. Cuidar de alguien, ser la esposa de alguien, ser la madre de alguien, temer a alguien, obedecer a alguien.

Ella jamás se había planteado qué había de malo en todo aquello, pero, sin duda, estaba convencida de que no estaba hecha para nada de todo eso.

Sin embargo, allí estaba, ejerciendo de enfermera de un extranjero y compartiendo con él su chocolate y su café.

Era complicado pensar en la vida fuera de allí, pero sí sabía que le gustaría decidir por sí misma, aunque fuera en algo sencillo. Al menos una vez en la vida. Que le preguntaran al menos lo que deseaba.

Se masajeó un pie y lo miró con una ceja enarcada, como él solía hacer a veces, a pesar del vendaje.

—Te irás muy pronto de aquí y lo olvidarás todo, teniente Moorehouse, pero no olvidarás ni el café ni el chocolate.

Él emitió un gruñido que bien pudo significar un asentimiento, una negación, todo lo contrario, o nada. Ese hombre gruñía a todas horas.

Un trompetazo de aquellos pensados para impresionar al enemigo, para despertar a los reclutas y a los muertos, hizo que los dos se sobresaltaran. Parte del chocolate se derramó sobre

las sábanas, haciendo que el teniente gruñera otra vez, esta vez de claro disgusto.

—No pasa nada —dijo Lola, acercándose a él para apartar la ropa sucia—. Yo las lavaré y nadie se enterará de nuestro pequeño secreto.

—¡Aparte usted sus sucias manos de mi hombre!

La voz, aguda como una campanilla, hizo que Dolores se encogiera sobre sí misma.

Al girarse hacia la lona que hacía las veces de puerta de la tienda, no supo si reír o llorar ante el panorama.

Si esos dos eran los que debían encargarse de devolver al teniente Moorehouse a su casa, atravesando un país en guerra, más le habría valido haber muerto de aquel disparo.



John siempre había luchado contra la impresión general de que era un tipo demasiado delicado, aunque ahora tal vez debía dar la razón a su padre y a los que aseguraban que debía curtirse, porque ese campamento y su olor estaban a punto de tumbarle.

No era solo que las letrinas estuvieran demasiado cerca, o que los caballos defecaran por doquier, sino que los soldados no se habían bañado en lo que parecía años y, si se fijaba bien, casi podía ver los insectos saltando de uno a otro.

Eso, unido a la pérdida de sangre casi mortal, estuvieron a punto de hacerle desmayarse nada más trasponer el control de seguridad.

Tuvo que sobreponerse, porque su misión era más importante que su ofendido olfato, que, estaba convencido, jamás se recuperaría de aquella agresión.

Cecil estaba allí y tenían que volver a casa con él.

Un jovencito, casi un niño, tan mugriento como los demás, los acompañó a la tienda del teniente.

—La gitana está con él. Tengan cuidado o les sacará la navaja si tienen las manos demasiado largas.

John no hizo demasiado caso a sus palabras. Gitanas y navajas no entraban en su ecuación mental en aquel momento.

Sin embargo, allí estaba la vieja bruja, tan cerca de Cecil como una amante, desvistiéndole.

¡Desvistiéndole!

¿Y qué eran aquellas manchas oscuras en las sábanas? ¿Sangre?

Sin ser consciente de lo que hacía, dio dos pasos hacia el lecho, no necesitó más para cruzar toda la tienda, y se agachó para tomar a la mujer del brazo.

—Si le has hecho algo a mi amigo, te juro que...

No tuvo ni idea de cómo había ocurrido, pero de pronto estaba tirado en el suelo y ella estaba retrepada sobre él. Su famosa navaja, aquella acerca de la que el muchacho les había avisado, estaba ante sus ojos, tan cerca que apenas podía enfocar más allá.

—¿Qué juras, inglés? No deberías jurar acerca de cosas que no puedes cumplir.

La voz de la gitana sonaba extraña, como si tuviera que pensar cada palabra antes de decirla, pero su inglés era bastante aceptable. Un millón de veces mejor que su español, en todo caso.

Además, aunque había pensado que era una anciana, aquella agilidad para saltar sobre él como una alimaña delataba que era mucho más joven de lo que había pensado al primer vistazo.

—Lo siento —dijo, aunque sin saber muy bien si se disculpaba por haber jurado en vano o por haberla considerado una vieja decrepita.

Un gruñido partió de la cama y los dos giraron el rostro hacia allí. John notó que la mano con la navaja se relajaba, pero no se atrevió a hacer ningún otro movimiento. Sabía que ella no le perdonaría una segunda vez.

—¿Se encuentra bien, teniente Moorehouse?

John la miró, sorprendido al notar una nota de auténtica preocupación en su voz. La capa con la que se cubría había caído unos centímetros, aunque ella corrió a cubrirse otra vez, así que no pudo siquiera atisbar cómo era. Al levantarse para acudir a ayudar a Cecil, le pisó la cara, aunque no pareció preocuparle su gruñido tanto como el de su amigo.

Mientras tanto, Rupert, como paralizado desde que habían llegado, parecía incapaz de asimilar aquel entorno ni aquella compañía.

Una gitana cuidando a su señor. Una gitana que les amenazaba con una navaja, murmuraba sin parar, como si aquello fuera el mayor sacrilegio posible.

John se levantó como pudo y se colocó junto al ayuda de cámara, que contemplaba, pálido, cómo ella se adueñaba de la situación y los ignoraba. Además, a Cecil parecían encantarle sus cuidados.

—Esto durará poco, Rupert. Dentro de muy poco tiempo estaremos en casa.

—Pero ella no es una dama, señorito John —fue lo único que pudo decir el criado, con tanta angustia en la voz que John solo pudo reír.

Por lo pronto, él solo podía sentirse feliz de encontrar a Cecil vivo y en un estado casi normal, si quitaba aquella venda en la cabeza. ¡Si hasta gruñía como siempre, y eso solo podía significar que era su amigo, que todo iba bien! En cuanto pudieran hablar averiguaría si el daño era mayor.

Por ahora solo podía dar gracias a la vida y sí, también a aquella gitana por cuidar de él.

Dolores intentó hacer lo que se suponía que era su trabajo, uno para el que no estaba preparada y que ni siquiera le gustaba, mientras nada menos que tres hombres, extranjeros y malencarados todos ellos, la miraban sin decir una sola palabra.

Uno de ellos, en particular, parecía a punto de saltar sobre ella para sacarle los ojos. Cualquiera diría que era la madre del teniente y ella estuviera a punto de robarle a su cachorro.

Se le escapó una sonrisa mientras colocaba un nuevo emplasto de hierbas sobre la herida. La cicatriz lucía sonrosada y ya no sangraba, pero ella sabía suficiente como para notar que la forma de aquel cráneo no era normal. Al palpar, podía sentir que, justo allí, bajo la herida, la sien se hundía un poco hacia adentro. Aunque no era enfermera, ni médico, alcanzaba a comprender que era aquello lo que le provocaba el dolor al inglés y no lo que se veía desde el exterior.

—Amigos —dijo el teniente muy bajito en un español atroz, como si no quisiera que los otros dos le escucharan.

Él también sonreía, algo que no había visto en las semanas que llevaba a su lado.

Dolores se contuvo para no mirar por encima de su hombro y suspirar. Si el soldado confiaba en que aquel par de inútiles le llevaran de vuelta a casa, ella no iba a ser quien le quitara la ilusión. Al menos moriría en compañía de sus amigos.

—¿Qué es ese mejunje que le está poniendo? Huele a rayos y centellas.

El más estirado de los dos, el que la miraba como si quisiera robarle a su tesoro máspreciado o a su bebé, se había acercado todo lo que su prudencia le permitía. A un metro de distancia, con la barbilla tan elevada que Lola no comprendía cómo la cabeza no giraba sobre sí misma, aquel mendrugo olisqueaba lo que llevaba en el cuenco, como si fuera veneno.

El tipo estirado hablaba un español bastante decente, mucho mejor de lo que se estilaba en los soldados. Solo la gente que había pasado mucho tiempo en el país lo hablaba tan bien. Comerciantes, contrabandistas, piratas. Él no tenía pinta de ser ninguna de esas tres cosas, pero el tiempo le había enseñado que una no se podía fiar de nadie. La confianza traía riesgos. O la muerte.

Al menos el otro idiota se había mantenido a distancia después del primer encontronazo. Estaba claro que su navaja le había asustado. Y así debía ser.

—Hierbas —respondió, agravando su tono adrede.

Se había ceñido la capucha de la capa para que no le vieran el rostro y también se había encorvado. En el campamento nadie la había visto bien aparte del teniente Moorehouse. Todos pensaban que era una vieja gitana, malhablada y gorda, fea y tal vez con verrugas. Si supieran que era joven y guapa, no saldría viva de allí.

—¿Hierbas? ¿Qué hierbas?

Lola tardó en responder. Cuando al fin lo hizo, tras encogerse de hombros, solo lo hizo para enfurecer más a aquel gañán.

—Hierbas.

—Señor, ¿cómo puede permitir usted que esta ramera le toque y ponga sus sucias manos sobre usted? Deberían ejecutarla y ahorcarla.

El inglés hablaba tan deprisa que Lola tuvo dificultades para comprender lo que decía. Se había agachado junto al teniente y había arrancado el emplasto con poca delicadeza, sin

importarle el quejido de dolor de Moorehouse.

Entonces comprendió lo que sucedía. Ese tipo era el criado del teniente. Y tal vez su esclavo, a juzgar por la devoción de su mirada y sus palabras.

—No pueden ejecutarla y después ahorcarla. Eso sería redundante —dijo el teniente, mirándola con una sonrisa juguetona—. Hay que mantener las formas en todo momento, Rupert. Somos ingleses, recuérdalo. Y debemos agradecerle a Dolores sus cuidados. Si no fuera por ella, yo no estaría aquí.

Lola trató de no mirarlo. Se suponía que no comprendía apenas lo que decía, así que no podía hacer ningún gesto de agradecimiento. Sin embargo, él la miraba, como si supiera bien que hablaba su idioma. Ese teniente era muy listo. O ella muy tonta y confiada.



John trató de no sentirse todavía más inútil de lo que ya se sentía desde que había salido de Londres.

Su respiración se había calmado después de la lucha con la gitana, pero no sus pensamientos.

Dolores.

Su lengua se movió dentro de la boca, como si tuviera que aprender a colocarse para pronunciar algo tan extraño. Jamás había escuchado un nombre semejante.

Y ella era extraña también.

Fingía unos movimientos torpes, pero había saltado sobre él como una gata. Le había vencido en un solo movimiento sin ningún esfuerzo, y su herida no era excusa, lo sabía muy bien. Ahora le dolían la herida del brazo, el trasero y el orgullo.

No era tan idiota como Rupert, que no veía más allá de la raza de aquella mujer. Conocía lo suficiente a los humanos como para saber que había ladrones y asesinos de todas las condiciones posibles. Y que algunos de ellos estaban incluso entre sus amistades más cercanas.

Ver al criado peleándose con ella por cuidar a Cecil era lo más ridículo que había visto jamás. Mientras tanto, él también sufría y nadie se ocupaba de él.

Debió de hacer algún gesto, porque de pronto la gitana le miró.

Le miró muy fijo, como si quisiera verlo por dentro.

John temió que pudiera ver el miedo que tenía de estar allí, tan lejos de casa, y también que no tenía ni idea de qué hacer a continuación.

Se señaló el brazo, todavía vendado con el pañuelo de Rupert.

—Me ha disparado un bandido en el camino —dijo, con un tono de voz que pretendió sonar valiente y engolado, aunque salió ridículo e impostado, y fue muy consciente de ello.

La gitana, Dolores, se repitió, no hizo un solo movimiento, aunque siguió mirándole, agazapada, como si fuera a saltar con su navaja sobre él en cualquier momento.

Ella dio un paso hacia él. Sus pies descalzos estaban sucios, pero eran pequeños y delicados, de piel morena, como si estuviera acostumbrada a llevarlos siempre así. Pensó que uno de ellos había pisado su rostro. Nunca nadie había puesto un pie en su cara. Nadie que él conociera osaría jamás poner un pie en la cara de otra persona. No era decente. Y a la vez era excitante.

—Tengo hierbas, si quiere probar. A él no le han matado.

Dolores señalaba a Cecil, que charlaba con Rupert como si se encontrasen en el dormitorio de la casa de los Moorehouse en Londres y no en una mísera tienda en medio de un descampado en España, rodeados de miles de soldados ruidosos.

Aquello era tan propio de Cecil que sintió deseos de sonreír. Y era un alivio, porque quería decir que había esperanza. Cecil era el hombre más digno que había conocido jamás. Si él perdía las formas, todo estaría perdido.

La gitana le tendía el cuenco con insistencia, a la espera de una respuesta.

Aquel engrudo marrón tenía un aspecto repugnante, pero era cierto que a Cecil le había servido. Con un suspiro, John asintió y empezó a soltar el vendaje. Nada más hacerlo, notó cómo los dedos se le empapaban de sangre.

Había pensado que la herida era superficial, pero todavía reciente. Solo el pañuelo había evitado que siguiera sangrando.

John se miró la mano, sorprendido de que aquel líquido rojo pudiera haber escapado de su cuerpo. No era posible. No era...

Los ojos se le nublaron y la realidad empezó a desaparecer ante su mirada.

Lo último que vio antes de desmayarse fueron unos ojos oscuros, enormes y preciosos, y una cara muy enfadada.

Muy, pero que muy enfadada.

Lola llevaba toda la vida ocupándose de hombres idiotas e inútiles.

Primero había sido su padre, un borracho y juerguista que les había dejado abandonados un buen día. Era una suerte que su madre hubiera muerto cuando eran pequeños, porque lo hubiera seguido para degollarlo.

Hacia unos pocos años se había enterado de que le había matado una patrulla de franceses después de que hubiera intentado robarles. Aunque hubiera tratado convencerse a sí misma de que aquello no suponía una gran pérdida ni para ella ni para la humanidad, era su padre, y no podía dejar de lamentarlo. Él le había enseñado sus primeras coplas y le había dicho que era mejor que todos sus hermanos juntos.

También su hermano Paco había muerto a manos de los franceses. Lo habían capturado junto con Javier, pero este había conseguido escapar. Por desgracia, el menor de los dos no parecía haber aprendido nada de aquel suceso.

De Pedro y Esteban no había sabido nada desde hacía tiempo. Estaban casados y procuraban mantenerse ajenos a lo que ocurría en el país. Y hacían bien.

Ella también lo había intentado, y había intentado ganarse la vida como había podido, de mercado en mercado, de taberna en taberna, bailando y cantando, vendiendo tabaco, chocolate, café, y todo lo que podía conseguir de contrabando. Sabía que se jugaba la vida, pero era lo bastante lista como para no meterse en problemas ni acercarse a la guarida del lobo.

Hasta ahora.

Miró al inglés, desmayado a sus pies.

Maldijo a Javier por obligarla a meterse en aquel lío y a ella misma por dejarse embaucar.

¿Qué necesidad tenía ella de cuidar a desconocidos extranjeros, cuando había gente de su país que la necesitaba?

Al menos el teniente era inteligente y agradable. Ese petimetre, en cambio...

—¿Qué le ha hecho al señorito John? ¿Le ha atacado? ¿Está muerto?

El estirado que parecía el esclavo del teniente habló con un tono tan agudo que Lola se llevó una mano al oído.

Dolores no supo si ofenderse o reírse en su larga cara. Podría decirle que su señorito John se había desmayado cuan largo era al ver su propia sangre, como un pusilánime, pero se limitó a señalar su brazo herido.

Aquella herida ni siquiera parecía gran cosa. Si viera a niños torturados y destripados o ancianas empaladas como había visto ella, familias enteras muertas de hambre, pueblos quemados...

Apretó los labios y empezó a quitarle la chaqueta, aceptablemente limpia, a pesar del largo viaje.

Hizo caso omiso del grito de indignación del criado cuando rasgó la camisa para ver la herida.

Se arrastró sobre las rodillas para lavarse las manos en la jofaina, tomó un poco de agua en ellas y la echó sobre la herida, para limpiar la sangre.

—No vas a morir de esto, Juanito —murmuró, tomando un paño limpio para enjuagar los restos de sangre que quedaban.

Él murmuró algo que no pudo comprender. Lo vio abrir los ojos, pero permaneció callado y en silencio, como si temiera moverse.

Era mejor así. Era cierto que la herida no era grave, pero no era un mero rasguño. La bala había atravesado el músculo y había rozado el hueso. Con razón sentía tanto dolor y sangraba tanto. Era una suerte que no se hubiera desangrado por el camino.

En el fondo, el señorito inglés no era un quejica.

Trabajó durante minutos, con el aliento del criado sobre su cogote, hasta que le dio un puntapié y lo envió hacia el otro extremo de la tienda. Tener tres pares de ojos sobre sí cuando sus dotes como enfermera eran bastante limitadas era duro. Solo quería largarse de allí y mandarlos a los tres al infierno. Si cometía cualquier error, la fusilarían, estaba convencida.

Casi sin ser consciente de lo que hacía, empezó a canturrear por lo bajo:

Con la bomba que tiran

Los fanfarrones

Se hacen las gaditanas

Tirabuzones.

Notó que el señorito se relajaba bajo sus manos, como si su voz, más que sus cuidados, surtieran un efecto sedante sobre él.

Cuando terminó, rematando la faena con un vendaje torpe pero seguro, levantó la mirada y se topó con sus ojos fijos en ella. Eran azules y preciosos, como los de un niño.

—Gracias, Dolores —dijo él, con voz opaca y lenta por el dolor.

Ella no supo si reírse o gruñir.

—Es Dolores —respondió, modulando bien los labios, para que él pudiera ver cómo se pronunciaba de modo correcto—. Pero puede llamarme Lola si le resulta más sencillo.

Se dio cuenta demasiado tarde de que había hablado mucho para ser alguien que no conocía su idioma. Por suerte, él había cerrado los ojos, agotado.

—Yo soy John Pickery.

—Juanito Piquer.

—No, Pickery... —protestó él, aunque su voz era tan grave que ella apenas pudo comprenderle.

Se quedó dormido allí mismo, en el suelo.

Lola fue a buscar una almohada y una manta, bajo la atenta mirada del teniente y del criado, que no dejaba de vigilarla en ningún momento.

Mientras tanto, ella se preguntaba por qué diablos se tomaba tantas molestias por aquella gente.

Sin decir una sola palabra, tomó sus alpargatas y salió de la tienda y enfiló la salida del campamento, furiosa consigo misma. Sin duda, estaba enloqueciendo.



—Dolores. Do. Lo. Res. Dolores. Dolores...

Rupert gruñó y apretó con más fuerza de la necesaria el nuevo vendaje. Había deshecho el que

había hecho la gitana, como si no pudiera soportar que ella se ocupara de John y había retirado el emplasto que le había colocado, aunque era evidente que había funcionado, porque el dolor había menguado y la hemorragia había desaparecido.

Cecil, agotado y feliz de verlos allí, se había dormido hacía rato.

—Tendremos que pedir que nos coloquen aquí un camastro para usted, señorito John. Yo puedo apañármelas con una manta. He dormido en sitios peores. Y habrá que decirle al doctor que las... —el criado calló y miró de reojo a Cecil antes de seguir hablando— atenciones de esa joven ya no serán necesarias.

John estuvo a punto de sonreír el gesto avinagrado del ayuda de cámara. En otro momento habría hecho algún chiste al respecto de los lugares peores donde había dormido, pero Rupert atajó cualquier broma al respecto con un apretón de la venda.

Estaba claro que no le había gustado su confraternización con la que consideraba una enemiga.

Como era habitual en él, permaneció en silencio y se dejó hacer.

El suelo era duro y le dolía el cuerpo tras la larga cabalgada, las caídas y la herida, pero su cabeza tenía algo más acuciante que el dolor en lo que pensar.

Dolores. Lola.

Su lengua jamás pronunciaría aquellas palabras como debía, estaba convencido de ello. Y era una lástima, porque esa mujer era lo más divinamente misterioso con lo que se había topado jamás. Ni siquiera aquella actriz francesa que presumía de ser una espía de Napoleón y luego había resultado ser una modista aburrida de Picadilly y habría acabado presa y tal vez muerta de no ser por él y por Cecil lo había embrujado tanto. O lady F, con sus insospechadas artes amorosas aprendidas en las Indias.

No. Había algo en esa gitana que lo atraía más que ninguna mujer que hubiera conocido jamás. Y tal vez estaba relacionado con el hecho de que le hubiera amenazado y no se hubiera derretido nada más verlo, como había ocurrido con casi todas las mujeres a las que había conocido desde que había empezado a vestir los pantalones largos.

Era fascinante.

Era refrescante.

Era... excitante.

Se estremeció y sintió la mano de Rupert en la frente, comprobando su temperatura.

El criado lo miró con honda preocupación, como si se hubiera convertido en un desconocido ante sus ojos.

—Debemos volver a casa cuanto antes. Esta tierra es perniciosa para ustedes.

John se limitó a asentir, como si estuviera de acuerdo, aunque en su interior estaba haciendo planes absurdos de abordaje a la cuidadora de su amigo.

Sin embargo, algo de cierto debía de haber en ello, porque hasta hacía una hora odiaba ese país, y ahora, si para volver a ver a la gitana tenía que quedarse allí, lo haría.

Y lo haría sin dudar.

Dolores había preparado lo que le iba a decir a Javier, y hasta había escuchado en su cabeza las palabras que él iba a responder, en el mismo tono petulante que él solía utilizar.

Debía ser una buena hermana, se lo debía a su hermano muerto por el enemigo, a su padre, su madre no esperaba otra cosa de ella... Y cuando nada más funcionase, sacaría a relucir a la Patria que los necesitaba.

La cabaña tenía la puerta abierta, demostrando una vez más la inconsciencia de Javier. No sería la primera vez que aldeanos, guerrilleros, soldados de cualquier bando o cualquiera que pasaba por allí asaltaba la casa. Estaba tan acostumbrada a encontrárselo todo tirado y roto, que había decidido no dejar nada de valor a la vista. Un poco de comida y algunas baratijas, para que no se ensañasen y decidieran quemarla como venganza. Y hasta el momento había funcionado.

Javier, en cambio, no pensaba en que aquello era todo lo que poseían. Sin aquella casa, ninguno de los dos tendría un sitio al que regresar.

Se llevó una mano a la cintura, en busca de la navaja.

A esas alturas, había aprendido que tras una puerta abierta no siempre esperaba un amigo.

Sin embargo, por una vez, pudo respirar tranquila. Reconoció el cogote sudado de su hermano y la espalda de su chaqueta bordada colocada sobre el respaldo de la única silla buena de la casa. La había traído su padre una noche de borrachera. Dijo que la había ganado a cambio de una copla que le había cantado a un conde.

Ella dudaba que ningún conde hubiera puesto jamás su trasero en una silla como aquella, sin relleno, bordados ni pasamanería, pero había fingido creerse aquella historia durante años, e incluso había pedido miles de veces a su padre que se la contara antes de irse a dormir.

Javier debió de ver el reflejo de su sombra en el suelo de tierra, porque envaró la espalda.

—Pasa o vete, pero no me vengas con más monsergas puritanas. No tengo ganas de escuchar hoy más cuentos de mujeres.

Lola conocía lo suficiente a su hermano como para saber cuándo Javier había tenido un mal día. Se preguntó si había perdido su trabuco en una partida de dados o, Dios no lo quisiera, dinero.

Entró en la casa y se quitó el manto de los hombros. Estaba tan cansada de ir oculta que inspiró hondo. Ya no se atrevía a deshacerse de aquello ni en las cercanías de su casa, porque nunca se sabía quién podía estar observando.

Se sentía sucia y tenía las manos manchadas de la sangre del señorito inglés. Había intentado lavárselas en un riachuelo del camino, pero todavía tenía restos entre las uñas.

Se sacó las alpargatas de una patada y se dirigió a la jofaina de porcelana desportillada. Cada día por la mañana iba a la fuente a buscar agua para lavarse y a esa hora todavía solía quedar algo en el fondo, ya tibia, para que pudiera limpiarse.

—Tendrás que ir a buscar más. He tenido que usarla toda.

Javier no era consciente del trecho que tenía que recorrer cada día para llegar a la fuente, antes del amanecer para no cruzarse con ningún soldado, a ser posible. Le costaba más de una hora ir y regresar con ese mísero cántaro.

—¿Para qué has usado tú el agua, si no te lavas jamás?

Solo entonces se giró para mirar a su hermano, que no se había movido en todo el tiempo

desde que ella había llegado. De hecho, empezó a pensar que era extraño que estuviera allí, cuando todavía no se había puesto el sol. A esa hora debería estar rondando las tabernas, tratando de conquistar a alguna mujer o de engañar a algún idiota, o ambas cosas a la vez.

—Unos extranjeros me atacaron en el camino. Se lanzaron contra mí como lobos.

Dolores dio un paso hacia él, tratando de ver dónde estaba su herida, aunque no parecía grave, teniendo en cuenta que estaba sentado y consciente.

—¿Soldados?

Javier vaciló, como si se lo estuviera pensando. Para entonces, Lola había llegado junto a él y le estaba levantando la camisa para buscar la herida. Encontró un rasguño en su costado, apenas un arañazo. Dudaba que hubiera gastado toda su agua para aquello, porque ni siquiera veía ningún trapo sucio por ningún lado.

—Vestían de civiles. Pero sabían luchar, te lo juro. Yo iba caminando, a lo mío, y vinieron contra mí sin haber abierto la boca.

Dolores apretó los labios. Conociendo a su hermano, dudaba mucho que aquello hubiera sucedido así. Entonces recordó las palabras del inglesito que se desmayaba al ver su propia sangre, Juanito. Según él, les había atacado un bandido.

—¿Y no será que se defendieron cuando intentaste atracarles?

Javier se sonrojó y la apartó de un empujón que la hizo caer al suelo.

—¿De dónde sacas que tu hermano es un ladrón, mujer? ¿Acaso no puedes pensar bien jamás de alguien que tiene tu propia sangre? Tu propia madre se debe de estar retorciendo en la tumba.

Dolores estaba acostumbrada a sus estallidos, así que se limitó a levantarse y a sacudirse el polvo del trasero. Sus palabras y su reacción le habían confirmado que sus sospechas eran ciertas.

Javier había disparado a Juanito.

Era una suerte para el inglés que la puntería de su hermano fuera nefasta. Si hubiera sido ella la que hubiera disparado, en ese momento estaría tocando el arpa con los angelitos.

Sin decir una sola palabra, dejó a su hermano maldiciendo y volvió a calzarse las alpargatas. Cuando estaba de ese humor, era insoportable. Con suerte, en un rato saldría camino a la taberna y ella podría regresar y descansar un rato. Y también podría pensar qué hacer con respecto a los ingleses.

—Debemos regresar a casa enseguida, en cuanto sea posible. Su tía está muy preocupada y es absurdo que siga usted aquí, señor.

Cecil gruñía a cada afirmación de Rupert.

Hacía poco rato que el doctor había abandonado la tienda, tras afirmar que ya no había nada que él pudiera hacer por el teniente. En Londres, tal vez, podría operarle en condiciones óptimas, pero no allí, en medio de la nada, en plena guerra, cuando se estaban preparando para una batalla.

—Wellington, además, cree que es mejor que regrese usted a casa, teniente. Ha cumplido usted su misión.

Todos los presentes se irguieron un poco, incluso los que estaban tendidos o recostados, ante la mención del gran héroe de la patria inglesa.

A Cecil no le quedó otro remedio que aceptar su destino. Si el general Wellington decía que debía partir, estaba claro que debía hacerlo. Incluso a la tienda habían llegado los rumores de que pronto partirían y que la batalla que se avecinaba sería terrible. Él, poco menos que un tullido, no tenía nada que hacer en ella. No sería más que un estorbo.

John pudo ver por su expresión mustia que estaba triste y decepcionado. Jamás había comprendido su deseo de luchar en un país lejano, pero el ser herido en aquellas circunstancias, en un entrenamiento, ni siquiera en medio de una heroica batalla, tenía que ser decepcionante para alguien como Cecil, tan consciente de su deber en la vida.

Como hijo menor de una familia de fortuna, si no moría con honor, ¿qué le quedaba en la vida? Debería buscar una ocupación, un entretenimiento.

John no tenía ese problema, ni a nivel moral ni monetario. Su apellido no era brillante, pero su nombre era lo bastante decente como para poder llevar la cabeza bien alta. No era rico, pero su fortuna era aceptable. No tenía más expectativa en la vida que la de no morir de aburrimiento. Y hasta eso, pensó, lo había superado, porque había tenido suficiente emoción durante ese viaje como para compensar los años que le quedaban por delante.

Dobló el brazo y se preguntó cuándo volvería su enfermera para comprobar su estado. Sería una lástima y una vergüenza que lo dejara morir en aquella tienda sin haberse dignado a hacerle una última visita.

Bueno, y sin visitar a Cecil.

Desde que se había marchado, enfurruñada, la tarde de su llegada, no había vuelto, y ya hacía una semana desde entonces. La herida del brazo todavía dolía, pero podía fingir más dolor si hacía falta. También Cecil había mejorado a marchas forzadas, pero podía convencerlo de que pusiera mala cara y gruñera más de lo normal si así conseguía que se ocupara de ellos un poco más.

Era extraño verlo allí tumbado, con ese vendaje en la cabeza y el ojo tapado. Estaba delgado, y su enorme nariz Moorehouse sobresalía más que nunca de su rostro, pero no parecía demasiado cambiado.

Si no contaba sus gritos por la noche, claro.

El primer día lo había mirado, asustado, sin saber qué hacer.

Cecil gritaba preguntando por Lola, por su pistola y hasta le pidió que le disparase a la cabeza para acabar con aquel sufrimiento.

Rupert y John le habían mirado, horrorizados, hasta que el doctor les había explicado que algo, tal vez fragmentos de hueso, perforaba su cerebro, y que nada podían hacer para aliviar su dolor. Era posible que las crisis fueran a peor, o que se acostumbrase. Solo una intervención para sacar esos fragmentos podía librarle de aquel sufrimiento, si no le mataba por el camino.

Su mirada al decir lo último había sido huidiza como la de un perro mentiroso y John había sentido deseos de partirle la boca.

Pero podía caminar, hablar, reír. Y era casi su amigo Cecil de siempre. Tal vez un poco más callado. Solo cuando el dolor lo hundía era un desconocido.

—Me gustaría hablar con Lola para darle las gracias.

A John le costó escuchar la voz de Cecil, que había hablado muy bajito, como si no quisiera que nadie más le escuchara, en especial Rupert, que echaba espumarajos de rabia cada vez que escuchaba el nombre de la gitana.

Rupert estaba convencido de que todos los males de su señor venían de los cuidados poco profesionales de su enfermera. Por mucho que el doctor hubiera dicho que aquello no era así, el criado no atendía a razones.

John miró a Cecil, que vestía uno de sus uniformes, que caía informe alrededor de su cuerpo. La delgadez extrema no le favorecía.

Él también había adelgazado. La comida del campamento era repugnante y el no poder salir del recinto no ayudaba a su forma física, por nula que fuera. Los pequeños paseos diarios que daba con Cecil eran el poco ejercicio que hacía. Al regresar a Londres, sería el hazmerreír de las bellezas de la ciudad.

—A mí también me gustaría verla.

Cecil sonrió. Por unos segundos volvió a ser su viejo amigo y John olvidó que se encontraban rodeados de soldados pendencieros a punto de entrar en batalla.

—Algo me dice que nuestros motivos son diferentes.

John trató de cuadrar los hombros y, al hacerlo, recordó que ciertos gestos serían dolorosos durante una buena temporada.

—Me intriga, eso es todo. Además, mi padre no aprobaría a una mujer que me ha amenazado con un cuchillo y me ha puesto el pie en la cara.

Cecil gruñó y siguió caminando, como si se encontrasen en su propia ciudad y no en un país extranjero. Saludaba a izquierda y derecha, y jamás perdía la dignidad, aunque el uniforme le sentase fatal. Sin duda, su amigo era digno de admirar.

—Como si a ti te importase algo lo que piensa Frederick acerca de tus deseos. Si fuera así, estarías trabajando con él y ayudándole a salvar la editorial.

John frunció el ceño, molesto.

—Si a ti te importase algo lo que pensamos los demás, no habrías arriesgado tu vida aquí. ¿Has pensado alguna vez en lo que hemos sufrido mientras te creíamos muerto? —se detuvo al ver el rostro pálido de Cecil—. Lo siento. He sido muy descortés.

Cecil sacudió la cabeza y asintió.

—No, lo cierto es que jamás pensé en lo que sentíais. Y tampoco todo esto se parece en nada a lo que yo creía que sería. —La voz de Cecil sonó ronca y amarga—. No diré que me arrepienta de haber venido, pero quizás debería haber pensado en vosotros y en Amelia. Es una suerte que tengamos todavía toda la vida por delante.

John suspiró aliviado y le palmeó un hombro a su amigo.

—Volviendo a Lola, ¿por qué crees que no ha vuelto?

Cecil dejó escapar una risita que irritó a John. Aquella muchacha no le interesaba más que

cualquier otra. Solo quería darle las gracias como un caballero. Hasta un idiota como Cecil debería comprenderlo.

—¿Te parece poco que Rupert pidiera que la ahorcaran?

John gruñó y Cecil lo imitó.

Los dos se detuvieron en la linde del campamento, con las miradas perdidas en el paisaje que lo rodeaba, amarillento y seco, tan distinto de aquel donde se habían criado. El aire, caliente, llenó sus pulmones cuando inspiraron hondo. Echaban de menos su hogar.



Dolores se sentía un animal enjaulado.

Hasta no hacía tanto tiempo, ocupar su tiempo no le había parecido tan complicado.

Jamás había tenido un oficio y se limitaba a hacer lo justo para ganar su pan de cada día y un poco más. No tenía obligaciones para con nadie más que sí misma, y así debía ser. Javier tampoco se ocupaba de ella, así que no tenía que mirar por él. Ya se ocupaba su hermano de buscarse las habichuelas. Si robaba o si engañaba a otros para comer, no era asunto suyo. La conciencia debería picarle a él, no a ella.

Sin embargo, lo hacía, maldito fuera.

Desde que había sabido que había sido Javier el que había atacado a los ingleses, había sido incapaz de volver a pisar el campamento inglés.

Se había dicho a sí misma que ya había decidido hacerlo antes, pero lo cierto era que se lo había dicho mil veces y siempre había regresado.

Se tapó bien con la capa y contempló a aquellos dos hombres. No debería preocuparse tanto, porque no la verían ni aunque les hiciera señales.

Le alegraba ver al teniente en pie, aunque estuviera tan delgado como un junco.

Su intención al acercarse no había sido ir a verlos.

El doctor le había prometido pagarle por sus servicios y ella necesitaba el dinero. No era ninguna santa y comía como todo hijo de vecino. Además, era evidente que había hecho bien su trabajo. Hasta Juanito parecía estar bien, como si fuera a empezar a bailar en cualquier momento.

El olor acre, a sudor y suciedad, la alertó de que ya no estaba sola, pero fue demasiado tarde para escapar.

—Hace tiempo que queríamos echarte el guante, gitana.

Lola se caló más la capa, pero alguien se la arrebató. No tuvo tiempo de echar la mano al fajín bajo el que ocultaba la navaja, porque un golpe la dejó inconsciente.

Rupert permanecía un paso por detrás de su señor, como si necesitase vigilar cada paso.

John había intentado bromear con ello, pero había aprendido que no era una buena idea. Además, comprendía los nervios del criado. En una hora habrían abandonado el campamento y, en unos días, ese horrible país.

En unos meses, todo aquello sería una pesadilla que poblaría sus sueños en las horas más oscuras. Con suerte, jamás hablarían de ello.

Cecil, muy erguido en su uniforme, no hablaba. Se había despedido de sus compañeros de armas y su mente parecía ajena a todo lo que lo rodeaba, como si en esencia ya no estuviera allí.

El doctor había pasado a primera hora para revisarlo por última vez y para despedirse.

—Solo puedo desearle mucha suerte, teniente Moorehouse.

A John no le pareció que el doctor fuera muy optimista, pero no dijo nada. Ese hombre parecía abrumado ante lo que se le venía encima.

Nadie a esas alturas podía obviar que algo se cocía en el campamento. Había ruido de tropas en movimiento a todas horas, gritos, sonido de cornetas, tambores. Soldados que corrían en lo que a él le parecían carreras sin sentido. Pero qué sabía él de guerras, más allá de lo que había leído en las obras de Homero y Virgilio.

Lo único de lo que era cada vez más consciente era de que tenían que salir de allí cuanto antes, antes de que se vieran atrapados en medio de una batalla.

Mientras el doctor revisaba a su amigo por última vez, John salió de la tienda para encontrarse con un sol abrasador. No entendía cómo podían soportar los soldados aquellos equipos tan pesados.

—Hablará. El hambre la hará hablar.

—Las ratas de su especie no conocen el honor.

Algo ocurría en uno de los extremos del campamento.

John se dijo que no había tiempo para la curiosidad, que a esas alturas debería estar comprobando que todo el equipaje estaba ya en el carro, pero hubo algo que le llamó la atención de lo que decían aquellos soldados.

—Esa ramera gitana estuvo semanas entre nosotros para espiarnos. Es raro que no nos rajara el cuello mientras dormíamos.

John miró al soldado que había hablado. No se distinguía del resto por nada en especial. Probablemente era valiente y patriota, y estaba asustado, como todos, pero su sonrisa le repugnó.

Hablaba de Lola, la mujer que había salvado, o al menos había ayudado a salvar, a su amigo. Y que también le había ayudado a él sin esperar nada a cambio.

No tuvo que esperar mucho más para saber que su enfermera se encontraba presa en la tienda que custodiaban, o más bien merodeaban, y que no estaban dispuestos a esperar un juicio para impartir su justicia.

Según ellos, era una espía. Y solo había un castigo para los espías y los traidores.

No supo qué se había adueñado de él, pero comenzó a caminar hacia ellos y se plantó junto al grupo, como si se encontrasen en un salón londinense cualquiera, charlando acerca de la última carrera de caballos.

—Me gustaría hablar con el oficial al mando, si no es mucha molestia, caballeros.

Los soldados lo miraron como al espécimen extraño que sin duda era.

John estaba lejos de ir vestido como en sus mejores momentos. Su ropa no estaba almidonada y su corbatín no se mantenía tan firme como solía pero, al lado de los soldados, brillaba como el sol. El mismísimo Brummel habría estado orgulloso de él y de su temple.

—¿Quién es esta linda flor? —preguntó uno de los soldados, escupiendo en la punta de su bota, sin disimular siquiera que lo había hecho adrede.

John miró el escupitajo, pero no dijo nada.

Inspiró hondo, aunando toda la paciencia de la que fue capaz. Sabía que, en caso de un enfrentamiento, tendría todas las de perder, así que debía intentar que todo aquello se solucionase de un modo pacífico.

—Me gustaría saber si la dama a la que tienen encerrada es Dolores, la mujer que atendió al teniente Moorehouse durante su indisposición. Si es así, quiero que sea liberada al instante por sus servicios.

Los soldados lo miraron como si no comprendiesen una sola palabra de lo que decía. ¿De verdad era tan complicado? John empezó a impacientarse cuando ninguno de ellos se movió al cabo de un minuto. ¿Acaso la guerra los había embrutecido al punto de que ya no comprendían su propia lengua?

—¿Ha dicho dama? ¿La gitana?

Los soldados rieron a carcajadas, y uno de ellos le dio un golpe que tal vez pretendió ser amistoso en el hombro. La mala suerte quiso que fuera el lugar donde estaba la herida, todavía reciente.

John emitió un quejido de dolor.

Aquello había dejado de ser divertido. Y lo cierto era que tenía bastante prisa.

—He dicho dama, sí. Y ahora, si me permiten, me la llevaré.

Como amago de valentía, intentar atravesar el grupo para entrar en la tienda, estuvo bien, pero alguien lo atrapó por detrás y lo tiró al suelo.

—Alto ahí, caballere. No tengo ni idea de quién eres, pero nadie puede ver a la traidora. Será ejecutada mañana y las órdenes vienen de arriba. Sigue tu camino y olvídala.

John miró el cielo azul. El golpe había dolido, pero escuchar aquello dolía más.

¿Olvidarla? ¿Cómo iba a olvidar a una mujer así?

Era tan ridículo como pedirle que olvidara el sol y las estrellas.

Cielo santo, esa mujer le había amenazado con una navaja y le había puesto un pie en la cara. Y después le había curado. Le debía intentar salvarle la vida, al menos.

Se levantó del suelo y se sacudió la ropa con parsimonia.

—Quiero hablar con su superior.

El soldado que le había escupido en la bota lo miró con algo cercano a la admiración.

—Todo el mundo tiene derecho a perder el tiempo de la manera que considere justo, señorito. Pero ya le digo que yo me iría despidiendo.

John asintió y se dirigió de vuelta a la tienda, donde Cecil seguía con la mirada perdida, ahora que el doctor se había despedido, y Rupert se movía como una abeja, comprobando que todo estaba listo.

—Lola está presa y necesito tu ayuda para salvarla.

John solo supo que su amigo le había escuchado por su ceja enarcada y su gruñido. Y fue un alivio saber que Cecil había regresado y que no estaría solo en aquello.

Dolores odiaba los espacios pequeños, y aquella tienda, después de haber pasado allí un día entero, sudando y sin haber comido ni bebido nada, se había convertido en una diminuta trampa.

Le habían quitado la capa y el fajín. Y la navaja, por supuesto. Por lo demás, la tienda estaba vacía. No habían dejado siquiera una silla o un catre, como si temieran que pudiera utilizarlos como arma.

Porque lo haría.

Desde que había despertado, había intentado escapar dos veces, y la habían atrapado en las dos ocasiones. En la última, la habían atado como un fardo y la habían dejado tirada sobre el suelo de tierra, doblada sobre sí misma.

A veces los escuchaba hablando sobre ella. No comprendía todo lo que decían, pero sí lo suficiente.

Iba a morir.

Y era irónico, porque ni siquiera había hecho aquello de lo que la acusaban. Aunque supuso que daba igual. Soltarla sería un descrédito para ellos.

En algún momento, se quedó dormida. Estaba agotada, le dolía la cabeza allá donde la habían golpeado y hacía mucho calor. La sed era horrible y pensó que era mejor dormir y no despertar a darles el placer de ahorcarla o fusilarla. Además, a saber lo que le harían antes de matarla. Sí, sin duda era mejor dormir y no despertar.

La despertaron unas risas escandalosas en el exterior.

Una voz un poco más grave y educada que el resto intentaba imponerse por encima de las de los soldados, así que pensó que todo había acabado.

Intentó erguirse para sentarse.

Si iba a morir, al menos que no la encontrasen tirada como a una pordiosera.

Y entonces hubo algo en aquella voz que hizo resonar algo en su dolorida cabeza.

Consiguió arrastrarse hasta la lona de la tienda para escuchar mejor.

¡Oh, sí, no cabía duda! ¡Era él!

Juanito Piquer.

No supo si enfadarse con el señorito inglés o sonreír. Desde luego, si pretendía salvarla con aquellos argumentos, iba por mal camino.

Pero lo cierto era que nadie jamás había hecho algo así por ella.

Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Debía de ser el cansancio.

Y de pronto escuchó que se iba.

¡No! ¡No!

Se tragó las lágrimas amargas y dejó caer la cabeza dolorida contra el suelo, agotada.

—Al menos lo has intentado, Juanito. Gracias —murmuró.

Cerró los ojos y trató de volver a dormirse, aunque no lo consiguió. Las voces de los soldados eran ahora mucho más groseras. Se mofaban del señorito y se preguntaban por qué querría salvar a una ramera gitana.

Ella también se lo preguntaba.



—La encontraron merodeando el campamento, teniente. Supongo que entiende lo que eso quiere decir.

Wellington no los miraba. Tenía la vista fija en un mapa, dándoles a entender que su problema era nimio en comparación con sus otras preocupaciones.

Y, sin duda, lo era.

Una posible espía y una guerra a ganar eran dos temas incomparables. El solo hecho de que hubiera accedido a verlos, teniendo en cuenta lo ocupado que estaba, era un honor, pero que los escuchara era otra cuestión.

—Se ocupó de mí durante semanas y desapareció de repente. Quizás volvió a por su paga.

Wellington miró a Cecil durante apenas un segundo y acompañó su mirada con un suspiro de exasperación, como si no tuviera tiempo para estupideces.

—Si se escuchara usted a sí mismo, teniente, comprendería que sus palabras no hacen más que afianzar las sospechas hacia esa muchacha.

—Pero...

—La gitana apareció aquí y se ofreció a cuidarle sin que nadie supiera muy bien cómo. Y desapareció de la misma manera. ¿Puede usted explicarme quién es?

Cecil gruñó y trató de no mirar a John, que sintió deseos de saltar contra el famoso general, de quien había esperado mucha más generosidad. ¿Acaso no había salvado esa mujer a uno de sus mejores soldados a cambio de nada? ¿Qué más daba quién fuera?

—Con todos mis respetos, general, si hubiera querido hacernos daño, habría tenido un millón de oportunidades. Y le aseguro que en mi tienda no ha podido acceder a ningún tipo de secreto. Si lo que Lola pretendía era espiar el campamento, me temo que se equivocó de soldado —añadió, señalándose la enorme nariz, un apéndice por el cual se los conocía a ambos.

Wellington se sonrojó ante aquellas palabras. Con un bufido, dejó de fingir que estaba estudiando los mapas y se cuadró ante ellos. Descartó a John con una mirada casi de desprecio y miró a Cecil con cara de pocos amigos. Estaba claro que no lamentaría su marcha.

—Si la dejo ir es porque ahora los españoles son nuestros aliados y el doctor me ha asegurado que es una buena muchacha, no porque usted... —Wellington dejó de hablar, como si temiera que se notara que sus palabras anteriores le habían molestado—. No nos interesa que se sepa que hemos ejecutado a una ciudadana española sin pruebas suficientes de culpabilidad, justo ahora que necesitamos toda la colaboración de las autoridades.

—¿Van a liberarla?

John sintió que la boca se le secaba por la ansiedad. La mirada de Wellington rozaba el desprecio absoluto, pero le dio igual.

Necesitaba saber que Lola estaba libre. Y también sentía unas ganas terribles de romperle la cara a ese hombre, por muy héroe de la patria que fuera.

—Queremos llevárnosla. No ha hecho nada para que la tengan presa. Y menos todavía para matarla.

El general no pareció escuchar ninguna de sus palabras. El mapa que tenía ante él parecía demasiado importante para él. Nada indicaba que hubiera notado su presencia, como no fueran sus miradas de asco. John era un civil. Ni siquiera debería estar en esa tienda.

—Tal vez necesiten una guía. No podremos proporcionarles a nadie que les acompañe, dada la situación en la que nos encontramos.

John tardó en comprender lo que Wellington decía. A esas alturas, el general ya los había despedido a su expedita manera y había regresado a sus mapas, como si ya no estuvieran allí.

Junto a él, Cecil había saludado y se había cuadrado.

—Ha sido un placer servir junto a usted, general. ¿Podría darnos usted la orden por escrito?

Wellington bufó ante tamaña desfachatez, garabateó un papel y prácticamente se lo lanzó. Después, una vez hecho tal dispendio, se limitó a levantar una mano para despacharlos.

Una vez en el exterior de la tienda, John apenas podía creer que se habían salido con la suya. De no tener mucho que hacer, se desmayaría. O se tomaría una copa.

O tal vez las dos cosas.

—Dios Santo, no me puedo creer que nos hayamos salido con la nuestra.

Cecil se limitó a gruñir de satisfacción.

—Antes de continuar con esto, debo de mostrar mi desacuerdo con todo este asunto, señor.

Rupert estaba tan envarado como las ballenas del corsé de una tía reumática y John pensó que debía de resultarle doloroso el haber mostrado una sola crítica a su amado señor.

Desde que lo conocía, jamás le había escuchado decir ni insinuar que Cecil pudiera haber hecho algo malo. Ni siquiera cuando se había ido a la guerra, dejándolo a él atrás, le había criticado. O al menos no lo había hecho en su presencia. Sabía, por supuesto, que había odiado la idea de que su niño bonito, al que había criado prácticamente, junto con su tía Rosamund, se fuera sin él, sin mirar atrás. Aquello era lo más cercano a una traición que podía sufrir alguien tan fiel como él.

Pero no le había puesto mala cara. Y lo cierto era que había sido el único.

Sin embargo, ahora que su señor había rescatado a una mujer de una muerte segura, algo por lo que debería darle las gracias y aún felicitarle, y hasta debía hacerlo todavía más grande a sus ojos, lo criticaba.

Comprendía la misoginia del criado, y hasta su racismo, pero Lola había salvado la vida de su señor. Le había cuidado cuando él no había podido estar a su lado. ¿Acaso no era justo que Cecil le correspondiera del mismo modo? Cualquiera, incluso él mismo, lo habría hecho.

Había esperado, eso sí, a que estuvieran a millas del campamento. No habría osado mostrar su desacuerdo delante de los soldados que habían estado al mando de su señor, ni siquiera ahora que Cecil estaba licenciado.

No. Rupert, fiel hasta la muerte, no había movido un solo músculo ni siquiera cuando Cecil, impertérrito, había mostrado la orden del jefe supremo ante los que custodiaban la tienda donde retenían a Lola.

Los guardias habían mirado el papel y a su teniente, delgado, con la cabeza vendada y con un aspecto bastante lamentable, con poco respeto. Era como si, ya cercanos a la batalla, hubieran olvidado que se encontraban ante alguien que hasta hacía bien poco había tenido potestad sobre ellos y sobre sus vidas. Y todavía la tenía, aunque fuera por poco tiempo.

—Tengo órdenes de llevarme a la dama. Por favor, ¿serían ustedes tan amables de liberarla y de entregarle todos sus objetos?

El que había escupido en el zapato de John había apretado los labios, tal vez deseando hacer lo mismo con Cecil, pero se había contenido. Al fin y al cabo, por mucho que detestaran la idea de liberar a Lola, el hombre que se encontraba ante ellos era su superior. Y mucho más amable y paciente que John, por cierto.

A veces se preguntaba cómo conseguía Cecil mantener siempre esa flema, fueran cuales fueran las circunstancias. Luego recordó que era un Moorehouse. Quizás había algo en su sangre que les otorgaba esa cualidad.

Al fin, tras dilatar todo lo que pudo el asunto, leyendo y releendo la orden de Wellington y de tratar de mantener la nota en su poder, aunque Cecil le recordó que le pertenecía, el soldado tuvo a bien mandar a buscar a la joven, aunque no se privó de mostrar su desacuerdo en todo momento.

—Supongo que tendrá usted en cuenta que quien se acuesta con serpientes se sentirá feliz si no despierta envenenado.

Cecil esbozó una sonrisa que el soldado no comprendió. John, que lo conocía desde siempre,

pensó que ese tipo haría bien callándose sus estúpidos consejos. Luego pensó que le caía mal. Le había insultado y hasta le había escupido. Qué hacía él aconsejando mentalmente a un cretino como él.

—Prefiero a una serpiente que me ha salvado la vida guardando mi sueño que a perros estúpidos que actúan sin pensar. Y ahora, le agradecería que se diera prisa. Mi criado se impacienta cuando los horarios no se cumplen. Y creo que ustedes tienen también cosas importantes que hacer, como ganar una guerra. Y dudo que retener a una muchacha inocente ayude en algo en ello.

El soldado partió al fin, aunque no se privó de lanzar uno de sus legendarios escupitajos. Por lo visto, el rango de Cecil se la traía al paio.

—Un encanto —dijo John, nervioso e impaciente.

—Tiene razón. Una traidora no es la mejor compañía —replicó Rupert.

John lo miró, pero Rupert se alejaba ya, como si no hubiera nada que hacer allí.

¿Qué diablos le ocurría a ese hombre con su gitana?

John se sonrojó y se removió sobre la silla de la mula al recordar la escena. Aquello era más seguro que pensar en lo que había sucedido poco después, cuando Lola había vuelto, con el rostro pálido y marcado por los golpes y la ropa sucia de tierra y sudor.

No quería imaginar por lo que había pasado, pero ninguno de ellos se había atrevido a preguntar.

Cecil había hablado con ella en tono quedo y ella había asentido. Los dos se habían acomodado en el carro, acondicionado por Rupert para que su señor no sufriera los baches del camino.

El mismo criado lo guiaba, porque no confiaba en que ningún carretero pudiera hacerlo mejor.

John, en cambio, montaba en mula. Por algún motivo, había pensado que les proporcionarían otros animales para el regreso a casa.

En ocasiones era así de idiota.

Cuando habían recuperado a su adorable pero carismática enfermera, muda y empeñada en mantener la vista al frente, uno de los soldados los había guiado hasta el lugar donde se encontraban todas sus pertenencias. John había esperado un bonito corcel, como el héroe que era, pero ahí estaban sus viejas amigas, tan apáticas y llenas de remilgos que siempre. Y pudo saber que eran las mismas porque el animal le lanzó una dentellada al trasero nada más acercarse.

Aunque intentó disimular su bochorno, supo que Dolores había sido testigo de la escena porque pudo oír una risa, breve y seca.

Sin duda, esa mula y la mujer eran almas gemelas. Las dos lo despreciaban por igual.

No pudo evitar un suspiro a medio camino de la desesperación y la ansiedad, porque a ella, al igual que a Rupert, tampoco la comprendía.

Durante unos segundos, cuando la habían sacado de la tienda y se había sabido a salvo, había podido ver su agradecimiento en la mirada, pero cuando había sabido por Cecil, porque suponía que era eso lo que le había comunicado, que tendría que acompañarlos, había podido ver que no se sentía nada feliz de saberse a salvo.

Tampoco es que hubiera esperado un beso y lágrimas, pero tampoco aquella mirada de desprecio.

Ahora, mientras esperaba a que Rupert acabase con su retahíla de protestas, que Cecil aguantaba, estoico, sentado junto a Dolores en un carro guarnecido con todos los elementos blandos que habían podido encontrar, se preguntaba si tal vez no habrían debido hablar con Lola antes de dar por supuesto que ella estaría encantada de ir con ellos.

Bien, ¿quién no estaría feliz de haberse salvado de la muerte?
Aunque, por lo visto, Dolores no lo estaba. O tal vez era la compañía lo que no la hacía feliz.



Dolores odiaba viajar en carro. El meneo hacía que su estómago se removiera y todo diera vueltas a su alrededor.

Además, todavía tenía los nervios y el miedo agarrotados al estómago y sentía que podía estallar en lágrimas en cualquier momento.

Pero no quería hacerlo delante de esos extranjeros.

¿Qué iban a pensar de ella?

Recostó la cabeza contra la manta que habían colocado a modo de almohada y cerró los ojos, pero la sensación de vaivén era todavía más intensa así.

A esa hora, si no la hubieran sacado de la tienda, ya estaría muerta, dejada en un cruce de camino como aviso para los que se atrevieran a traicionar a los ingleses.

Tal vez incluso clavarían un cartel que casi nadie podría leer, aunque no sería necesario, porque sus despojos dejados secar al sol serían suficiente advertencia:

Atención, paisanos, esto es lo que os puede ocurrir si se os ocurre traicionar a un soldado inglés. Ellos no perdonan a los que ofenden, como el Buen Señor.

Gimió y sintió que un nudo le subía a la garganta.

Ella iba a ser una traidora. Eso era lo que le había pedido Javier. Había ido a ese campamento con esa intención. Ni siquiera sabía qué la había frenado. Esa muerte horrible bien podría haber sido merecida. Y no sabía por qué estaba viva.

Sintió una mano en la suya.

El teniente no dijo nada, pero aquel contacto fue suficiente para calmarla un poco.

Al salir de la tienda, a empellones, un soldado le había dicho que habían ido a buscarla y que debía ser amable, porque no tendría otra oportunidad. Le había tirado la capa y la navaja y había escupido justo encima de sus objetos más preciados, como para demostrar lo que pensaba de la idea de liberarla.

Había limpiado el escupitajo de la navaja con la falda y se la había guardado bajo la faja. Si ese idiota pensaba que así la ofendía, no había aprendido nada.

Al salir, los ingleses estaban allí.

El teniente Moorehouse estaba tan delgado que parecía imposible que pudiera mantenerse de pie. Por suerte, allí estaba su criado para sostenerle como a un bebé, por si aquello ocurría.

Era posible que la odiase, pero no se alejaba de él y lo apoyaba, fuera cual fuera la horrible idea que se le pasase por la cabeza.

Y también estaba Juanito, que no podía evitar su mirada de satisfacción. No podía estarse quieto y todo el mundo allí podría ver que ella le interesaba.

Maldito señorito inglés.

Bajó la mirada y empezó a caminar, pero el teniente la detuvo.

—La orden es que nos acompañes. Solo así podrás salir de aquí. —Lola sintió que el corazón se le encogía. Cambiaba a unos carceleros por otros. Ahora comprendía que el criado estirado tuviera esa expresión, como si hubiera tragado cieno—. Hablaremos cuando hayamos dejado el campamento atrás. Te juro que lo solucionaremos.

Lo solucionarían, sí. Pero ya no reconocía aquel paisaje. Jamás había ido tan lejos. Aquello ya

no era su casa. ¿Cómo iba a regresar, después de que todos supieran que se había ido con unos ingleses, sola?

Les debía la vida, sí, pero ya nada sería igual.

Y Javier... No había hecho lo que le había pedido, así que sabía bien que él no se lo perdonaría, por mucho que su vida hubiera estado en juego.

La mano del teniente apretó la suya un poco más fuerte, como si sintiera su angustia. El nudo se deshizo un poco, pero no desapareció. Además, le dolía la cabeza por el golpe. Aquellos cerdos que se habían quedado con la navaja de su padre y luego la habían manchado con escupitajos antes de devolvérsela sin duda habían disfrutado golpeando a una chica que no podía defenderse.

Intentó pensar en lo que le había explicado el teniente hacía unos minutos, cuando habían podido hablar. Se suponía que ella era su guía. Aquello era lo que debía decir, porque aquello era lo que decían las órdenes de Wellington. ¿Una guía que jamás había viajado más allá de su casa? ¿Cómo iba a devolver al teniente a su casa?

—Después, cuando llegemos a La Coruña, y vayamos a embarcar, tú podrás decidir si vienes con nosotros o te quedas.

Dolores había apartado la mirada. Pensar en algo tan lejano dolía mucho. Además, ¿cómo iba a decidir algo así? Lo más probable era que no le estuviera pidiendo en serio que fuera con ellos a Inglaterra. Cuando llegara el momento, ella tendría que quedarse en tierra.

Era mejor pensar en la misión que le habían encomendado. Una guía. Era ridículo.

Aunque, pensó, si Juanito y su criado habían llegado hasta Moorehouse casi sanos y salvos, ella también podría hacerlo. Ella sabía defenderse. Sabía luchar.

Solo habían podido capturarla cuando se había preocupado de los demás.

Miró a Juanito, que se peleaba con su mula. Si seguía cabalgando con la espalda tan erguida y las piernas colgando, le dolería tanto el cuerpo al día siguiente que querría que le pegasen un tiro.

Cerró los ojos y se obligó a no pensar en él.

El señorito inglés no era su problema.

Los acompañaría hasta donde pudiera y ya vería cómo se zafaba. Le habían salvado la vida, de acuerdo, pero ella también les había ayudado a ellos.

En el fondo, ninguno le debía nada a los demás.

Javier estaba acostumbrado a las malas rachas en el juego, pero también a no dejarse humillar por ellas. Eso era de cobardes.

La mala suerte era como una mujerzuela. Había que hacerle bajar la cabeza para hacerle saber quién mandaba. Al final las buenas cartas siempre regresaban.

Y Lola regresaría también.

Hacía días que no le veía el pelo a la condenada.

Cuando había regresado a la cabaña después de la última discusión, ella había desaparecido.

Se había comportado de modo extraño desde hacía semanas. Aunque ella nunca había sido una niña dócil, como otras. De ser así, las vidas de los dos habrían sido mucho más sencillas de lejos.

Con la hermosura de Dolores y su inteligencia, podrían vivir muy bien, pero esa chica nunca veía las posibilidades una cara bonita y una buena voz. Y aquellas piernas y aquellos brazos.

No le había gustado enterarse de que había intentado ganarse el pan a costa de los viajeros incautos. ¿Cómo pensaba que llegaba el oro a los bolsillos? ¿Acaso me materializaba de la nada? Además, había sido él el que había salido trasquilado.

Durante días, apenas le había dirigido la palabra. Desaparecía durante horas, aunque sabía que no regresaba al campamento para cuidar del inglés.

Javier tragó el vino amargo que había mantenido en la boca, tratando de engañarse para ver si así cambiaba su sabor avinagrado. A su alrededor, los demás asiduos de la taberna no parecían notar la calidad menguante del vino, o les daba igual. Hacía años que la mejor comida y el mejor vino iba para los soldados extranjeros, ya fueran de un bando o del otro, daba igual. Para los lugareños solo había hambre y miseria. Lo poco que podían rascar, era a base de ingenio o de una mano rápida.

A esas horas él podría estar sentado a una mesa mejor, si la idiota de su hermana hubiera aceptado el plan. Había pasado semanas en ese campamento y no había sacado un solo dato útil que vender. Los tipos que le habían comprado la información se habían hartado y le habían exigido el dinero que les había pagado. Un dinero que no tenía.

Y todo por pudor. Por honor.

—Honor...

La palabra era todavía más amarga que el vino.

—Dicen que tu hermana se ha largado por fin con ese inglés del campamento esta mañana.

Javier apenas escuchó lo que le decían. Estaba borracho y llevaba así días. Cuando tuviera que pagar la cuenta, tendría que engañar a la dueña o escapar, como había hecho otras veces.

—Su cara bonita le ha servido para escapar por fin de este estercolero. Esperemos que no se canse de ella y la deje tirada a la primera de cambio.

—Yo no me preocuparía de ello. Lola sabrá engatusarlo o buscarse la vida. Es lo bastante guapa como para engatusar a cualquier hombre durante años. No como este, que es un bueno para nada.

Javier tardó en comprender que hablaban de él y de su hermana y sintió que una náusea amarga invadía su cuerpo.

Esa perra maldita se había largado y lo había dejado allí. Ella, que hablaba de dignidad. Ella, que hablaba de honor.

Escupió en el suelo el último trago de vino y se levantó a duras penas de la silla. Si alguien intentó detenerlo, Javier no lo vio.



John abrió la boca para maldecir, pero recordó a tiempo que había una dama presente, así que se limitó a gruñir.

En respuesta, su mula emitió un sonido bastante parecido a una risa burlona.

—Eso es muy poco amable por tu parte, Gladys. Y yo que pensaba que éramos amigos.

La mula a la que había decidido llamar Gladys en honor a una de sus más malhumoradas niñeras, volvió a reírse en su cara y además levantó la cola para lanzar una bonita colección de excrementos, demostrando que sus sufrimientos se la traían al paio.

John suspiró y pensó que preocuparse por una mula tan desagradecida no merecía la pena. Aunque también era cierto que aquel era más o menos el mismo trato que recibía por parte de Lola.

Cada vez que se acercaba a ella con agua, comida, para preguntarle si necesitaba algo o para asegurarse de que estaba bien, recibía poco más o menos una coz. Y todas eran más dolorosas que las de Gladys.

¿Por qué?

¿Qué le había hecho a esa mujer para que le odiara tanto?

Entre lo mucho que ella le odiaba y lo que Rupert la detestaba a ella, viajar en ese grupo era un infierno. Había tanta tensión cuando se sentaban a comer en alguna posada que hasta el servicio temía acercarse para preguntar si deseaban algo más.

Después de casi una semana así, debía reconocer para sí que sería un alivio llegar a La Coruña, porque aquel calvario acabaría por fin.

Aquello terminaría y ya no volvería a verla. Aunque, en sus más oscuros pensamientos nocturnos a veces se descubría pensando que aquel sufrimiento era peor que el hecho de no volver a verla.

De lo poco que había descubierto, y no porque ella se lo hubiera dicho, porque jamás le dirigía la palabra, ya que solo le hablaba a Cecil, era que había tenido un abuelo inglés, y que por eso dominaba algo de su lengua. Aunque eso tampoco quería decir que les tuviera mayor afecto que a los invasores franceses, estaba claro. Las pocas veces que se explayaba acerca de la guerra, por lo que su amigo le había dicho, dejaba bien claro que no quería a ningún extranjero en su país.

Y eso, por si el hecho de que apenas lo mirase no le había dejado claro el asunto, era, en cierto modo, desmoralizante.

Porque estaba claro que ella no los acompañaría. Lo había demostrado de mil formas distintas cada vez que Cecil le preguntaba si le apetecía visitar Inglaterra.

—No —era su respuesta más breve y tajante.

—¿Y qué haría alguien como yo allí? —era otra de sus contestaciones, llena de ironía y un aparente desprecio hacia sí misma, aunque John creía que el insulto, más bien, era hacia ellos.

—Se lo agradezco mucho, teniente, pero la verdad es que mi lugar es este —había dicho un día, con los ojos llorosos. Y esa había sido la única vez que había creído John que era sincera. Y había visto miedo en su mirada también.

Por un lado, John comprendía que tuviera miedo de viajar con ellos. El cambio sería radical para Lola, pero también para ellos. ¿Cómo podrían retomar su vida después de aquello?

Cecil había hablado con él de qué podrían ofrecerle a Lola si decidía viajar con ellos, pero John no la veía como una dama de compañía de su tía ni como una flor mustia de salón.

Por supuesto, su exotismo la haría triunfar y hasta el mismo Byron la cortejaría y la convertiría su amante. O tal vez el mismísimo príncipe de Gales caería a sus pies y la haría inalcanzable para el resto de los mortales.

Todos la agasjarían y sería famosa, una diosa.

Se casaría y amaría. Y no sería a él.

Él solo podría adorarla de lejos.

—Creo que se moriría si nos la llevamos a Inglaterra, Cecil. Es demasiado brillante para nosotros.

Cecil había gruñido y había asentido. John no dudaba de sus buenas intenciones. Esa mujer le había salvado la vida y quería lo mejor para ella, pero ¿acaso era lo mejor el convertirla en uno de ellos? Sencillamente, lo dudaba. Lola había nacido para brillar, y ellos solo eran cenizas opacas a su lado.

—Si se queda aquí, es posible que la pierdas para siempre, John. Piensa en eso.

—¿Y quién dice que no la perdería si viene? ¿Has visto cómo me mira? Me considera una cucaracha.

Cecil empezó a reír de pronto, muy quedo, como reía antes de todo aquello. John había echado de menos aquella risa. Hacía que todo pareciera normal otra vez.

—Hablas como si le hubieras dicho que la quieres. Y ni siquiera te atreves a darle los buenos días.

No, ni siquiera se atrevía a mirarla.

Ahora estaban a punto de llegar a su destino y no le había dicho una sola palabra de lo que quería y temía. Porque quería que fuera con él, pero a la vez temía que fuera con él a su casa, con él, para siempre. Y que al hacerlo fuera infeliz.

—Las habitaciones están listas, señorito John. Menos mal que queda poco para que acabe esta pesadilla.

John asintió y le hizo un gesto a Rupert para que se adelantara. Sí, era una suerte que quedara poco para que todo acabara, para bien o para mal.

Al día siguiente llegarían a La Coruña y muy pronto embarcarían de regreso a casa, con Lola o sin ella. Y todo aquel asunto podría ser borrado de sus mentes para siempre, como si jamás hubiera ocurrido.

Dolores jamás se había sentido tan mal en su vida.

Parecía mentira que estuvieran en verano, porque llovía y hacía tanto frío como en invierno.

Había escuchado que había lugares donde llovía así, sin parar, pero jamás lo había podido imaginar. Con razón todo el mundo con el que se habían cruzado por la calle tenía esa cara tan pálida y mustia. Los ingleses tenían que sentirse como en casa, porque, según le habían contado, en su país llovía cada día del año y las damas tenían escamas de pez bajo los vestidos.

Por lo demás, jamás había estado en una ciudad tan grande. Y jamás había visto tampoco el mar.

Olía extraño y daba miedo. Ni siquiera los campos de su tierra eran tan enormes como aquella masa que se movía como si respirase. No podían pedirle en serio que atravesara aquella manta de agua en un barquito diminuto para ir a otro país donde no conocería a nadie y nadie hablaría su lengua. ¿Qué iba a hacer ella allí? ¿Ser una criada, en el mejor de los casos?

Lola se pasó una mano por el vestido sucio y viejo. Cecil se lo había comprado en un pueblo por el que habían pasado, cerca del campamento. Ya era viejo cuando se lo había puesto, pero al menos estaba limpio, y el delicioso olor a jabón la había hecho sonreír.

Juanito le había sonreído al verla, y ella había tenido que apartar la mirada de él, porque no quería que la viera contenta.

¿Qué otra cosa que una criada podía ser? Una amante, tal vez.

Río para sí.

Tal vez Juanito tuviera otro plan para ella, o sus ojos parecían hablar de ello. Y parecía soñar sobre eso, o lo haría hasta que se diera cuenta de que era una estúpida muchacha de pueblo que no sabía leer ni escribir en su propia lengua. Llegaría un momento en que ni siquiera la novedad evitaría las miradas indiscretas de todos sus amigos. Todos le preguntarían qué había visto en ella, alguien de su raza, para que la escogiera entre todas las demás, y él acabaría por preguntárselo también.

Ni todas las sedas del mundo podrían ocultar que era una gitana española y salvaje. Y ella no podría evitar odiar a los que la insultaran. Querría sacarles los ojos a todos y arrancar sus lenguas malvadas.

Y él la odiaría por ello, por convertirlos en el centro de todas las miradas sospechosas y en el hazmerreír en los salones y dormitorios, en una vergüenza para su familia y sus amigos. Y ella lo odiaría a él por hacerle soñar con una nueva vida que, en el fondo, jamás había deseado. Porque ella era feliz en su campo, cantando sus coplas y bailando por unas monedas, y jamás había soñado con más que eso.

Aunque, si lo pensaba bien, lo cierto era que él no se lo había pedido. Era el teniente el que hablaba. Juanito solo la miraba con aquellos dulces ojos azules, brillantes de anhelo.

Sí, ella comprendía lo que sentía. Había visto muchas miradas así antes. Muchos otros la habían mirado de ese modo, aunque no todos se habían contenido como él, eso debía reconocérselo.

Ese maldito señorito inglés, tan correcto y educado que a veces le daban ganas de romperle la crisma.

Llevaba una semana intentando no mirarle, tratando de no escucharle, de no sentir su

presencia, pero era bastante complicado no hacerlo, porque Juanito estaba allá adonde mirase. Porque hasta alguien inapropiado como ella podía ver que era alto, muy guapo, tenía unos ojos azules como el cielo de verano y tenía una voz preciosa, aunque a veces no comprendiese todo lo que decía y muchas veces solo hablase con su mula Gladys.

Y sonreía.

Sonreía mucho, y no entendía por qué.

Y le sonreía a ella. Y a veces ella quería sonreírle también, pero tenía que contenerse.

Pensaba en todos los hombres que le habían sonreído y luego solo le habían querido robar un beso y más cosas. Y en los que ni siquiera se habían molestado en sonreírle antes. Por mucho que tratara de convencerse de ello, por algún motivo, su cabeza no parecía demasiado por la labor de entender que el inglesito solo quería jugar con ella.

Y era por ello que no entendía que no le hablase.

A veces parecía que iba a hacerlo. Se acercaba, saludaba, muy cortés, a aquella estúpida manera suya, juntando los talones y llevándose una mano al pecho, abría la boca, la cerraba, volvía a abrirla... y se alejaba, como si fuera incapaz de decir una sola palabra.

No sabía si la enfadaba más el hecho de que no se atreviera a hablarle o que se resignara a que se fuera sin hacer nada.

Era evidente que tendría que decirle que no, porque no tenían ningún futuro, pero al menos podría explicarle, tal vez a través de un intérprete, que había un motivo para ello.

No quería romperle el corazón.

Y tampoco quería romperse el suyo.

Aunque al menos podría darle un primer y último beso antes en aquellos labios de inglés tonto. Y podría tener un recuerdo con el que vivir.



—No me puedo creer que por fin la suerte esté de nuestra parte.

Cecil hablaba sin parar, como hacía tiempo que no hacía. John, sombrío, contemplaba las calles mojadas a su paso, sin preocuparse de si pisaba los charcos o el barro. A cada paso que daba, se encontraba más cerca de su casa, de su padre, de Inglaterra, pero más lejos de la mujer a la que estaba convencido de amar.

Comprendía la alegría de Cecil después de hablar con el capitán que les había anunciado que había un barco que zarparía al día siguiente hacia su tierra. Después de más de un año de ausencia y todo lo que había sufrido, su amigo estaba deseando cerrar todo aquel episodio y regresar a su vida, casarse, iniciar su nueva vida, y John se sentía feliz por él.

—Pídele otra vez que venga con nosotros.

Las palabras se le escaparon sin pensar, pesadas como las gotas de lluvia que caían sin cesar desde que habían llegado a la ciudad. John, que había pensado que echaba menos la lluvia, había tenido que desdecirse al sentir la humedad calando sus huesos. Después del calor castellano, aquello era lo más cercano al infierno que había conocido jamás.

Cecil tardó en comprender lo que le decía. Le había cortado en medio de un monólogo acerca de sus planes de futuro, lo que le diría a Amelia, su amiga de la infancia con la que se casaría y tendría miles de hijos, la cara que pondría su hermano al enterarse, la felicidad de su tía, y no sabía cuántas cosas más que John había escuchado varias veces antes.

—¿Y no crees que deberías pedírselo tú? Yo no soy el que está loco por ella.

John se había detenido en mitad de la calle, sin importarle la lluvia que caía, empapando su traje y su capa. A pesar del sombrero, estaba tan empapado que le daba igual, de todas formas.

—No eres tan buen amigo como creía.

Cecil gruñó y miró a su alrededor, buscando un lugar donde guarecerse. A John podía darle igual su salud, pero él era un hombre convaleciente y las charlas intensas solían ser largas.

—Un buen amigo te aconsejaría que te plantes ante ella y le digas que la quieres, le pidas matrimonio y le digas que seréis felices para siempre. Y si no entiende algo de lo que le digas, porque balbucearás y empezarás a decir bobadas acerca de las estrellas y la luna, el destino y los amantes eternos, siempre puedes besarla y que sobreentienda el resto.

Para entonces, Cecil había encontrado un balcón bajo en que se había protegido, aunque no había sitio para los dos y John tuvo que seguir bajo la lluvia, mirándolo con rencor, no supo si por sus palabras o por no haber buscado un lugar donde cupieran ambos.

—¿Quieres decir que tengo que besarla y que entienda así que tenemos que estar juntos para siempre?

Cecil lo miró y enarcó la ceja del ojo que le quedaba libre bajo el vendaje, como si pensara que hablaba con un idiota sin remedio.

Al final, le puso una mano en el hombro y suspiró.

—Dile lo que sientes y reza.

John soltó el aire que tenía en los pulmones con mucha calma y asintió. Reconoció para sí que había muy poco más que pudiera hacer, aparte de aquello.

Volvió a imaginar la escena en que se declaraba en su cabeza, como había hecho miles de veces, aunque luego, en el último segundo, jamás se atrevía a hablar.

Solo que al día siguiente partirían hacia Inglaterra y ya no habría más oportunidades.

Si de verdad la quería, tendría que hacerlo o perderla para siempre.

Javier sentía la camisa y la chaqueta pegadas al cuerpo.

Nunca había visto tanta agua junta en su vida. Había agua en el suelo, agua en el cielo, agua rodeándole y agua en el aire. Respiraba agua y no había más que agua por todas partes. Aquello no podía ser sano.

La gente paliducha con la que se cruzaba no parecía molesta por tanta humedad, pero él avanzaba, encogido sobre sí mismo, helado, aunque era julio.

El sol parecía haberse olvidado de aquel pedazo de tierra.

La carreta le había dejado a las afueras de La Coruña hacía un par de horas y él no había tenido dificultades para encontrar el lugar donde se alojaba Lola con los ingleses. La verdad era que seguir su pista había sido sencillo. Una mujer sola de sus características con tres ingleses palurdos. Lo raro era que hubieran llegado vivos hasta su destino. Un milagro.

Llevaba un buen rato rondando la posada donde iban a pasar su última noche en el país. El posadero, un tipo con un acento cerrado, pero muy hablador, le había dicho que partirían al día siguiente hacia su país.

—¿También la mujer?

El posadero había dejado de frotar el vaso durante unos segundos y le había mirado con aquella expresión que todos los hombres solían utilizar para tratar ciertos asuntos.

Javier había sentido deseos de partirle la boca, pero quería información.

—Yo no haría muchos planes de futuro si fuera ella —dijo el posadero, escupiendo en un jarrón desportillado que todo el mundo parecía usar a modo de escupidera que había en una esquina, junto al mostrador—. Ya sabemos cómo son los caballeros finos. Muchos besos y muchos «tequieros» cuando sienten frío lejos de casa, pero olvidan rápido cuando ven cerca la vuelta al hogar.

Javier asintió y bebió un sorbo del vino aguado que le habían servido. No tenía dinero para pagarlo, pero había visto que en una de las mesas estaban jugando a los dados. Con suerte, admitirían un nuevo jugador y así podría, además de pagar su deuda, aprovechar para vigilar a los ingleses.

Tomó el vaso y se acercó a los jugadores, sin dejar de observar el entorno. No había ni rastro de Lola.

Su hermanita, sin duda estaba haciéndose mil castillos en el aire acerca de su futuro como condesa inglesa, soñando con visitar al rey, hacer reverencias y bailar como una dama en algún cuarto por encima de su cabeza. Ya no tendría que preocuparse de tener que ganarse el pan ni de vigilar sus espaldas de soldados enemigos o amigos.

Ni tampoco de su hermanito, que tantos quebraderos de cabeza decía que le daba siempre.

Pobre chica estúpida.

¿Acaso no veía que esos ingleses no la considerarían jamás uno de ellos? Para los extranjeros, ella era que una perla exótica, una diversión, pero en casa solo sería un estorbo, algo vergonzoso que esconder en la leñera, como un perro.

Todavía quedaba para la hora de la cena. Si tenía que esperar hasta entonces, era posible que el posadero sospechara de verle rondar por el salón común.

Aprovechó que desaparecía en lo que parecía la despensa para colarse en la escalera.

Tenía que hablar con su hermanita para convencerla de que estaba a punto de cometer un error. Ella decidiría, por supuesto, pero tenía que saber que se enfrentaba a quedarse sola en un país que no era el suyo.

Si al menos pudiera ir con ella...

Juntos podrían hacer tantas cosas...



Dolores contemplaba el atardecer por la ventana, o al menos lo intentaba. No solo era difícil saber qué hora era con tanta lluvia, sino que apenas se veía el cielo con tantos edificios.

¿Cómo podía nadie escoger vivir en un sitio así?

Era una suerte que aquella fuera su última noche en aquella ciudad tan triste.

Apoyó la frente contra el sucio cristal y suspiró.

—Ha sido divertido, pero el juego ha terminado, Lolita. ¿Qué diría madre si supiera que andas por ahí como una perdida, con un hombre que no es tu marido?

Había varias cosas que Lola había dado por perdidas en su vida, y su hermano era una de ellas. Pero supuso que Javier era como las pulgas, uno nunca se deshacía por completo de ellas.

—Como si a ti te hubiera preocupado mi virtud alguna vez —murmuró para sí, agotada—. No me digas que has venido para luchar por mi honor, porque no me lo creo.

Javier estaba echando un vistazo a la habitación, que no era gran cosa, pero sí mejor que ninguna que cualquiera de los dos hubiera podido pagar jamás. Cualquier objeto que había allí era más caro que todo lo que ellos llevaban encima.

—¿Luchar? No. Pero tal vez tenga derecho a una indemnización, como hermano mayor tuyo que soy.

Lola sintió que la rabia la inundaba. La había mantenido dentro desde lo que le parecía una eternidad. No la había dejado escapar contra los soldados que la habían querido matar, ni contra él, pero ahora no tenía ganas de guardarla por más tiempo.

—¿Mi hermano mayor? ¿Y cuándo has ejercido como tal? Me habrías vendido de haber podido.

Javier siguió sonriendo, aunque sus ojos no lo hicieran. Nunca le había gustado que le rechistaran. Hasta hacía no tanto, se habría ganado una buena bofetada por sus palabras, pero por algún motivo, se contuvo.

—No digas estupideces. Te he seguido hasta aquí. Eso quiere decir que me preocupo por ti. No pensarás de verdad que van a llevarte a Inglaterra, ¿verdad? Ahí abajo están haciendo apuestas sobre cuándo van a decirte que te quedas. Y, créeme, no será divertido para ti buscarte la vida tan lejos de casa.

Lola inspiró hondo por la nariz. Lo que decía su hermano podía ser falso, pero estaba tan cercano a sus temores que sintió que su corazón se encogía por el temor.

—Ellos no me dejarían desamparada... —murmuró, aunque sus palabras le resultaron ridículas incluso a ella misma.

No les debía nada, y ellos a ella tampoco. Ella misma se lo había repetido una y mil veces. Y no quería ser su criada ni su amante exótica hasta que se cansaran de ella.

—¿En serio? ¿Y dónde están ahora tus amigos, entonces?

Como si los hubiera invocado, alguien llamó a la puerta, haciendo que los dos se girasen hacia ella como gatos salvajes.



John veía las horas del día menguar como una maldición.

Desde que había regresado con Cecil de cerrar los pasajes de barco, tenía la sensación de que había un monstruo que devoraba las horas y se reía de él.

Se sentía mojado, estúpido, indeciso.

Trataba de recordar todas las veces que se había acercado a otras damas, les había sonreído, les había hecho un cumplido, había alabado su cabello, su vestido, sus ojos o su nariz. Y ellas siempre habían accedido a bailar con él, le habían considerado encantador y habían hablado bien de él a sus madres y abuelas.

Todas sus amantes le consideraban adorable y cariñoso.

No recordaba haber tenido jamás ningún problema para comunicarse con una mujer, ya tuviera esta cinco o noventa y seis años.

¿Por qué, entonces, no podía decirle a Dolores que la quería?

Porque la quería, sin duda.

Aquel dolor de estómago, de corazón, de cabeza, de muelas de tanto apretar la mandíbula por tanto contenerse, de pies de tanto dar vueltas decidiendo qué decirle, solo podía deberse al amor.

Cecil, que compartía dormitorio con él, gruñó y le lanzó una almohada.

—Me estás mareando con tanto paseo. Solo díselo. No puede ser tan complicado cuando lo que sientes es sincero.

John lo miró con los ojos encendidos. Si no lo quisiera tanto, lo estrangularía. Un día vería a su amigo pasar por lo mismo que él y se reiría de él también, estaba convencido de ello.

—Me guardaré lo que pienso de ti en este momento porque eres un pobre enfermo —masculló, con los dientes apretados.

Cecil se levantó de la cama y se colocó junto a él.

—Te acompañaré. Vamos.

John sintió que toda la sangre de su cuerpo acudía a su rostro.

—¿En serio?

Cecil asintió y lo tomó del brazo, como si temiera que John se echase atrás.

—Tú solo sé sincero. Di lo que sientes. Y si no te sale nada, bésala. Eso nunca falla en los libros.

John clavó los talones en el suelo, pero ni aún así pudo detener a Cecil, que parecía haber tomado fuerzas de algún lugar desconocido.

—¿En los libros? Cecil, dime por favor que tienes experiencia en esto.

Cecil gruñó. A esas alturas estaban casi a la altura de la habitación de Lola y muy pronto ya no habría marcha atrás.

—Llevo años pensando en el modo de declararme a Amelia. A estas alturas soy un experto.

John abrió la boca para protestar que aquello era una estupidez, pero no pudo porque Cecil había tocado a la puerta de Lola y se había marchado todo lo rápido que se lo permitía su estado.

A solas ante el peligro, ya no quedaba más que rezar.

Inspiró hondo dos, tres veces, esperando a que le abrieran, pero no ocurrió.

¿Acaso sabía Lola que era él el que estaba allí?

Esperó un minuto más, pero no ocurrió nada. Y de pronto escuchó una voz masculina al otro lado de la puerta.

Un grito de Dolores, un grito de aquel hombre.

John miró hacia los lados, pero no había nadie más en el corredor. Entrar en una habitación, y más en la de una dama, sin ser invitado, era algo que jamás se le había ocurrido hacer, pero ella parecía estar en peligro.

Una especie de fiebre empezó a correrle por las venas.

Las voces eran cada vez más altas. Aunque no comprendía ni una sola palabra, John conocía muy bien aquel tono de enfado en la voz de Lola.

Hizo examen de conciencia y pensó que incluso la señora Moorehouse, la dama más firme que conocía en cuestión de normas sociales, comprendería en un caso semejante que excusara el hecho de la invitación a pasar.

Inspiró hondo una vez más, al punto que casi se mareó, y probó la manilla de la puerta. Se sorprendió cuando esta cedió bajo su mano.

—Gracias al cielo —murmuró, porque dudaba que su cuerpo hubiera resistido si tenía que tirar la puerta abajo él solo.

No se le ocurrió siquiera que entraba desarmado o que los ocupantes de la habitación se asustarían más que él.

Al entrar, lo primero que vio fue que Dolores parecía estar a salvo, y eso le hizo sonreír.

Como siempre, ella frunció el ceño al verle, pero le dio igual.

El hombre soltó una parrafada en español que no comprendió y ella respondió en el mismo idioma. Solo entonces lo miró John.

Le costó unos segundos comprender lo que estaba viendo. Porque sin duda, él conocía a aquel tipo, guapo, aunque desastrado, con una barba cerrada y morena, ojos agudos como los de Dolores, aunque de un incongruente color claro, y vestido con una chaqueta llena de bordados elegantes que él había visto antes en un camino polvoriento.

Levantó un dedo para señalarlo.

—¡Tú!

El bandido debió de pensar lo mismo, porque lo miró con tanta sorpresa como John.

¿Qué hacía el bandido que le había herido en esa habitación con su gitana?

Intentó abrir la boca para decir algo, pero de pronto sintió la navaja de Lola en la garganta.

Los ojos de la joven estaban brillantes, no sabía si por la sorpresa, la rabia o por la emoción de verse sorprendida en su dormitorio con un hombre.

—La próxima vez que te vea, te mataré —dijo en su cerrado acento inglés, tan cerca que no le habría costado besarla.

Aunque era evidente que aquello, en ese momento, estaba fuera de cuestión.

John pensó que no debería decir nada, pero su estúpida lengua, siempre inoportuna, habló por sí sola.

—Creo que te quiero —murmuró.

¿Por qué, de todas las oportunidades que había tenido de hablar, había tenido que hacerlo justo en esa, la peor de todas?

¿Acaso no veía que ella estaba con otro y que, a juzgar por el hatillo que ella llevaba en la mano, estaba a punto de largarse con él sin despedirse siquiera?

Sin embargo, su estúpido corazón latía con más fuerza que nunca, no supo si por la emoción de haber hablado al fin o por el miedo de tener un arma tan cerca.

Pensó que ella no lo había escuchado, pero entonces vio que una lágrima escapaba de su ojo izquierdo y ella la limpiaba con rabia, como si odiara que él lo viera.

—Será mejor que nos olvidemos de que nos conocimos un día, Juanito Piquer.

El beso con el que sentenció sus palabras fue tan breve que John pensó que lo había imaginado.

De pronto, sintió que la luz bailaba ante sus ojos. Las últimas palabras habían sonado borrosas y también su rostro se borraba mientras las decía, pero no pudo evitar sonreír. Si ella también tenía que olvidarle era que sentía algo por él. Le había besado. Además, había hablado de matarle la próxima vez que le viera.

La próxima vez.

Eso significaba que todavía había esperanza de un reencuentro.

Cuando Cecil lo encontró, atontado, quince minutos más tarde, Dolores se había ido sin dejar rastro.

Solo Rupert estaba feliz por ello.

Según el posadero, la gitana había salido acompañada de otro hombre que había llegado esa misma tarde preguntando por los ingleses y se había largado sin pagar la cuenta.

Al embarcar, al día siguiente, nadie la nombró, pero ella estaba tan presente como si jamás se hubiera ido.

SEGUNDA PARTE

BATH 1818

Dolores contempló al hombre desmayado a sus pies.

Era tan hermoso como lo recordaba. Tal vez más. Los años habían hecho que madurase y sus facciones eran, si cabe, todavía más perfectas que hacía seis años. Pero, por lo poco que había dicho, seguía siendo un bobo.

Trató de sofocar la ternura que embargaba su corazón.

Cuando le había parecido reconocerlo entre la multitud de vejestorios del público, se había dicho que no podía ser él. Había escogido aquella ciudad balneario justo para evitar ese encuentro. Bath era una ciudad para enfermos, gente con un pie en el otro mundo, para ricos aburridos y con ganas de gastar dinero en curas imposibles. Y Juanito no era ninguna de todas esas cosas, por lo que alcanzaba a recordar.

Y, sin embargo, allí estaba, noche tras noche, con aquella sonrisa que recordaba muy bien y que amenazaba con hacerle perder el paso.

Después de su actuación, cada día esperaba su visita, como la de todos los cretinos que la inundaban de flores, chocolate y joyas baratas. Ni siquiera la consideraban merecedora de algo de auténtico valor.

Debían de creer que, siendo gitana, con algo brillante bastaba para cegarla.

Uno de ellos le había prometido que se escaparía con ella y renunciaría a su herencia. El muchacho, de no más de veinte años, temblaba y no se atrevía a mirarla a los ojos mientras hablaba. Y ella había sentido deseos de mandarle al regazo de su madre de una patada en el trasero.

Había sentido la tentación de decirle que un día encontraría a una mujer decente y de su clase, pero ¿no era ella decente? Había escuchado escándalos de mujeres de sociedad que escandalizarían a la peor mujerzuela de Madrid, pero era ella a la que ofrecían una habitación barata y vestidos con escote.

Así que había tenido que sonreír y mandarle a su casa, después de limpiar sus lágrimas y escuchar que nunca se recuperaría por su corazón roto.

Luego estaban los achacosos ancianos, y no tan ancianos, que escapaban al teatro para olvidar sus males y a sus también achacosas esposas. Babeaban al ver un tobillo o un escote y no parecían tan temblorosos cuando arrinconaban a las artistas en sus camerinos o en los pasillos.

El director del teatro les decía que tenían que ser comprensivas, que un beso no hacía mal a nadie. Vivían de aquellos caballeros y de sus dádivas. Sin ellos, el teatro no podría sufragar ni las obras ni los cortinajes, sus vestidos, ni sus sueldos.

En aquellas ocasiones, Lola fingía no comprender su idioma y cerraba la puerta en sus narices. No había abandonado su país para dejar que un viejo baboso la manoseara a cambio de unas flores.

Pero allí estaba ese joven guapo, que apenas se atrevía a hablarle y que seis años después decía que la quería, a pesar de que le había amenazado de muerte.

Incluso desmayado a sus pies sonreía.

Dolores suspiró y se arrodilló junto a él.

—¿Por qué tienes que hacerlo todo tan complicado?

Le pasó una mano por la frente. Aquello era a lo más que se atrevería a llegar jamás con él. Había tardado mucho en casi olvidarle después de aquella última noche en La Coruña.

Le había ayudado el escuchar cientos de veces por boca de su hermano aquello de que los ingleses solo la querían como querida y que un día la dejarían en la calle como a un trapo usado.

Sintió un nudo en la garganta y apretó los dedos hasta que su mano se convirtió en un puño. Antes de poder arrepentirse, se levantó y garabateó una nota con una dirección. Después salió y se la dio a un muchacho que ejercía las labores de chico para todo en el teatro.

—En mi camerino hay un hombre que se ha sentido indispuerto. Te daré unas monedas si te encargas de que llegue sano y salvo a esta dirección.

El jovencito se llevó una mano a la gorra y tomó el papel y el dinero, sin preguntar siquiera qué había ocurrido. Estaba más que acostumbrado a que hubiera todo tipo de accidentes con los visitantes al teatro.

Solo cuando supo que John había salido del teatro, se dio cuenta de que todavía iba vestida con la bata y de que apretaba la navaja en la mano.



—¿Puede alguien explicarme cómo he llegado a tu casa?

Cecil gruñó y le tendió a John una copa de oporto, que su amigo rechazó con un gesto enérgico. Evelyn, su esposa, revoloteaba por el salón con un botecito de sales, tratando de obligarle a inhalarlas, aunque hacía un buen rato que había recuperado la consciencia.

De hecho, John había despertado, desorientado, en el carruaje de camino al Circus, donde vivían los Moorehouse. Por mucho que había intentado recibir algún tipo de explicación, no había conseguido que el cochero se desviara. Había recibido un pago y unas órdenes, y debía cumplirlas.

John se preguntó desde cuándo eran los cocheros ingleses tan formales. Desde luego, era la primera vez que no conseguía corromper a uno. Era inaudito.

Lo último que recordaba era haber muerto a las manos de Lola, aunque al menos había conseguido declararse. Una victoria al fin.

Lo que no comprendía era qué hacía vivo en la casa de su amigo.

—Te han traído aquí.

John bufó ante la sucinta explicación de Cecil y trató de levantarse, aunque Evelyn se lo impidió una vez más.

—No te levantarás hasta que el doctor pueda revisarte.

Miró a la esposa de su amigo y se mordió la lengua para no decirle lo que pensaba de aquel exceso de cuidados. ¡Él había sobrevivido a una herida de bala y a un viaje horrible a lomos de una mula atravesando media España en medio de una guerra! ¡Era casi un héroe!

—Quiero saber cómo conocía Lola tu dirección.

Cecil ni siquiera carraspeó, lo que hizo que John sintiera un dolor agudo en el corazón.

De modo que aquello era la traición.

Dejó caer la cabeza contra la almohada y se llevó una mano a los ojos con gesto trágico.

—¿Cómo has podido hacerme esto, Cecil? —preguntó, en tono amargo—. Tú sabes lo que he sufrido todos estos años.

Cecil emitió una risa irónica.

—¿Cuándo ibas de baile en baile o cuando intentabas conquistar a Evelyn? No recuerdo bien en cuál de los dos momentos sufrías más.

John apartó la mano y lo taladró con un ojo furioso.

—No puedes reprocharme que intentase olvidar. En todo caso, tú sabías lo mucho que la amo. —Golpeó el sofá con un puño—. No sé si voy a poder perdonarte que supieras que está en Inglaterra y no me lo dijeras. Porque lo sabías, ¿verdad? —añadió, mirando a su amigo con gesto inquisitivo.

A esas alturas Cecil debía de sentir el peso de dos pares de ojos interrogativos sobre sí, porque no solo lo miraba John, sino que también su esposa había abandonado sus ansias curativas y lo miraba con un inusitado interés.

—Digamos que reconocí el cartel igual que tú.

John se levantó del sofá como tocado por un resorte.

—¿Eres un sucio traidor!

—Me presenté en el teatro y le pregunté si necesitaba algo. Ya la conoces, me mandó al infierno.

John sintió algo cálido extendiéndose por su pecho.

—Es una mujer magnífica —respondió con una sonrisa estúpida—. ¿Y te preguntó por mí?

Cecil gruñó, lo cual podía significar cualquier cosa.

—¿Cecil?

—No.

John sintió que lo invadía el dolor. De pronto, sintió que el alma se le desgarraba. Volvió a dejarse caer en el sofá, desolado. Otra vez le dolía la cabeza, los dientes, el corazón, el alma, como aquel último día en La Coruña, y durante todo su viaje de regreso a casa.

Sin embargo... sin embargo...

—¿Me has mentido?

Cecil levantó la mandíbula, en un gesto tan digno y tan noble, que John estuvo seguro de que ocultaba algo.

—Supongo que recuerdas que hablas con un Moorehouse de pura cepa.

John entrecerró los ojos y recordó todas las veces en que ser un Moorehouse de pura cepa no le había impedido a Cecil mentir. Para empezar, vivía una doble vida como autora de novela gótica con el sobrenombre de Madame Latour y se presentaba a todo el mundo como un tipo superficial que odiaba la literatura. Se lo había ocultado incluso a la mujer a la que amaba durante meses, que adoraba a Madame Latour, hasta que no le había quedado más remedio que confesar, por riesgo a perderla. John estaba convencido de que, de no haber confesado, Evie jamás se habría casado con él.

—¿Puede alguien explicarme quién es Lala? —preguntó Evelyn dando un golpecito con el pie en el suelo.

Los dos hombres se miraron entre sí, preguntándose si debían empezar por explicarle cómo pronunciar el nombre. Aunque tal vez lo más seguro sería pensar qué ocultarle.

—Adelante, García-Smithens, es su turno.

Javier miró sus cartas y no pudo disimular un gesto de disgusto. El faro, sin duda, no era su juego, ni aquellos eran los caballeros que él habría escogido para una partida, pero a veces uno no tenía elección.

El que había hablado era tan extranjero como él, aunque el corte de su traje y las joyas en sus dedos delataban que su origen era muy distinto. Aunque no le conocía, y era más que evidente que no era de su categoría social, le había invitado a su mesa con un gesto cordial.

Javier había pensado que, al fin, aquella era su noche de suerte. En general, la gente como ese tipo ni siquiera se dignaba mirarlo, pero, por algún motivo, le había invitado a jugar, así que no podía perder aquella oportunidad de llenar la bolsa.

El aire en aquella sala estaba tan cargado que a Javier le recordó durante unos instantes al de su tierra, solo que aquel estaba mucho más viciado. Olía a humo de chimenea, de tabaco, a alcohol, a perfumes pesados, a sudor. Aunque todo aquello provenía de hombres ricos que podían permitirse despilfarrar cada noche miles de libras con un desprecio que él no comprendía. Él, desde luego, no podía despilfarrar ni una sola. De hecho, ya estaba jugándose un dinero que no le pertenecía. Y lo iba a perder.

—No tenemos toda la noche.

La voz grave, un poco arrastrada, del conde italiano, le hizo dar un respingo.

Dolores siempre le decía que no debería jugar. Que, para ser un buen jugador, había que ser un buen actor, y que él no lo era.

Javier intentó sonreír, pero la mirada fija del conde hizo que sintiera que su sonrisa se congelase en su sitio. Era como si aquel tipo pudiera leer todos y cada uno de sus pensamientos.

Rozó una de las cartas, y la mirada del conde acompañó su movimiento. Un leve fruncimiento de su ceño hizo que sintiera un sudor frío.

¿Qué significaba aquel gesto? ¿Conocía aquel hombre sus cartas?

Rozó otra carta y el gesto se relajó.

Lanzó la primera y el italiano emitió una sonrisa triunfante.

Javier miró sus cartas y las que el conde colocaba, con parsimonia, sobre el tapete rojo, como si no alcanzase a comprender lo que acababa de suceder.

Los otros hombres, también derrotados, no parecían sentir ni la más mínima sensación de pesadumbre por haber perdido su dinero. Reían y felicitaban al ganador como si solo se hubieran deshecho de calderilla.

—Señor García-Smithens... —dijo el conde de pronto, haciéndose oír sin necesidad de levantar la voz en ningún momento. Su mirada oscura era fija y sus ojos no parpadeaban, como los de una serpiente. Sin embargo, siempre estaba rodeado de mujeres, como si las atrajera al modo de las bestias salvajes y hermosas—. Tiene usted un apellido poco corriente para ser español.

Javier solo deseaba escapar de allí y eludir las conversaciones banales. Hablar de su abuelo y el amorío que había tenido con una gitana no era el mejor modo para aliviar su mal humor, aunque pensó que, si lo conquistaba con su labia, tal vez ganaría algo de tiempo para pagar su deuda.

—Mi hermana y yo tal vez seamos los únicos en toda Inglaterra.

—¿Su hermana?

—Quizás la conozca usted, la famosa bailarina, Dolores, La Gitana Hechicera.

Los ojos del italiano refulgieron en la habitación iluminada con lámparas de gas.

Javier reconoció aquel brillo, porque lo había visto centenares de veces a lo largo de los años.

Tal vez, después de todo, habría un modo de pagar sus deudas. Solo tenía que convencer a su hermanita de que le ayudara una última vez.



Dolores no vivía en la mejor calle de Bath ni se podía permitir una casa propia, pero podía decir, sin riesgo a mentir, que jamás había vivido de un modo más desahogado.

Su apartamento, con un dormitorio, un pequeño salón donde podía tomar el té o recibir visitas, en el caso de que hubiera tenido alguna amistad a la que recibir, o donde escribir su correspondencia, daba a un luminoso parque no demasiado húmedo y poco ruidoso, y sus vecinos no eran delincuentes, que ella supiera.

Su casera era amable, siempre que pagara a tiempo, cosa que ella se cuidaba bien de hacer.

Si sospechaba de ella por su origen o por su oficio, nunca lo decía. En todo caso, su dinero era bueno, y cumplía las normas.

Todo ello era una mejora apabullante, si lo comparaba con los antros donde había dormido hasta hacía un año.

De hecho, era la primera vez que tenía tanto espacio para ella misma, y aquello era un lujo en lo que jamás había reparado hasta que no lo había tenido. Incluso se podría permitir el haber contratado a una muchacha que la ayudara con las labores de la casa y la ropa y el cabello, porque a veces estaba agotada. Su salario se lo permitía ahora, cuando hasta hace poco apenas podía comer de ello a no ser que arañara las actuaciones y casi rogara por ellas.

Desde que había abandonado España, hacía unos cuatro años, cansada de pasar hambre y de bailar por cuatro perras o la comida, había peregrinado por varias ciudades francesas hasta que al fin había logrado atravesar el canal y llegar a Inglaterra, su verdadero objetivo.

Al fin y al cabo, ella tenía algo de sangre inglesa en las venas. Aquella podía ser su tierra si se lo proponía. En España no había más que hambre y ruina, y de eso ya había tenido bastante. Si las cosas no iban bien en Inglaterra, siempre podía regresar. Para el fracaso siempre había tiempo.

Tras un breve periplo londinense, de sala ruinosa en sala ruinosa, dondeapestaba a cerveza y las luces opacas impedían ver al público y donde daba lo mismo lo que una cantase y bailase, porque lo que querían ver era un poco de carne y una chica meneando las caderas y mostrando piel, había oído hablar de Bath, donde no le había costado encontrar lugar entre una compañía siempre ávida de espectáculos exóticos.

Dolores sabía bien lo que debía dar.

Muchos de los ingleses agotados y enfermos, o tan solo aburridos, que acudían a verla bailar habían estado en España durante la guerra y tenían un recuerdo más bien romántico de lo que habían vivido allí. Evidentemente, no buscaban la realidad, sino un baile idealizado, una mujer hermosa con un vestido revelador que se moviera de forma hipnótica, y ella se lo daría.

Poco a poco, se había ganado un puesto inamovible en la compañía y había ganado más tiempo en el escenario.

En un lugar así, la gente iba y venía. Londres era siempre el objetivo de la mayoría de los artistas, así que, en cuanto una compañía los contrataba para ir a la capital, olvidaban Bath para

no regresar. Sin embargo, Lola se encontraba bien en aquella vieja ciudad. El teatro era nuevo y las instalaciones cómodas. El público era bastante amable y educado, si se lo comparaba con el que había conocido en otros lugares. Había manos largas y proposiciones indecentes, pero eso ocurría en todos los lugares del mundo. Era inevitable.

Además, en Bath, una ciudad para enfermos y viejos decrepitos, era imposible encontrarse con conocidos. Era un lugar seguro.

Debería haber sabido que el exceso de confianza se pagaba con golpes, porque la visita de su hermano al poco de llegar allí le indicó que no había borrado sus pistas tan bien como pensaba.

No había visto a Javier desde que había abandonado España, y lo cierto era que no lo había echado de menos.

Se habían separado al poco de dejar La Coruña, con la promesa de reunirse en casa, pero él no había vuelto. Dolores, cansada y confusa, convencida de que había cometido un error al no viajar con los ingleses, había esperado a su hermano durante meses, ganándose la vida como había podido, ahora que los soldados se habían marchado.

Javier la había convencido de que era lo único que le quedaba, él era el único en quien podía confiar. Pero no había aparecido y había llegado un momento en que su situación fue insostenible.

El campamento inglés se dismanteló y una terrible batalla hizo que todo el mundo dejara la zona.

Cuando volvió a ver a Javier, un año más tarde, le dijo que había vuelto a buscarla, pero que no la había encontrado.

Se quedó con ella dos semanas antes de volver a desaparecer con el poco dinero que había reunido.

Y así ocurría siempre.

Nunca había sabido cómo hacía para encontrarla.

—El poder de la sangre. Siento cómo tira de mí hacia ti. No puedo evitarlo.

Dolores lo miraba, sin abrir la boca, y al final lo dejaba pasar. Quizás era el poder de la sangre lo que le impedía mandarle al infierno, aunque supiera que solo la quería para robarle lo poco que tuviera.

Se suponía que debería estar allí para acompañarla a comer con el director del teatro, pero, para variar, no aparecería. Javier siempre tenía algo más importante que hacer. Solo esperaba que no le costara dinero esta vez.

Dolores apartó la taza de chocolate fuerte y amargo y tomó la poca correspondencia que recibía allí.

En general, prefería que le llegara al teatro, porque no quería que nadie conociera su dirección privada.

Había pocas personas que supieran quién era y dónde vivía.

Apartó una de las cartas. La letra, puntiaguda y conocida, hizo que la mano le temblara un poco.

Cecil Moorehouse se había presentado un día en el teatro. Vestido de civil, con un bastón y una sonrisa burlona, le había hecho una reverencia que la había descolocado durante unos instantes. En la penumbra, asustada, estuvo a punto de llamar a los guardias, pero aquella nariz era inconfundible.

—Teniente, me alegro de verlo repuesto.

—Yo también estoy feliz de verla, querida. Y tan hermosa. Aunque no debería decirle esto, porque ahora soy un hombre casado y mi esposa me arrancaría los ojos si supiera que he mirado a otra.

—No me mire usted, entonces, pero pase, por favor —respondió Lola, haciéndose a un lado para dejarle entrar a su pequeño camerino, atestado de utensilios y vestidos apilados.

—Le caería usted bien. A Evie le gustan los bichos raros. Sí... —dijo de pronto Cecil, como si la luz de las velas se la hubiera revelado de pronto y no acabara de insultarla—, sin duda es comprensible que él no la haya olvidado.

Quizás Lola debió fingir que no comprendía a quién se refería, pero su lengua habló por sí misma, como si no pudiera evitarlo.

—¿Juanito? —dijo, con voz ahogada por la emoción.

Cecil gruñó y se dejó caer en una silla, sin importarle que estuviera ocupada por el vestido que ella había usado en el espectáculo. Estaba claro que tenían mucho de lo que hablar.

Aquellas primeras palabras fueron el inicio de una extraña relación que venía durando unos meses. Nadie, ni siquiera la esposa de Cecil, sabía que se veían. Y, por supuesto, tampoco John. Él menos que nadie. Ella se había asegurado de ello.

Abrió la nota y la leyó a toda prisa, aunque se obligó a releerla, porque las letras bailaban ante sus ojos.

Querida mía,

Ante todo, espero que te encuentres bien y el incidente con John no te haya alterado el sueño.

Por favor, no te preocupes por nuestro común amigo. Se encuentra tan sano como siempre y te aseguro que no sospecha nada acerca de nuestra relación. La impresión de tu presencia se le pasará en cuanto vea a otra joven de ojos oscuros, no sufras. Yo me ocuparé de que no te moleste, como tú me pediste. Sufrirá unos días, sin duda, pero acabará olvidando.

Te aprecia siempre,

Tu querido amigo,

Cecil Moorehouse.

PS. Hazme llegar en cuanto puedas un poco de ese delicioso chocolate tuyo.

Dolores arrugó la nota sin poder evitarlo.

De modo que la impresión se le pasaría en cuanto viera otros ojos oscuros. Y acabaría olvidando. Apretó los dientes, aunque se obligó a relajar la mandíbula al sentir que le dolían las muelas.

No debería enfadarse de que fuera así. Ella misma lo había decidido por el bien de los dos.

Aunque maldito fuera si se conformaba con tanta facilidad.

Maldito una y mil veces.

John apenas escuchaba lo que su padre le decía, aunque sabía que era de mala educación y el asunto era de vital importancia para su pequeña empresa editorial.

Hablaban, nada más y nada menos, que de la salida a la calle de la próxima novela de Madame Latour, la última sensación de las letras en Inglaterra.

El libro se había hecho de rogar por culpa de ciertos asuntillos de salud de la famosa autora, y las masas que devoraban sus novelas, truculentas y llenas de hazañas heroicas, inundaban su buzón con cartas imperativas e incluso amenazantes.

Querían la nueva obra ya. Y si era para hacer una semana, pues mejor todavía.

—Cecil me ha planteado hacer pública su identidad.

Esas palabras hicieron que John volviese a la realidad de golpe. De pronto, sus ensoñaciones donde vivía un apasionante romance con su gitana se evaporaron de su mente. De todas formas, ella jamás le había mirado de aquella manera ni le había acariciado con tanto amor. Hasta las fantasías absurdas tenían un límite.

—¡Ni hablar! Nos quemarían la oficina.

Frederick Pickery suspiró y dejó sobre la mesa el manuscrito, a la espera de las correcciones. En la primera página, Cecil había puesto una nota: «título en letras sobredoradas sobre el cuero verde». El verde era el color favorito de Cecil. La tirada de este tercer volumen iba a ser la más grande y arriesgada que iban a hacer jamás, y el verde siempre quedaba bien. Pero, por mucho que adorasen el verde y a la autora, cualquier escándalo haría que se arruinaran, por mucho que contasen con el respaldo de las ventas de los libros anteriores y con la fortuna de Cecil y Evelyn.

Ciertamente, John tenía razón, no podían permitirse que Cecil hablara.

—Dice que quiere descansar y pasar más tiempo con su esposa.

—Ese maldito traidor, sinvergüenza, bellaco... No merece todos los desvelos que sufrimos por su culpa.

Frederick se quitó los anteojos y miró a su hijo.

Reconoció para sí que se fijaba pocas veces en él. Siempre había sido un chico nervioso, excitable y demasiado impresionable, pero jamás había ocasionado un verdadero problema, ni siquiera cuando su madre se había marchado cuando era apenas un chiquillo. Pocos años después, cuando había muerto, su falta no había causado, al parecer, ninguna muesca en su carácter. Al fin y al cabo, él había tenido una especie de madre en Rosamund. Una madre postiza que se había preocupado por él cuando había tenido fiebres o problemas con los estudios, algo que su verdadera madre jamás había hecho.

Era guapo, una belleza que había heredado de ella, con aquellos ojos expresivos de color azul y el cabello oscuro y ondulado, pero el resto lo había sacado de él.

Sí. Se temía que John tenía demasiado corazón.

Y ahora mismo parecía dolido con su amigo.

—¿Hay algo que no me hayas contado?

John miró a su padre como si le hubiera preguntado por los gastos de su amante o su postura favorita para dormir.

Cielo santo. Ciertamente, no sabía nada de su propio hijo.

Entonces vio el temblor de sus labios. A su madre también le temblaba la boca cuando sufría.

Su chico sufría y él, que lo tenía ante sus propios ojos cada día, ni siquiera se había dado cuenta de ello.

—Puedes contarme lo que quieras, supongo que lo sabes.

John bajó la mirada apenas unos instantes, aunque de pronto lo miró. La firmeza que vio en sus ojos era completamente suya y se sintió muy feliz, no solo de ver que contaba con su confianza, sino de ver que no había criado a un pusilánime, después de todo.

No era que no lo supiera. Al fin y al cabo, había traído a Cecil de España casi sano y salvo.

Frederick se prestó a escuchar, con las manos planas sobre el escritorio que compartían.

Siempre se había considerado un padre comprensivo, moderno, abierto, pero lo que su hijo le contó puso a prueba muchas de sus ideas.

—¿Qué pensarías si te dijera que quiero casarme con una mujer absoluta y maravillosamente inadecuada?

La pasión en la voz de John hizo titubear a Frederick. Deseó tener a su lado a Rosamund, que siempre sabía qué decir, o que al menos sabía llenar los silencios ordenando el té. Un té le vendría muy bien en ese momento.

Abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla.

De todo lo que iba a decir, pensó en qué era lo que más le molestaría a él que le dijeran. De hecho, recordaba muy bien qué era lo que más le había dolido cuando le habían impedido casarse con Rosamund hacía como mil años. Sí, casi podía oír las palabras del padre de Rosamund justo antes de cerrarle la puerta en plena cara: era inadecuado para ella, porque era pobre, porque pertenecía a otra clase social y porque ella se rebajaría al casarse con alguien como él.

Eso último, en particular, había sido especialmente doloroso.

Ahora su hijo pensaba que la joven en cuestión era inadecuada para él. Pero ¿quién era el que lo decía? La palabra en sí era tan amplia...

Tras un par de minutos de reflexión, Frederick volvió a colocarse los anteojos, como si necesitara ocultar sus emociones tras el cristal, aunque no lo consiguió del todo, porque la humedad de sus ojos era evidente.

—Solo tengo dos preguntas que hacerte, y quiero que seas muy sincero al respecto, John. ¿Os queréis y creéis que os vais a querer para siempre? Porque te aseguro, por experiencia propia, que el resto da igual. Lo que los demás digan, lo que piensen a tus espaldas. Si os amáis y podéis estar juntos, ¿qué más da lo demás?

Frederick se dio cuenta de que su hijo había heredado otra cosa de él, porque John también se quedaba a veces con la boca abierta como si fuera a hablar, sin conseguir decir una sola palabra. De todos sus gestos, aquel era el más ridículo e inútil, pero era igual de tierno.

Cuando ya no esperaba ninguna respuesta, John se levantó y lo abrazó por sorpresa.

Frederick todavía estaba sentado, así que el gesto fue extraño e incómodo, pero pensó que tal vez deberían hacer aquello más veces.

—Gracias, papá. Rosamund tiene mucha suerte contigo —murmuró con voz ahogada contra su hombro—. Su nombre es Dolores. Repite conmigo Do-lo-res. Es hermosa y tiene un carácter de los mil diablos. Sus ojos brillan cuando saca la navaja, pero nunca me ha hecho daño de verdad, te lo juro. Ha amenazado con matarme si me acerco a ella, y una vez me puso un pie en la cara, pero creo que esto último no lo hizo adrede...

Frederick se arrepintió de haberle animado en cuanto John empezó a hablar.

Sin duda, su hijo había perdido la cabeza.

Trató de sonreír, pero estaba claro que tenía que hacer algo para quitarle la idea de aquella boda de la cabeza.

¡Una mujer armada!
¡Una bailarina!
¡Una española!

El conde Guglielmo di Farnesio tenía los ojos oscuros, el cabello oscuro y rizado, la piel de un delicioso tono tostado, a decir de sus amantes, y una voz de tono grave y delicado.

Vestía siempre de un modo impecable y sus modales rozaban lo arcaico. Pagaba las deudas religiosamente y no había nadie que pudiera decir nada desagradable de él.

Sin embargo, había algo duro en el fondo de su mirada.

Javier sabía reconocer a los lobos que se ocultaban bajo la piel de los corderos. Había conocido a muchos a lo largo de su vida.

Desde la noche en que había perdido mil libras en la mesa de faro a la que le había invitado, no había tenido noticias suyas, pero eso no quería decir que el conde se hubiera olvidado de él. En esas dos semanas había intentado averiguar todo lo que había podido acerca del italiano, y, aunque se había encontrado con que todo el mundo parecía conocerle, solo podían decir que lo hacían de un modo superficial.

Todos coincidían en su amabilidad, su cortesía, su apostura y elegancia, pero nadie podía hablar de algo más que eso.

¿Quién era, de dónde venía, cuáles eran sus secretos?

¿Qué hacía un conde italiano y rico en Inglaterra?

Javier sabía que, en cualquier momento, recibiría una nota o una visita y su tiempo de gracia habría terminado. Y él no tenía el dinero. Ni siquiera se había molestado en recaudarlo, aunque sabía que podía conseguir al menos una parte y ganar tiempo para pagar el resto.

No, había visto aquella mirada en los ojos del conde cuando le había hablado de su hermana.

—No tengo tiempo para charlas, me esperan en el teatro.

Javier sonrió y observó el alojamiento de su hermana, mucho mejor que el suyo. Sin embargo, estaba convencido de que podría vivir en un sitio mucho mejor a poco que se molestase en usar sus encantos.

Era una idiota por desaprovechar su juventud, ahora que todavía podía vivir de ella. Llegaría un día no muy lejano en que no podría mantener su belleza ni los viejos pagarían por verla solo bailar. Era una estúpida por pensar que era solo su talento lo que apreciaban.

Rozó el lomo de un libro.

En los últimos tiempos Lola se había empeñado en cultivar su nueva lengua, como si de verdad pensara que tenía un lugar entre aquella gente.

Él apenas se había molestado en aprender lo justo para entenderse con ellos, y no tenía necesidad de mucho más. Sabía que volvería a su país en cuanto pudiera. No le gustaba aquella tierra, llena de lluvia y de gente fría y de ojos vacíos. De no ser por la miseria que la guerra había dejado en España, jamás habría pisado aquel islote.

—He pensado que te gustaría ir a una fiesta. Hace mucho tiempo que no te diviertes.

Dolores se asomó desde su dormitorio. Había cambiado desde que vivían en la choza de su familia, pero no tanto como ella pensaba. Todavía pasaba más tiempo descalza que con zapatos, y aún tenía aquella manía de llevarse la mano por instinto a la navaja que guardaba en un bolsillito del vestido cada vez que se sentía amenazada.

La veía poco, pero siempre le sorprendía su belleza y lo poco consciente que parecía de ella. Pero también la tristeza en sus ojos.

Su piel era más pálida por la falta de sol, pero también sus ojos habían perdido la vida que habían tenido en otros tiempos, como si parte de su fuerza se hubiera dejado atrás.

Ahora, apenas se la distinguía de las otras jóvenes inglesas. Su pelo era oscuro, sí, y también sus ojos, pero parecía tan fría y seca como ellas. Su fuego se había apagado.

Javier apretó los labios y trató de olvidar aquellos pensamientos. Lo que Lola sintiera no era asunto suyo. Ella había elegido su vida, como él había hecho con la propia. Él jamás la había presionado en realidad. Solo pensaba en su bien y la aconsejaba como su hermano mayor que era.

—Tú y yo jamás hemos ido a una fiesta. No sabía que conocieras a nadie que te invitara a saraos.

Javier procuró sonreír, reuniendo todo su viejo encanto, aunque dudaba que ella volviera a confiar en aquella sonrisa. La había utilizado demasiadas veces para engañarla.

—Trabajas demasiado, hermanita —dijo, acercándose a ella y besándola por sorpresa—. Relájate y disfruta por una vez. Te juro que te divertirás.

Dolores se apartó un poco y miró a su hermano. Una expresión extraña bailó en sus ojos. Durante solo unos segundos, Javier pensó que iba a llorar, pero ella apartó la mirada antes de que pudiera ver sus lágrimas.

—Creo que tienes razón. Un poco de diversión me vendrá bien.

Javier sintió que, por una vez, todo podía salir bien.

Apretó a su hermana entre los brazos y pensó en la nota que había recibido esa misma tarde.

En ella, el conde di Farnesio le invitaba a una pequeña celebración en su casa. Y añadía que esperaba a su hermana también.



El conde di Farnesio se consideraba a sí mismo un animal fuera de su hábitat.

Era bien cierto que, sobre todo durante su más temprana juventud y también desde que la guerra había terminado en la que había perdido a su esposa y su hogar, había viajado mucho hasta encontrar un lugar donde asentarse, pero tenía la sensación de que solo en su viejo palacio en la Toscana podía sentirse él mismo.

Los ingleses siempre eran demasiado comedidos, estaban demasiado pendientes de su propia importancia como para disfrutar de la vida. En eso se distinguían incluso de los franceses, sus enemigos naturales, quienes al menos tenían una cierta tendencia a la autocomplacencia y el placer. Aunque, si lo pensaba bien, ¿contra quién no habían guerreado esos intrépidos ingleses?

A veces pensaba que se había equivocado al escoger Inglaterra como refugio. Y no era solo por la humedad y la falta de luz. Había algo en aquel país que le hacía sentir cada vez más lejos de su tierra natal, como si jamás fuera a regresar. Cuanto más tiempo pasaba allí, más seguro estaba de que tal vez no volviera a ver su tierra.

Ya no tenía a nadie que le esperase allí, y solo un hogar en ruinas al que volver.

—Parece que vendrá, *signor*.

El conde apenas dejó traslucir su satisfacción al escuchar la voz de su mayordomo. Siguió pasando las páginas del libro que tenía entre las manos, aunque no le interesaba en absoluto lo que decía. La disparatada historia acerca de un noble italiano de oscuros intereses que pretendía engañar a una joven inglesa para convertirla en su enésima víctima era del todo ridícula. ¿Qué hombre en sus cabales iba a orquestar semejante plan solo para casarse con una mujer insípida, si luego iba a matarla en su noche de bodas? Por no hablar de que aquella Madame Latour no había

conocido a un italiano en su vida, era evidente.

—Envíe algunas invitaciones aleatorias a mis conocidos, por favor, Andrew. No queremos que los García-Smithens piensen que esta celebración está dedicada a ellos.

Andrew inclinó la cabeza a modo de asentimiento y se retiró sin una palabra. Si la orden de su amo le había parecido extraña, no lo dejó traslucir ni por un segundo.

A Cecil le gustaba pensar que la vida de casado no le había cambiado, pero sus conocidos y familiares tendrían mucho que decir al respecto.

Por lo pronto, sonreía más, y eso no podía negarlo. Se sentía feliz, relajado, aunque él podía achacarlo a que la cirugía había hecho que el dolor de cabeza se redujera drásticamente. De hecho, incluso cuando la migraña aparecía, esta era solo un reflejo de lo que solía ser.

Hablaba más, salía más, bailaba más, y gruñía menos.

Quedaba a menudo con su familia, aunque tanto Amelia como su hermano estaban convencidos de que esto se debía a la influencia de Evelyn, que trataba de que las pequeñas diferencias que había existido entre ellos se limasen hasta desaparecer. Si había algún tipo de celos entre la esposa de Cecil y la mujer a la que él había amado en el pasado, nadie lo diría, porque Evelyn la trataba con un cariño casi maternal ahora que estaba en la recta final de su embarazo.

Tía Rosamund decía, solo cuando tenía sueño y había bebido tal vez una copa de más de jerez, que no comprendía cómo habían podido vivir sin ella.

Evelyn era alegre y desenfadada y no temía expresar sus sentimientos, algo que parecía haber estado prohibido en aquella familia hasta su llegada.

Y era por eso que la joven señora Moorehouse no comprendía que nadie le hubiera dicho que John estaba enamorado. A ella, que le habría apoyado y animado hasta el infinito.

No podía asegurar que estuviera enfadada con John, aunque él la hubiera cortejado sin disimulo hasta hacía unos meses, sin mostrar ningún signo de amor por otra mujer. De hecho, si ella no lo hubiera rechazado, estaba convencida de que se hubiera declarado con descaro, aunque solo fuera para fastidiar a Cecil.

Sin duda, ese hombre tenía una forma muy extraña de amar.

¿Acaso no bailaba con todas las muchachas que se le cruzaban y alababa los pies de unas, las manos de otras, las muñecas de las de más allá y los ojos de aquellas?

Ahora que sabía que estaba enamorado, sin esperanza, por lo visto, no sabía cómo conciliar todo aquello.

—Casi puedo escuchar los engranajes de tu cerebro girando. Hasta veo el humo saliendo de tus preciosas orejitas.

Evelyn dejó la taza de té en la mesa con lo que pretendió ser un gesto de protesta, aunque jamás podría dañar algo tan hermoso como aquella vajilla de porcelana china que le había regalado su madre por su boda.

Cecil fingía leer su correspondencia, pero debía de parecerle más divertido observarla a ella, porque las cartas estaban a un lado de su plato con huevos y tostadas y había apoyado la barbilla en la mano.

En otras circunstancias, aquel gesto le habría parecido tierno, porque hacía tres días que no desayunaban juntos y él había buscado tiempo para estar con ella, a pesar de que tenía cosas que hacer con John y Fred, pero lo cierto era que estaba enfadada con todos ellos.

Llevaban semanas encerrados trabajando en su nueva obra y le habían prohibido echar siquiera un vistazo por encima. A ella, que era la seguidora número uno de Madame Latour. A ella, que podría haber aconsejado a Cecil en la recta final de la novela, si es que había algún pequeño error. A ella, que tenía ideas estupendas para nuevas historias y que podría mejorar las

ya existentes, porque nada era perfecto, ni siquiera las novelas de la mejor autora del mundo, su marido. Sin embargo, cada vez que la veían cerca con una libreta de notas, la echaban sin piedad, y no lo comprendía. Así que en esos momentos los odiaba a todos un poco, no podía evitarlo.

Y luego estaba el tema de John, de Rupert y de Cecil y su rescate, del que nadie le había dicho nada hasta ese instante, como si a ella no le incumbiese.

—¿Por qué no me contaste lo de España?

Evelyn supo que el momento de calma y felicidad había acabado cuando vio que Cecil se llevaba la mano a la cicatriz que le había quedado tras la intervención. Parte de ella quedaba tapada por el cabello oscuro, pero ella sabía que estaba allí y estaría para siempre. Y también las huellas de lo que había sufrido durante años.

—Porque ya ha pasado. Y porque pensé que no tenía nada que ver contigo.

Evelyn frunció los labios y procuró no lanzarle lo primero que tuviera a mano.

—Todo lo tuyo tiene que ver conmigo, Cecil. Recuerda que ahora somos uno.

Él gruñó e hizo ademán de regresar a la correspondencia, no antes de que ella volviera al ataque con saña.

—¿Por qué no están juntos John y Lala? Si es cierto que se aman, deberían estar juntos, como nosotros.

Cecil suspiró y dejó las cartas, sabiendo que no podría escapar con tanta facilidad ahora que Evelyn había abierto la caja de los truenos.

—Si te soy sincero, no tengo la menor idea —respondió Cecil, tras un carraspeo—. Pero creo que es asunto suyo, querida —añadió, tomándole la mano por encima de la mesa.

Evelyn frunció el ceño. ¿Desde cuándo el bienestar de sus amigos no era asunto suyo? ¿John y esa mujer le habían salvado la vida y su felicidad se la traía al paio?

Parpadeó un par de veces, pero su marido no la miró. Hacía todo lo posible para no hacerlo. Se sirvió más huevos, aunque tenía el plato colmado, y también una taza de té. Tostadas, mantequilla, y hasta fingió comer con entusiasmo, aunque hacía rato que había terminado de desayunar.

Evelyn conocía lo suficiente a su marido como para saber que mentía y que no quería que preguntara más, así que no lo hizo. Había otras formas de averiguar las cosas sin traicionar su confianza.

Estaba claro que había algo importante allí que había que dilucidar, y nadie mejor que ella para hacerlo.



John leyó la última página del nuevo manuscrito de Madame Latour y suspiró.

Hasta hacía un mes, aquel acontecimiento le habría hecho el hombre más feliz de Inglaterra. O casi. En ese momento, solo sentía un leve enojo hacia Cecil por haberle hecho pasar toda la noche despierto cuando podría haber pasado ese tiempo intentando convencer a Lola de que le concediera al menos una oportunidad.

En cambio, había tenido que pasarla leyendo otra historia más con una mansión embrujada, un fantasma, una joven valiente que lo da todo por amor y un héroe que, en realidad no hacía nada más que lucir el palmito.

Aquel estúpido de la novela era él, podía verlo claro. Era pusilánime, cobarde, y solo se movía cuando no le quedaba otro remedio. La heroína, en cambio, era todo corazón, tesón,

bravura...

Solo por ella merecía la pena leer el libro.

Sí, triunfaría, no le cabía duda de ello. Los lectores, y sobre todo las lectoras, lo adorarían. Otra vez llegarían cartas de adoradores de Madame Latour exigiendo nuevas obras y ejemplares autografiados.

Agotado y con los ojos cansados, John apartó los folios manuscritos, casi con rabia.

Le parecía increíble que su amigo pudiera escribir algo así, ver tan claro en los sentimientos de los personajes de ficción, y luego clavarle la daga de la traición en lo más hondo del corazón.

Porque tenía tan claro como la luz del día que entraba ahora por su ventana que Cecil conocía la existencia de Lola en Bath y no se lo había dicho.

¿Por qué?

¿Por qué su amigo no quería que fuera feliz?

¿Todavía estaba enfadado porque había intentado conquistar a Evelyn? ¿Acaso no veía que solo había sido un empujoncito para hacerle actuar, que Evelyn nunca le había interesado en realidad? Bueno, tan solo un poco...

John dejó caer la cabeza contra su escritorio con un golpe seco.

Aquel conocido dolor de estómago volvía a acosarle, aunque ahora estaba tan mezclado con el hambre por no haber tomado bocado en horas, que no sabía cuál era más fuerte.

—¿Qué tal la obra? Dime que nos salvará el año, por favor.

John ni siquiera había escuchado entrar a su padre, que tenía un aspecto descansado y relajado. Si tenía algún problema, no lo parecía, aunque con él jamás se sabía. A veces tenía la sensación de que no conocía a su padre. Ese hombre que le había engendrado había mantenido una relación con una mujer delante de sus narices durante la mayor parte de su vida, y él ni siquiera lo había sospechado.

—Nos salvará el año y tal vez el que viene. Creo que es lo mejor que ha hecho —respondió con tono monocorde.

Aquel era el veredicto que esperaba su padre y además era cierto. Cecil era bueno, muy bueno. Y era una suerte, porque el futuro de su empresa dependía de ello.

Frederick le dio una palmada en la espalda.

—Bien, bien. Más tarde iré a ver a Cecil para hablar con él sobre ello. Y para decirle que, evidentemente, tendrá que olvidarse de lo de hacer pública su identidad.

John volvió a dejar caer la cabeza contra la mesa. Gimió al notar el dolor en la frente, aunque aquello al menos le hacía olvidarse del dolor de corazón.

—A veces le odio.

Frederick rio y lanzó un mazo de cartas junto a él.

—Tendrás que reprimir ese odio hasta que deje de escribir y puedas repudiarle —dijo su padre, con tono irónico, sabiendo muy bien que John sería incapaz de hacer algo así—. Ve a casa para dormir y darte un baño. Tendrás que estar presentable si quieres ir a la reunión de esta noche, hijo.

John hizo un esfuerzo titánico para levantar la cabeza y mirar la primera nota, escrita con una elegante letra puntiaguda que no reconocía.

—¿Tenemos planes? No recuerdo haber aceptado ninguna invitación para hoy.

—¿Te suena de algo el conde Guglielmo di Farnesio?

Dolores García-Smithens contempló a la concurrencia y se preguntó si así era como se suponía que era una fiesta de la mejor sociedad inglesa.

A su lado, con evidentes ganas de escapar para tomar una copa, su hermano Javier tarareaba una copla y no disimulaba su desprecio hacia lo que veía.

La casa era hermosa, mucho más grande que ninguna en la que cualquiera de los dos hubiera estado jamás. Los cortinajes eran más lujosos que los del mismo teatro, de una suntuosa tela dorada que hizo que los ojos de Lola los acariciaran con la mirada. Una capa cosida con aquella tela debía de ser una maravilla. Los sillones, tapizados de una seda con un estampado de florecillas rosas, verdes y del mismo tono dorado, era una delicia. Los muebles debían de haber costado una fortuna, al igual que la porcelana que decoraba los aparadores y mesillas que había por doquier.

Parecía que no había un solo rincón desnudo en el salón, ya fuera porque estaba ocupado por mesas, floreros de tamaño humano o por estantes llenos de fruslerías de aspecto tan caro como delicado.

Era como si el dueño de aquella casa tuviera pánico al vacío.

A Lola, en cambio, tener tanto donde mirar le producía una sensación de terror. Había tantas cosas minúsculas y grandes, todas ellas hermosas e interesantes, de evidente origen exótico, que tenía miedo de perderse algo.

Además, había mucha gente allí, más de la que esperaba.

Nadie pareció fijarse en ellos al llegar, y tampoco acudió nadie a saludarles, aunque Javier había dicho que les habían invitado.

Dolores no estaba acostumbrada a las convenciones inglesas, pero pensaba que, de ser así, el anfitrión acudiría a recibirles. Le parecía incluso obligado que así fuera.

Había pasado toda la tarde, la única que tenía libre en el teatro, decidiendo qué ponerse. Frente al baúl donde guardaba la poca ropa que no usaba en el escenario, había descubierto que su vestuario era francamente decepcionante.

Quitando algún vestido de paseo de muselina blanca, muy a la moda, que le habían obligado a comprar las gemelas, apenas tenía nada decente que ponerse. En general, al llegar a casa, se confundía una bata y no volvía a salir. Lejos habían quedado los tiempos en que adoraba el cielo abierto y el campo, quizás porque allí no podía encontrar nada de eso. Lo más cercano eran los parques, y aquellos, verdes y siempre húmedos, no se parecían en nada a su tierra.

Con el tiempo, se había acostumbrado, y hasta había llegado a amarlos, pero seguía echando de menos el poder caminar descalza por la tierra caliente.

Además, cada vez que salía, tenía que hacerlo sola, y había descubierto que no era aconsejable que una joven lo hiciera a menudo. Los caballeros parecían pensar que estaba incitándolos a acosarla y a solicitar sus atenciones. Algunos incluso la reconocían del escenario.

Poco a poco, Dolores había descubierto que estar en casa era más seguro, a no ser que pudiera salir con alguien del teatro, y aquello sucedía pocas veces, porque a sus compañeros artistas les gustaba salir por la noche a tabernas o clubes, fiestas o con sus amantes, y tenían una vida muy alejada de la suya.

Y Lola, aunque no quisiera admitirlo, temía encontrarse con John. Desde que había

descubierto que estaba en la misma ciudad, temía aquel encuentro y su reacción. O su falta de ella.

Lo cierto era que no comprendía qué hacían allí, rodeados de extraños, vestidos como pueblerinos.

¿Cómo habían recibido una invitación a aquella reunión llena de ingleses elegantes y corteses, que los saludaban con una sonrisa y una mirada llena de curiosidad al pasar, pero que no les dirigían apenas más que un saludo, ya que no habían sido presentados formalmente?

No se había atrevido a preguntarle a Javier, por miedo a conocer la verdad, pero tal vez debería haberlo hecho.

—Allí está el conde —le dijo Javier al oído, mientras le apretaba el brazo.

Por algún extraño motivo, se sentía más desnuda con aquel elegante vestido de muselina color crema, delicado y sencillo, y con el cabello recogido sobre la cabeza con cintas del mismo color, que con el vestido rojo que solía usar en el escenario. Los colores alegres la hacían sentirse viva, llena de energía. Aquel tono apagado, en cambio, por muy a la moda que estuviera, la hacía sentirse disfrazada, como si estuviera fingiendo una pureza y una paz que no sentía.

Miró al hombre que su hermano había señalado.

No tenía aspecto de inglés, con aquel cabello oscuro y la piel atezada. De perfil elegante, no estaba lo bastante cerca como para juzgar su edad, pero no parecía lo bastante mayor como para necesitar las virtudes de las aguas sanatorias de Bath.

Vestía como todos los demás caballeros de la sala, eso sí, pero aquello ocurría allá adonde fuera. Tenía la sensación de que todo el mundo vestía, hablaba y se movía igual, como si temieran desentonar y ser señalados. Y al final, cohibida, acababa escapando al refugio de su apartamento. En el escenario, al menos, podía controlar sus movimientos y mostraba lo que quería.

En ese salón era muy consciente de que estaba en territorio desconocido y ni siquiera podía hablar sin que alguien se dirigiera a ella antes. Su cabello, su piel un poco más morena de la del resto de las damas y su acento ya la hacían destacar por la calle, pero en una reunión como aquella era como si fuera acompañada de alguien que portase un farol y gritase a los cuatro vientos que era extranjera y de otra raza.

Curiosamente, Javier, con sus ojos azules, parecía cuadrar más que ella entre los ingleses. Su piel podía ser oscura, pero muchos de aquellos caballeros pasaban mucho tiempo en el campo y también eran morenos. Solo sus modales los diferenciaban. Si tan solo quisiera, Javier podría parecer un caballero, o al menos educado.

El conde también parecía extranjero, y sin duda lo era, porque también se movía de un modo distinto a los ingleses, que a veces parecían estacas.

Como si hubiera notado su mirada, el anfitrión de la fiesta se giró hacia ellos e inclinó la cabeza a modo de saludo.

Javier no necesitó más.

Dolores pensó que no debería hacer aquello, pero lo siguió de todos modos. Atravesaron el salón abarrotado y avanzaron hasta su objetivo.

El conde esperó, sin apartar la mirada de ellos ni un solo instante. Si lo que hacían les parecía reprochable, no lo demostró.

Según se acercaban, Dolores pudo observarlo mejor. Sin duda, era atractivo e interesante, nada que ver con todos los blandos caballeros ingleses que la visitaban en el camerino cada día.

—Sé buena con él. Es un buen amigo.

Las palabras de Javier, justo cuando estaban a punto de llegar hasta el conde y su grupo, hicieron que Lola estuviera a punto de perder el paso.

¿Un buen amigo? ¿Cómo podía ser un conde amigo de un gitano?

Sin embargo, no tuvo tiempo de preguntar nada, ni siquiera de reaccionar, porque ya estaban junto al conde y él se había adelantado con una mano en alto.

—La hermosa Dolores García-Smithens —dijo, con una voz profunda e inesperada—. Llevo meses intentando conocerla y admirándola desde la distancia. Es un inmenso placer que haya venido a mi pequeña reunión.

Lola le ofreció la mano y sintió el calor de su beso en la piel incluso a través de la tela del guante.

—Podría haberse acercado usted, le aseguro que no muerdo. Señor...

El conde sonrió, mostrando unos dientes blancos y un poco afilados. Aquella sonrisa podía ser tan magnética como aterradora.

—Disculpe mis modales, por favor. Soy el conde Guglielmo di Farnesio. Algunos de mis amigos ingleses me llaman William. Parecen tener ciertas dificultades para pronunciar mi nombre. ¿Le ocurre a usted lo mismo?

Lola liberó su mano, que él sostenía todavía, y se preguntó por qué alguien con tanto encanto y desparpajo no se atrevía a acercarse a su camerino si es que de verdad la admiraba tanto como aseguraba.

Tampoco comprendía cómo había averiguado quién era su hermano y por qué había considerado necesaria su intercesión para que ella acudiera allí.

Se obligó a sonreír.

—Si yo fuera condesa, no querría que me llamaran de otra forma, señor conde.

Él rio y los que lo rodeaban rieron también.

Incómoda, Dolores los miró, preguntándose si lo que había dicho era tan gracioso. Quizás era cierto que no tenía ningún arte social, porque dudaba que su chiste fuera tan bueno.

Sonrió por compromiso y empezó a buscar una salida, sabiendo muy bien que no la encontraría en su hermano, que había desaparecido hacía un rato, en busca de una mesa donde perder lo poco que tuviera.

Giró sobre sí misma y entonces lo vio, un poco detrás del conde, con cara de pocos amigos.

Tal vez la había estado mirando desde que había entrado en la habitación, con aquel viejo anhelo en la mirada, como quien mira la luna desde una loma, sabiendo que jamás la podrá alcanzar.

Así había mirado ella el barco en el que se había alejado hacía su tierra una vez.



—Ustedes editan... esto.

John sabía que el hombre que le hablaba era el anfitrión, un conde italiano del que todos hablaban maravillas y al que no conocía.

Un hombre en la treintena, atractivo, magnético... y evidentemente enfadado. Sostenía un ejemplar de El marqués de ojos oscuros como si se tratase de un arma arrojadiza. Y parecía que quisiera usarlo contra él.

—Así es —respondió, a la defensiva, aunque no debió de hacerlo, porque el italiano se lo tomó como un reto.

—Hacen ustedes que todos los italianos parezcamos unos botarates que tratamos de conquistar a las jovencitas por medio de hechizos para luego abandonarlas o hacer sacrificios satánicos. No se dan cuenta del daño que hacen.

John, que había tomado una copa de una bandeja y se estaba planteando marcharse poco después, porque no entendía qué hacía allí, en la fiesta de un desconocido, comprendió que ese tipo le había invitado para... ¿para qué? ¿Qué sentido tenía hablar de aquello en público?

De hecho, varias personas se habían detenido junto a ellos para escuchar con poco disimulo y asentían, dándole la razón al conde.

—Se lo haré saber al autor de su parte.

—Pensaba que lo había escrito una mujer.

John se sonrojó al comprender su traspies.

—Por supuesto. A Madame Latour. Yo mismo se lo transmitiré de su parte.

El italiano volvió a erguirse. Si lo hacía un poco más, rozaría el techo con la coronilla.

—Me gustaría hablar con ella yo mismo. Podríamos hablar acerca del carácter italiano y corregir ciertos aspectos de la personalidad del marqués. Seguro que la señora Latour comprenderá que... —de pronto el conde calló y miró por encima de su hombro, como si hubiera olvidado su presencia.

Y, de hecho, así había sido.

Lo comprendía. También él se había olvidado del rapapolvo y de Madame Latour.

Lola, su Lola, estaba allí. Y ese maldito conde metomentodo la estaba tocando.

John jamás se había considerado un hombre celoso.

Siempre había pensado que los tipos que vigilaban a sus esposas como cerberos y que sospechaban que los engañaban, los que murmuraban a todas horas acerca de lo hermosas que eran y cómo todos los demás se las envidiaban, eran unos cretinos.

Al fin y al cabo, si esas mujeres estaban casadas con ellos, deberían estar felices, porque los habían escogido por encima de los demás.

Sin embargo, allí estaba, apretando los dientes y tratando de no arrancar los ojos a aquel maldito conde sabelotodo que quería conquistar evidentemente a su gitana.

Estaba claro: él era como todos los demás hombres.

El reconocimiento no le hizo feliz, pero tampoco fue una sorpresa. Al fin y al cabo, nunca había brillado por ninguna cualidad en especial. ¿Por qué iba a diferenciarse justo en eso?

En ese momento había otras prioridades. Tenía que alejarse con Lola de aquel hombre atractivo, magnético y rico, no fuera a ser que ella le prefiriese.

Con un agudo dolor de corazón, la contempló desde detrás del hombro del italiano.

Dolores estaba hermosa, pero la muselina clara tras la que se había camuflado no la favorecía. Aquella tela era para mujeres sin espíritu, para mustias damiselas sin fuego en las venas. Además, ese vestido no tenía bolsillos para esconder el cuchillo.

Nunca la había visto con aquella ropa tan formal y tan... inglesa... y no le gustaba. O sí. La verdad era que la amaba de todos modos.

Escuchó con mal disimulado interés su conversación y descubrió que no se conocían.

John sonrió para sí mientras escuchaba toda aquella charla vacía que pretendía ser encantadora. ¿De verdad pensaba ese hombre que iba a conquistarla luciendo su título y declarándose su admirador?

Bien, era conde, sin duda. Y rico. Y guapo. Y encantador cuando quería, o al menos lo era con ella. Pero Lola no parecía demasiado impresionada al respecto, para alivio de John.

Vio cómo ella sonreía y miraba a su alrededor, tal vez aburrida, y entonces notó su mirada sobre él.

John sintió un vahído conocido, pero pensó que no era el momento de perder la consciencia. Inclino un poco la cabeza a modo de saludo, pensando si era apropiado o no saludarla, porque jamás habían sido presentados de modo formal.

Malditas fueran las convenciones sociales.

—John, es un placer volver a verle.

La voz de Dolores, un poco ronca por la emoción, pero amable, los sorprendió a todos.

Su mano, enfundada en un guante de un prístino color blanco, se extendió hacia él como la de un abogado que busca una tabla de salvación, y John la tomó y se aferró a ella como jamás lo había hecho a nada.

Al infierno con las convenciones sociales.

—Dolores, el placer es siempre mío.

Cuando se inclinó a besar su mano, apartando al conde a un lado, pensó que bien podría morir otra vez allí mismo, pero que sería mejor vivir, porque aquello solo podía ser el inicio de una vida maravillosa. Ella al fin le había dirigido una mirada amable e incluso una sonrisa, y John

jamás había sido tan feliz.

—Querido amigo, tengo un terrible dolor de cabeza. Supongo que no le importará acompañarme a casa.

La mirada de Lola era tan intensa que nadie se atrevió a decir una sola palabra.

El conde entrecerró los ojos y lamentó que tuviera que dejarlos tan pronto y deseó que pudiera visitarle muy pronto.

Por lo visto ese conde tampoco tenía reparos en mandar al infierno las convenciones sociales.

Dolores asintió y le tendió una mano, aunque no se comprometió. Junto a ellos, John solo podía pensar en que muy pronto estaría a solas con ella por primera vez en años, consciente al menos, y que había sido Lola la que lo había propiciado.

Estaba tan nervioso que no sabía qué hacer con las manos. De hecho, una vez en la puerta, recordó que ni siquiera se había despedido del anfitrión. Aunque, pensando en sus palabras acerca de la novela de Cecil, quizás fuera mejor que todo quedase así.

Un paso por delante, Dolores parecía haber olvidado su presencia. Solo parecía estar ansiosa por salir de allí, sin importarle cómo.

Se le pasó por la cabeza que su presencia fuera una excusa para escapar, pero luego desechó aquel pensamiento. Al fin y al cabo, era una mujer lo bastante decidida como para irse de cualquier sitio cuando quisiera y abandonar los corazones destrozados de sus amantes tras ella. Y él lo sabía muy bien.

Estaban a punto de salir cuando ella se detuvo de pronto, alarmada.

—He olvidado avisar a mi hermano. Se preocupará si no me ve.

John, que sentía la victoria en su mano, la observó regresar al salón con un mohín casi infantil. No tuvo tiempo de protestar, aunque dudaba que hubiera servido de algo. En todo caso, ella ya se había marchado.

La noche era húmeda, aunque no del todo fría. El suelo empedrado estaba mojado, como si hubiera llovido. Se preguntó si debería llamar un coche para acompañar a Lola o si el trayecto hasta su casa era breve. La sola idea de permanecer un tiempo indefinido con ella en un lugar cerrado era excitante.

Tal vez consiguiera reunir el valor de volver a declararse y de besarla.

Se caló la capa y el sombrero y golpeó el suelo con el bastón. Levantó la cara hacia la luna y sonrió. De haber sabido que la noche se iba a dar tan bien, se habría puesto su mejor traje.



Dolores había dado esquinazo a muchos hombres a lo largo de su vida.

En aquel caso, además, todo era mucho más complicado, porque en realidad no quería escapar de Juanito.

Había reconocido casi el instante que había cometido un error. En el mismo momento en que había notado el temblor por todo el cuerpo cuando él había besado su mano y había visto cómo el conde entrecerraba los ojos oscuros, había sabido que no debería haber mostrado su preferencia de un modo tan abierto.

Sin embargo, sus labios habían hablado por sí mismos y le había rogado, oh, sí, el ruego había estado implícito, que la sacara de allí y se la llevara muy lejos.

Y, mientras se alejaban hacia la puerta, había sentido aquellos ojos oscuros y penetrantes clavados en la espalda, como dagas.

No había querido pensar en ello hasta ese momento, pero tuvo que obligarse a ello. ¿Qué diablos hacían ella y su hermano allí? ¿Y por qué la había dejado Javier a solas, o todo lo a solas que se podía estar en un salón abarrotado, con un hombre desconocido?

Pensó en todas las veces que había acudido a ella para que lo sacara de problemas. Las decenas de veces que la había mirado con aquellos ojos dulces y del color del cielo, tratando de ablandarla para hacerle soltar la bolsa. Sin embargo, esta vez no le había pedido nada, solo que la acompañara a una fiesta.

Y ella había considerado que era una invitación amable y que era un detalle por su parte, después de los problemas que le había acarreado durante años.

Era tan idiota a veces.

Se giró en la puerta y miró a Juanito, que no podía dejar de sonreír.

Le dijo la primera cosa que se le ocurrió, y él no lo cuestionó siquiera.

Ese hombre era tan dulce que no comprendía cómo podía mirarla así, porque ella era veneno.

Lo dejó allí, plantado, siendo muy consciente de que tal vez no volviera a mirarla de aquella manera nunca más. Y tal vez fuera lo mejor. Así acabaría esa agonía de una maldita vez. Porque no comprendía lo que le ocurría con él, si apenas habían hablado y eran tan distintos como la noche y el día.

Una vez de vuelta en el salón, abarrotado de fruslerías y de aburridos ingleses, detuvo a un camarero y le susurró unas palabras al oído. Este asintió y recibió de buen grado la moneda que puso en su mano.

Intentó tragar el nudo que tenía en la garganta y se ajustó los guantes, pensando que John lo comprendería cuando recibiera el mensaje. Después de todo, estaba acostumbrado a las despedidas bruscas.

Cuando el conde la vio, dejó al hombre con quien hablaba con la palabra en la boca y se acercó, con una sonrisa tan encantadora como llena de satisfacción animal.

—¿Y su amigo?

Ella se encogió de hombros e hizo un gesto de indiferencia.

—Parece que a él le dolía la cabeza más que a mí.

El conde rio y Dolores apretó los dientes.

Al salir de allí y hablaría con Javier para averiguar qué se traía con aquel hombre. No le gustaban los juegos y menos cuando intuía que ella misma estaba en el tablero.

Se dejó llevar del brazo hacia el fondo del salón, donde él se dedicó a agasajarla, ignorando al resto de los invitados. Dolores se obligó a olvidar a John, que a esas alturas habría recibido el mensaje y tal vez la odiara.

Era mejor así.

Simplemente, eran demasiado diferentes y ella regresaría un día a su país para no volver. Aferrarse a alguien imposible solo traería más dolor.



—¿Qué le pareció mi hermana? ¿No es la criatura más estúpidamente hermosa que ha visto jamás?

Si el conde encontró chocante su comentario, no lo demostró. Se limitó a mirar a Javier y a agitar su copa de coñac en silencio.

—Una mujer fascinante e inteligente.

Javier pensó que la inteligencia de Lola no era algo que muchos hombres apreciaran. Di Farnesio era un hombre estrafalario y absurdo.

—Creo que usted le ha gustado.

No había hablado con Lola al respecto, pero ella no le había dicho que aquello no fuera cierto, así que bien podía decir que el conde le gustaba. Bien, era rico y lo bastante joven para mantenerla entretenida si de verdad se había encaprichado de ella.

—Tal vez me cueste convencerla, pero no es tan testaruda como para no comprender que un protector de su condición...

El conde emitió un sonido extraño y dejó la copa de un golpe sobre una mesita.

—Supongo que me está usted ofreciendo la mano de su hermana.

Javier intentó no reírse, porque era de mala educación reírse de un hombre tan rico, y porque además le debía mucho dinero, pero era complicado no hacerlo.

El conde debía de estar más loco de lo que pensaba si de verdad estaba diciendo aquello.

A no ser que fuera una broma.

—¿Un matrimonio de verdad?

El italiano levantó la barbilla e inspiró tan fuerte por la nariz que, en un hombre más vulgar, su gesto habría resultado obsceno. Pero no en él, un conde rico y guapo.

Era tarde y todos los invitados a la recepción se habían ido hacía rato. También su encantadora hermanita, que había hecho una impresionante conquista en solo una noche, al parecer. De haber sabido que tenía tanto potencial, la habría sacado más de paseo.

Javier la había dejado en un coche rumbo a su apartamento hacía un buen rato, pero él se había quedado, como el resto de jugadores. No estaba siendo una buena noche para él, pero lo cierto era que hacía mucho que no tenía una de esas.

Los ingleses no eran tan tontos como pensaba y él no dominaba el idioma lo suficiente como para comprender todo lo que ocurría en la mesa. Además, el faro era un juego que dependía demasiado del azar. Todo se jugaba a la carta más alta, y sus habilidades sobaban. Allí la banca siempre tenía las de ganar. Y en aquella casa la banca era el conde.

Y ese conde, quién lo iba a decir, al fin había decidido qué quería como botín.

Nada menos que a su hermanita.

Al final, le iba a salir el asunto mucho más barato de lo que habría podido pensar.

—Su deuda quedará pagada, señor García-Smithens —dijo el conde, como si leyera sus pensamientos—, pero estas puertas quedarán cerradas para usted para siempre.

Javier tardó en comprender sus palabras. De pronto el tiempo parecía haber avanzado sin que él se hubiera dado cuenta y parecían haber llegado a una especie de acuerdo.

Y lo más gracioso de todo era que aquel tipo se atrevía a juzgarle, después de comprar a su hermana. Sin duda, había hombres que tenían mucho cuajo.

—Dolores no lo aceptará —le espetó, ciñéndose la capa que un hombre que había surgido de las sombras le colocó sobre los hombros. Sabía bien cuándo le despedían.

El conde emitió una risa corta y seca.

—No entiendo por qué se preocupa ahora de eso. Quizás debió de pensarlo antes. Será un trato del que todos salgamos beneficiados. Y puedo asegurarle que ella será feliz, si es que eso le ha preocupado alguna vez.

El italiano le hizo un gesto al criado y este le señaló la puerta con unos aires dignos de su amo.

Una vez en la calle, Javier maldijo para sí. Llovía y había perdido lo poco que le quedaba en la mesa de juego.

Suspiró y miró a su alrededor. No era tarde todavía. Quizás podría mendigar abrigo en alguna de las tabernas donde le conocían. Su capa bien valía unas buenas libras.

Al día siguiente trataría de hablar con Lola.

El asunto que el conde proponía era peliagudo, pero no podía negar que era una buena oferta.

Todos saldrían beneficiados, sí.

Él se libraría de su deuda más importante y de la amenaza del conde, que dudaba que fuera un buen enemigo.

Y ella sería feliz, estaba convencido de ello.

—Me dejó abandonado en la puerta, como a un... lechero.

Cecil gruñó y dio un golpecito con la pluma en el manuscrito que se suponía que estaban puliendo.

En general, solían trabajar en el despacho de los Pickery, pero desde que estaba casado Cecil prefería trabajar en casa. Había descubierto que era más cómodo. Además de tener una provisión de té y comida cerca, podían ir cambiando de escenario de vez en cuando, según menguara la luz o aumentara el dolor de trasero, del salón a la biblioteca o al jardín, y que también venía bien que Rupert o Evelyn los interrumpieran con sus ideas peregrinas, sobre todo en momentos como aquel, cuando John penaba como un amante sin esperanza y no era capaz de dejar de lamentarse.

—Los lecheros son caballeros muy dignos y dan un servicio muy importante a la nación.

John levantó la cabeza del cojín sobre el que reposaba y le lanzó una mirada envenenada.

—No sabes cómo te odio a veces, Cecil. De no ser por ti, no sufriría de este modo, y lo sabes.

Cecil ocultó una risita y se paseó junto al ventanal que daba al jardín. Tras el cristal, cerca del rosal, Evelyn fingía no estar atenta a todo lo que ocurría en el interior. La habían dejado afuera, aunque ahora no estaba seguro de haber hecho lo correcto.

De hecho, cuanto más lo pensaba, más convencido estaba de que todo aquello estaba mal.

—En eso tienes razón. Si no me hubieran herido en España, no habrías tenido que venir a rescatarme, no la habrías conocido y ahora estarías casado con alguna muchacha encantadora y aburrida.

John se quitó el antebrazo de los ojos y miró a Cecil. Su mirada era grave ahora.

—No me refería a eso. Volvería a hacer aquello una y mil veces. Todavía echo de menos a Gladys de vez en cuando.

Cecil asintió y se apoyó contra la chimenea, como si aquel asunto estuviera zanjado.

—En cuanto a Lola, ella me pidió que te mantuviera lejos. Le debía la vida, más o menos. No podía hacer menos que cumplir con lo que me pedía. Debes entenderlo.

John se levantó como tocado por un resorte.

—Al fin lo admites —le espetó, apuntándole con un dedo afilado.

Cecil se encogió de hombros.

—No tiene sentido seguir negándolo. Tú lo sabes y yo sé que lo sabes. No es que me sienta orgulloso de haberte mentido. Además, Evelyn me martiriza cada día con que debo hacer algo para asegurar vuestra felicidad. —Cecil se quitó el monóculo y lo limpió, aunque John pensó que lo hacía solo para no mirarlo a los ojos—. No sabes lo fastidioso que es lidiar con una esposa metomentodo.

John frunció los labios en un mohín.

—¿Por qué finges que no te encanta? Adoras cada gesto suyo y recuerdo muy bien cómo me mentiste acerca de su físico y carácter. Si lo pienso, debería estar muy enfadado contigo por ello.

Cecil volvió a colocarse el monóculo y levantó la barbilla.

—No tengo ni idea de qué hablas.

John lo dejó por imposible y volvió a dejarse caer en el sofá, como si se encontrase en su propia casa. Incluso Rupert había renunciado a enseñarle modales.

—Si al menos entendiera qué le ve al conde italiano...

—¿Has dicho conde italiano?

La voz de Evelyn llegó apagada a través del cristal. Su rostro, bien pegado a él, parecía alarmado. John tuvo la sensación de que, si se pegaba un poco más a la puertaventana, la tiraría abajo.

Cecil acudió al rescate de su curiosa esposa y la dejó entrar.

Ella irrumpió como una avalancha envuelta en muselina floreada. Se dejó caer junto a John y le tomó una mano, como si se tratase de un moribundo.

—Cuéntame todo lo que sepas acerca de ese hombre.

Y John contó todo lo que sabía, sin ahorrarse las críticas acerca de la obra de Cecil.

—¿En serio dijo eso de mi libro? —preguntó el joven autor, enarcando una ceja.

Su voz había sonado plana y grave. John y Evie le miraron desde el sofá, con los ojos bien abiertos. Por lo visto, ese conde que hasta hacía bien poco no tenía importancia para él contaba ahora con todo su interés.

—Y no sabes bien el tono en el que lo dijo. Y quiere hablar con Madame Latour para darle sus impresiones en persona acerca de todos tus errores. Me dijo incluso que le gustaría aconsejarte acerca de los italianos y su carácter. Por lo visto, te crecen los críticos al mismo ritmo que los admiradores, amigo mío.

John pensó que tal vez estaba cargando un poco las tintas, pero se dijo que Cecil se lo debía. Al fin y al cabo, solo le había confesado a regañadientes que Lola le había pedido que no le hablara de su presencia, pero no le había hablado de sus motivos para ello.

Él era su amigo. Debería ayudarle y pensar en su felicidad.

Y su felicidad estaba junto a ella.

Así que le perdonó, pero le haría sufrir un poquito.

Cecil gruñó y levantó un poco la barbilla.

—¿Y dices que ese tipo está interesado en Lola?

—Deberías ver cómo la mira. Es como un lobo hambriento.

—Un conde italiano, nada menos... —murmuró Evelyn con ojos soñadores, mirando a su esposo y encontrando en ellos la respuesta que esperaba.



Lola apartó la taza de té, que no le gustaba de todas formas, por mucho que intentase habituarse a los gustos ingleses, y se levantó para prepararse un café bien cargado.

Mientras evitaba con todas sus fuerzas mirar el correo, pensó que el té era como los ingleses: aguado, sin fuerza y te dejaba indiferente, al menos tal y como les gustaba tomarlo a ellos.

Por eso prefería el café. Amargo, revitalizante y muy caliente, como el sol de su tierra.

Sonrió cuando el aroma de la infusión comenzó a llenar el habitáculo que llamaba cocina.

En general no solía comer allí, porque casi siempre estaba en el teatro, donde pasaba la mayor parte del día, pero había comprado un pequeño hornillo donde preparaba café y algún refrigerio para cuando descansaba.

Una vez con la taza en la mano, ya no pudo retrasar más el terrible momento. Con un suspiro, tomó la carta que coronaba la habitual correspondencia que la dueña del edificio de apartamentos dejaba cada mañana a su puerta. La mayoría eran de sus seguidores, que conseguían su dirección sobornando a los empleados del teatro, por mucho que ella tratase de mantenerla en secreto: caballeros de mayor o menor edad que le expresaban su admiración con más o menos decoro,

mediante poemas, algunos bastante subidos de tono, canciones, regalos y propuestas que avergonzarían a sus madres y esposas si llegaran a conocerlas.

Lola jamás respondía a aquellas notas. Había aprendido por las malas que una respuesta, por educada que fuera, podía acarrear una obsesión peligrosa por parte de hombres que no estuvieran en sus cabales. Por suerte, el caballero en cuestión había comprendido que ella no era una mujer desprotegida a la que conviniera acosar. Llevaría la marca de su navaja para siempre para demostrarlo.

Entre el montón de cartas habituales, una destacaba entre las demás.

El sobre era tan elegante como el hombre que lo había enviado, y también su letra, puntiaguda y un tanto extravagante.

El conde, se temía, no era de los que se conformaba sin obtener una respuesta.

La noche anterior habían charlado poco rato, porque Dolores había comprendido que quedarse mucho tiempo con él habría supuesto un error.

Él ya se creía vencedor después de que ella despachara a John, y Lola no estaba dispuesta a que creyera que había dejado marchar al inglés por su causa.

No, si no se había ido con Juanito era porque tenía curiosidad de saber qué tramaban él y Javier. De lo contrario...

Sin embargo, nada de lo que había intentado había funcionado para averiguarlo.

Cada vez que preguntaba por la relación del conde con su hermano, él solo aducía una vaga amistad, conocidos lejanos, y, al fin, sacaba a relucir que había querido conocerla al saber que era familiar de Javier. Una feliz casualidad.

—Porque supongo que ha debido de notar usted que soy uno de sus admiradores.

De todo lo que decía di Farnesio, esto era lo único que le cuadraba a Dolores, aunque no la tranquilizaba en absoluto. Que un hombre como él, rico, poderoso, hubiera considerado necesario pedir que su hermano intercediera para poder conocerla, era ridículo.

—No me parece usted del tipo tímido, señor conde.

El conde sonrió, mostrando aquellos dientes puntiagudos que la habían sorprendido al principio. A la luz decadente de las velas, aunque también había lámparas de gas, parecía un hombre satisfecho por la vida que le había tocado vivir, aunque sus ojos se movían por el salón de vez en cuando, como si comprobase que todo seguía en su lugar.

—Y no lo soy —aseguró, volviendo a ella tras un último repaso por sus súbditos de aquella noche—. Pero reconozco que me gusta conocer a la gente en mi propio territorio.

Dolores se obligó a sonreír, aunque la elección de palabras la incomodó.

Ser la presa de un hombre que creía que podía tener todo lo que quisiera no era algo que le apeteciera, y era evidente que él no disimulaba sus intenciones. Sabía que había mujeres a las que aquello les parecía agradable e incluso estimulante, pero no era su caso.

Ocultó su malestar tras la copa y pensó en cómo salir de allí. Quizás lo que tuvieran su hermano y ese conde italiano no fuera asunto suyo, después de todo.

Por suerte, Javier había aparecido, con cara de haber perdido hasta las medias y había comprendido, por una vez, que no quería estar allí.

Él tampoco había hecho caso a las insinuaciones de Lola para averiguar de qué conocía al conde, pero había pensado que aquello daba igual, porque no pensaba volver a verlo.

Sin embargo, allí estaba aquella invitación a una velada musical en los baños romanos, como si no hubiera notado su incomodidad. O más bien, como si le diera igual.

John había repasado en su cabeza miles de veces lo que había ocurrido, con la sensación de que se le escapaba algo. Tenía que haber alguna frase que había dicho o una mirada, un gesto, para que ella le hubiera dejado abandonado en la puerta, esperando durante una hora.

Cierto que había mandado a un camarero con un mensaje, diciéndole que debía quedarse con su acompañante, pero él había decidido esperar por si salía.

Y entonces lo recordó: ella se había ido para avisar a su hermano.

¡A su hermano!

Frunció el ceño y todo lo que tenía ante sí en el despacho se borró mientras empezaba a rumiar para sí.

Muy cerca de él, su padre lo miró con gesto preocupado, pero John no se dio cuenta.

—Aquel tipo del camino que luego estaba en la posada, el de la chaqueta bordada. Yo pensé que era... —rió para sí, aliviado por algo que no había querido plantearse en serio durante años—. Ah, querida mía, supongo que tenemos que perdonar los pequeños pecados de la familia.

—¿Te encuentras bien, hijo mío? —preguntó Frederick, que se había levantado y se prestaba a colocarle una mano en la frente para comprobar si tenía fiebre.

El día anterior John había aparecido en casa empapado y estornudando después de acudir a la fiesta de aquel extraño conde. Desde entonces, actuaba de un modo más estrafalario de lo habitual.

John miró a su padre como si hubiera recordado de pronto dónde y con quién se encontraba.

—¡Me siento como nunca! —exclamó, sonriendo—. Acabo de descubrir que mi futuro cuñado intentó matarme.

Frederick dio un paso atrás, más asustado por la mirada obnubilada de su hijo que por sus palabras. O tal vez por ambas cosas.

—Me preocupas de verdad, John. Creo que deberías hacer que te visitara un médico. O volver a Londres una temporada. El aire de Bath no te sienta bien.

John miró a su padre con los labios fruncidos, aunque los relajó al comprender que solo se preocupaba por él. Se levantó y le palmeó un hombro. Tomó el sombrero y el bastón y se dispuso a salir.

—Entiendo que es un asunto complicado, papá, pero lo entenderás todo cuando la conozcas.

Frederick miró a su hijo salir del despacho y se giró para verlo pasar por la ventana. Las manos le temblaban de frustración.

Su muchacho estaba enfermo. O peor aún, embrujado. Y aquello solo se solucionaba de una forma: quemando a la hechicera.



Dolores estaba acostumbrada a recibir visitas en su camerino y a encontrarse regalos en los sitios más insospechados, porque los caballeros les pagaban a los empleados del teatro para que los colaran entre sus cosas y aún entre sus vestidos, pero lo que no solía ver a menudo era a damas curioseando entre sus cosas.

Casi sin darse cuenta de lo que hacía, rebuscó en el bolsillo que hacía coser en todas sus prendas y acarició el mango de la navaja.

No era que esperase pelea, pero con las esposas y novias celosas jamás se sabía.

Había tenido algún encontronazo en la calle y hasta en alguna tienda, pero que acudieran a enfrentarse a ella era un acto de valentía que apreciaba, por mucho que no tuvieran nada que reprocharle. Ella jamás había tocado a ningún hombre, aunque muchos se lo hubieran solicitado, algunos encarecidamente.

Solo había besado a uno por propia voluntad en su vida, y ese no estaba casado. Y aún ese beso había sido apenas un sueño.

—Le hayan dicho lo que le hayan dicho, su hombre está seguro conmigo.

La dama se irguió al escuchar su voz y soltó la tela del vestido rojo que solía usar en el escenario como si quemara. Al hacerlo, tropezó con la silla y estuvo a punto de caerse.

Lola intentó no reírse, por aquello de mantener la debida compostura, pero era complicado mantener la seriedad cuando ella le sonreía como si acabara de ver... Dios, ¿por qué sonreía así esa mujer?

—¡Oh, estoy tan feliz de conocerla al fin! Y este vestido es divino. ¡Y usted es tan hermosa! Entiendo que él la quiera tanto... Es todo tan... tan... ¡Maravilloso! Creo que no había sido nunca tan feliz. Bueno, sí, el día de mi boda. Y cuando Cecil me dijo que era Madame Latour, pero digamos que eso estaría en el tercer lugar de mi lista de momentos felices. El primero sería el instante en que me dijo que me quería. ¿Usted no pondría ese en primer lugar?

Dolores apretó la navaja con más fuerza, no supo si por reflejo o para defenderse del posible ataque de aquella loca. Porque solo una loca podía estar a punto de llorar mientras decía aquella sarta de sandeces. Hablaba tan deprisa que apenas comprendía la mitad de lo que decía, pero aquello no parecía detenerla.

¡Cielo santo! ¿Acaso no necesitaba aire para respirar, como el resto de las personas?

—¿Disculpe? —logró decir al fin, dando un discreto paso hacia atrás al ver que ella se acercaba.

—¡Lala! Cecil me ha hablado tanto de usted que es como si fuera de la familia.

Lola sintió que algo se aflojaba en su interior al comprender al fin de quién se trataba. Sonrió y soltó la navaja.

—Por lo visto, no le ha hablado de mí lo suficiente como para que se aprenda usted mi nombre, señora Moorehouse.

Evelyn se sonrojó, aunque eso no impidió que se echara en sus brazos al comprender que Cecil también le había hablado de ella.

—Seremos amigas, ¿verdad? Aprenderé a pronunciar tu nombre y me enseñarás a bailar.

Dolores no tuvo otro remedio que dar unas palmaditas en la espalda de aquella extraña criatura que amenazaba con asfixiarla. No sabía qué le podía haber contado Cecil de ella, pero Evelyn parecía pensar que era alguna especie de criatura mitológica.

—Supongo que no puedo negarme —dijo con una ironía que ni siquiera Evelyn pudo dejar de notar.

La inglesa se apartó un poco y la miró de cerca. Había en sus ojos ese tipo de sinceridad dolorosa que hay en las personas buenas que no saben ocultar su corazón. Aquella era la misma bondad que había en John, y no podía soportarlo, así que apartó la mirada y trató de apartarse de ella.

—Es difícil escapar de nosotros. Ahora que te tenemos, no te vamos a dejar escapar. ¡Dios! John y tú estáis hechos el uno para el otro —dijo Evelyn, volviendo a apretarla con fuerza, en un

tono que sonó solo un poco amenazante.

Lola trató de sonreír, pero el dolor de corazón era demasiado punzante.



La promesa de que iría a cenar un día a su casa hizo que Evelyn, «Evelyn a secas, por favor, somos casi de la familia», se fuera al fin.

Lola se dejó caer en una silla, agotada. No había sido ni siquiera media hora de charla, pero juraría que aquella mujer se había llevado la mitad de su energía con ella. Ahora comprendía a qué se refería Cecil cuando decía que no había podido evitar enamorarse de ella. Evelyn era una fuerza de la naturaleza.

Cerró los ojos y se dijo que había tenido más vida social en dos días que en años, y que no estaba hecha para aquello. No entendía cómo podían las gemelas y el resto de bailarinas, o los caballeros, con aquello. O tal vez era que ella prefería la tranquilidad de su casa o un paseo al sol. Si bailaba, era porque necesitaba el dinero. Hacía tiempo que no lo hacía por placer.

Casi no recordaba cuándo había disfrutado de verdad con la música o con una copla.

—Explicame por qué no podemos estar juntos. Dame un solo motivo que pueda creerme, y te juro que te dejaré en paz. De lo contrario...

Dolores abrió un ojo y pudo ver cómo John se enredaba con sus propias palabras. Era muy posible que se hubiera preparado aquel discurso y que, una vez allí, se le hubiera olvidado lo que iba a decir.

Intentó no moverse. Desde aquel ángulo, con la cabeza apoyada en una mano y solo un ojo abierto, era de lo más divertido verlo cada vez más apurado y con las mejillas más sonrojadas, esperando a que le echara un cable.

¿Cómo había entrado en el teatro a una hora en la que supuestamente no deberían estar más que los artistas y los demás empleados? Tal vez deberían empezar a poner un poco de control, porque la gente indeseable se colaba con demasiada facilidad.

Y, si no, que se lo dijeran a su corazón.

Podía sentir el pulso un poco más acelerado que antes en el interior de la muñeca, la parte que tocaba justo la mandíbula.

Era increíble que alguien así pudiera provocarle tanta ternura.

Debería dejarle hablar. Él solito era muy capaz de liarse, cabrearse, ofuscarse y marcharse sin que ella abriera la boca. No era del tipo reflexivo. Si notaba sus trampas o mentiras, era mucho más tarde, y volvía para echárselas en cara, como en ese momento.

—Tu hermano. No me dijiste que tenías un hermano.

—Nunca me lo preguntaste. En realidad, nunca hablamos de nada. Tú siempre te desmayas o yo me enfado. No tenemos tiempo de charlas.

John se sonrojó de un modo adorable y ella sintió deseos de besarle, pero se contuvo. Aquella no era forma de acabar con él de una vez.

—Pero... debiste decirme que el hombre de la posada era tu hermano. Ese era un detalle importante, creo —dijo, irguiéndose mucho de pronto, como si hubiera recordado de pronto algo de lo que tenía que decir. Su voz se iba elevando, señal de que se estaba enfadando. Solo tenía que esperar callada y quieta. Si aguantaba unos minutos más, él mismo se calentaría y acabaría yéndose. Con suerte, no volvería más. Un día dejaría de ir—. Me disparó en un camino. Lo sabes porque tú misma curaste mi herida y me hiciste mucho daño, por cierto. Pero le perdono porque es

de la familia. —Bajó la mirada y se perdió una pequeña sonrisa que ella no pudo evitar, llena de algo que ella no quería calificar como amor—. Cuando le vi en La Coruña pensé que estabais compinchados, pero es que no tuve mucho tiempo de pensar, ya sabes, antes de... —hizo un gesto con la mano hacia su cabeza, y sonrió, con un poco de apuro—. De haber sabido que era tu hermano, me habría quedado más tranquilo, lo reconozco. No es que pensara que erais... amantes... ni nada de eso... —De pronto se irguió todavía más, si cabe, de modo que Lola supo que se avecinaba algo importante. Los ojos azules de Juanito, que se habían paseado durante todo su parlamento por el camerino pequeño y atestado de vestidos y botecitos de maquillaje y carmín, se clavaron en ella y sonrió, y aquella sonrisa se le clavó en el alma—. En su momento comprendí que no vinieras, pero tendrás que ser muy convincente ahora para hacerme creer que no sientes nada por mí. Los labios pueden mentir, pero los ojos no, y tus ojos me aman, Lola.

Al terminar de hablar, John se quedó plantado junto a la puerta, que ni siquiera había cerrado. Tras él se había acumulado la mitad del personal del teatro y algunos empezaron a aplaudir.

—Si ella no te quiere, yo estoy libre, guapo —dijo una de las gemelas, guiñándole un ojo y pasándole una mano por el hombro.

Al darse cuenta de que se había declarado, más o menos, delante de tanta gente, el inglés se sonrojó más todavía. Sin embargo, no se arredró. Se giró hacia su público y saludó con una sonrisa cortés y un gesto de la cabeza. Incluso le guiñó un ojo a la gemela, que se llevó la mano al pecho, encantada por sus atenciones.

Dolores pensó que John era una extraña mezcla de galán caradura y entrañable idiota.

Rompió su postura poco a poco y se levantó de la silla. Con movimientos felinos, se levantó de la silla y caminó hacia la puerta, que cerró tras sonreír a sus desilusionados compañeros de las artes escénicas. Más tarde les ragañaría por dejar pasar a John y a cualquiera que les convenciera o pagara unas monedas. Después, se apoyó en la tabla y contempló a John, que no se había movido en todo aquel rato, como si se esperase un ataque.

—Crees que estás enamorado de mí porque nunca has conocido a nadie como yo. Soy extranjera, exótica, bailo y, además, no he caído rendida a tus pies.

—Y tienes un cuchillo, no lo olvides —añadió él, con una sonrisa más que satisfecha.

Lola se separó un poco de la puerta y se acercó. Solo un paso.

—Te parezco un reto.

John enarcó una ceja, sin dejar en ningún momento aquella estúpida sonrisa.

—Nunca me lo había planteado de esa manera. Lo cierto es que eres un poco difícil, querida. Admítelo.

Dolores dio otro paso hacia él.

—Si hubiera admitido que siento algo por ti, ya te habrías aburrido de mí y solo sería una anécdota para recordar en tu club.

Él cerró los ojos, como si recordase un instante imborrable y no la estuviera escuchando en realidad.

—Nunca olvidaré el momento en que pusiste tu pie en mi cara. Creo que ese es el instante justo en que supe que te amaría para siempre.

Lola dio otro paso. De pronto, ya solo los separaba medio metro de distancia. Y había sido ella la que la había recorrido. Trató de dar marcha atrás, pero él levantó una mano y la tomó del brazo. No con fuerza. Sabía que podría zafarse en cualquier momento, pero no lo hizo.

—Todo lo que dices son tonterías. Nadie se enamora de un desconocido. Y tú y yo jamás hemos hablado ni sabemos nada del otro.

John seguía sonriendo, pero ahora su sonrisa ya no era de satisfacción, sino dulce y un poco

estúpida. Le habría gustado borrarla con el pie, pero ahí estaba, dando otro paso más, casi sin darse cuenta.

—Sí, es cierto. Es imposible, pero aquí estamos. ¿Alguna razón más para no estar juntos? Recuerda que debe ser convincente.

Lola abrió la boca, como él solía hacer. Tenía su razón para no estar juntos en la punta de la lengua. Tenía más de una, en realidad. Había miles, millones. Aunque él pondría un montón de pegas, porque no quería escucharla. No quería comprender que no estaban destinados a estar juntos, porque no eran del tipo de personas que se sientan en un salón a tomar el té y charlan acerca de cosas superficiales como la velada de la noche anterior. No, ellos no tenían nada en común. Ellos solo...

Iba a abrir la boca para explicarle todo aquello, pero un carraspeo hizo que los dos se girasen hacia la puerta al comprender que no estaban solos. ¿Cómo podía haber entrado nadie sin que se dieran cuenta?

Pero, de algún modo, allí estaba el conde di Farnesio, que se estaba quitando los guantes y fingía un interés desorbitado por las costuras de uno de ellos.

—¡Oh, lo siento! No sabía que estuviera interrumpiendo nada importante.

John miró al conde como si no comprendiese qué hacía allí, fastidiando el instante más feliz de toda su vida. Porque estaba convencido de que Dolores iba a decir que le amaba y que llevaba años luchando contra lo evidente. Y lo evidente era que le había querido desde el mismo instante en que lo había visto, como él a ella.

Bueno, quizás no desde el primer instante, pero sí desde hacía mucho tiempo. Los detalles no eran importantes. Y lo importante era que se amaban. Que se amaban mucho.

Mucho y mucho.

Pero ahí estaba ese idiota petimetre con un gusto literario pésimo, por cierto.

Apretó los dientes y se tragó su animadversión, porque, al fin y al cabo, había vencido. Podía permitirse ser generoso con aquel idiota.

—El señor Piquer ya se iba.

—Es Pickery, querida.

—Da igual, John. Vete.

Las palabras de Lola hicieron que la vista se le nublase, y esta vez no por la emoción.

Trató de repasar toda la escena en su mente, pensando que, sin duda, se debía de haber perdido algo, porque ella había estado a punto de decir que sí, en eso no se confundía, pero ahora le estaba echando.

—¡Pero, Lola!

El maldito conde rio para sí, con un siseo repugnante que le sacó de quicio.

—Creo que la dama ha dejado claro que no quiere verle más, amigo. Y debo decir que tiene un gusto excelente.

—¡Cállese, maldito sea!

John no se consideraba un tipo violento, pero ese italiano sacaba lo peor de sí. Aquella sonrisa petulante, aquella mirada de suficiencia, aquel traje mejor cortado que el suyo... Incluso el mismo Byron envidiaría su cabello perfectamente peinado. Seguro que hasta componía poemas y cantaba, o tocaba algún instrumento. Un tipo como él rozaba la perfección y era inevitable que alguien como Lola lo apreciara.

Odiaba quedar como un bobo ante él, pero no podía evitarlo. Estaba celoso como un adolescente y se temía que había gastado su última bala ese día.

—Adiós, señor Pickery —dijo ella, como si leyera sus pensamientos.

El hecho de que hubiera pronunciado su apellido de forma correcta por primera vez fue la puñalada final.

Dolorosa y por la espalda.

John se sintió como si estuviera colocando el último clavo en su ataúd, pero no le quedó otro remedio que asentir y admitir su derrota.

Lola todavía estaba muy cerca, así que se inclinó y rozó sus labios con un beso triste y lleno de desesperanza. Fue uno de aquellos impulsos estúpidos, pero no pudo evitarlo.

Se separó, pero algo, tal vez un arrebató de rebeldía, hizo que sintiera el deseo de repetir, una, dos, tres veces. O un millón.

Dolores lo miraba cada vez que la besaba. Solo había visto sus ojos oscuros tan de cerca una vez, pero el recuerdo era difuso. Eran maravillosos y profundos, y chispeaban con un brillo de

felicidad ahí en el fondo.

John pensó, que, ya que iba a ser su último beso, quizás podría probar a abrazarla también. Si ella no lo deseaba, podía sacar su navaja y él comprendería que todo había acabado.

Como quien planea el baile perfecto, giró la cabeza, solo un poco, y colocó la mano en su cintura para acercarla más. Lo que antes solo había sido un experimento, resultó mucho mejor cuando sintió que ella colaboraba. Notar su mano enredándose en el cabello fue como probar el chocolate con nata fresca por primera vez. Y fue todavía mejor sentir la punta de su lengua contra la suya, a modo de tentativa.

Inspiró hondo y la acomodó a su cuerpo.

Pensó que era lógico que ella fuera perfecta para él. Siempre lo había sabido.

Besó, lamió, saboreó, y besó todavía un poco más. Y entonces recordó que ella había escogido al conde... o eso creía ella.

Se separó un poco y la contempló desde esa distancia, hermosa, sonrojada y un poco confusa.

—Adiós, querida —dijo, con todas las fuerzas que pudo encontrar en su interior.

Y se fue, olvidando su sombrero y dejándose parte de su corazón, pero decidido a que aquella fuera la última vez que se separasen.



—Un tipo singular.

El conde di Farnesio contemplaba su reflejo en el espejo y se acomodaba el cabello mientras Lola trataba de recuperar el temple tras la marcha de John.

Miró con irritación al italiano. Cualquier hombre decente y con sentimientos la habría dejado a solas. De hecho, ahora recordaba que había entrado en su camerino sin llamar y que no se había marchado al ver que estaba teniendo una charla privada con otro hombre.

Sin duda, tendría que hablar con el dueño del teatro acerca de la seguridad ese mismo día.

Lo miró con los ojos entrecerrados, pensando que la trataba como si fuera algo de su propiedad.

Sintió un escalofrío de pánico en la columna. Solo cuando había pensado que estaba a punto de morir en España había tenido aquella sensación de ser un objeto, y no le gustaba nada.

Decidió que no quería hablar de Juanito con él. Sentía que el conde lo despreciaba, como si fuera un gusano por mostrar sus sentimientos. Precisamente ella lo amaba por eso, porque era real.

Apretó los labios, todavía sensibles por sus besos.

No debería haber creado siquiera ese pensamiento, y menos delante del conde.

Sintió su mirada a través del cristal, como si supiera en qué pensaba.

Se obligó a sonreír. Pensaría en John más tarde.

—Un amigo, nada más.

La sonrisa del conde en el espejo no fue amistosa, pero Lola se obligó a mantener la calma. Tenía que averiguar lo que pudiera de él y lo que le unía a Javier... y deshacerse de los dos. A ser posible sin resultar herida por el camino. Y para eso, debía mantener a John lejos. Ya tenía bastantes problemas sin él.

—Él cree que es algo más.

Lola echó la mirada hacia atrás y rio. Su risa, ronca y un poco histérica, la sorprendió incluso a ella misma.

—Los hombres a veces se hacen ideas absurdas cuando una los mira dos veces. Seguro que

usted entiende que alguien como yo no puede permitirse ciertas cosas.

—¿Cosas como el amor?

El conde se había girado y había tomado un frasquito del tocador. Lo había abierto y se lo había llevado a la nariz. No pudo evitar un gesto de desagrado. Seguro que le parecía barato y chabacano. Bien, ella también lo era.

Lola dejó que su sonrisa se borrara poco a poco. Estaba cansada y le dolía el corazón. Hacía años que no tenía edad para jugar.

—Creo que el amor no es algo que esté en juego en este camerino, ¿o acaso me equivoco? — Se acercó a di Farnesio y le quitó el frasco de la mano para volver a colocarlo en su lugar. Ese perfume podía ser barato, pero era su perfume y a ella le gustaba—. Sea sincero de una vez y dígame qué quiere de mí. Nos ahorraremos tiempo y gestos corteses.

Si al conde le molestaron sus modales, no lo mostró. Quizás su expresión se endureció un poco, pero eso no hizo que su atractivo disminuyera ni un ápice.

Se apartó del tocador y se acercó un poco más a ella. La escena era similar a cuando había estado John allí, pero él no era el inglés y ella no era la misma Lola cuando estaba con él. En definitiva, ella sabía que John jamás le haría daño. Con el conde no estaba tan segura de ello.

—Su hermano me debe dinero.

Lola sintió una mano fría en su rostro y después en su cuello. Pensó en la navaja que guardaba en el bolsillo oculto y en si le daría tiempo de sacarla, pero quería saber antes qué le había ofrecido Javier.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

El conde detuvo su mano y la miró, sorprendido. Su expresión era cómica, pero Lola pensó que jamás se reiría de ese hombre, por su propia seguridad.

—Pensaba que su hermano había hablado con usted —dijo, frunciendo el ceño y apretando la mano, tal vez de modo inconsciente. De pronto la miró y se apartó. Muy serio, con voz engolada que acentuaba su acento italiano, hizo una reverencia ante ella y dijo las palabras que hicieron que su mundo se volviera del revés—: Javier me ofreció su mano a cambio de conmutar su deuda. Mi primer impulso fue rechazar el trato, pero luego pensé que debía protegerla. Creo que es una buena oferta para usted, querida.

—Así que volvió a dejarte como a un lechero...

—Más o menos.

Cecil gruñó y dejó el manuscrito a un lado para contemplar a su amigo, que sonreía como un idiota. Más de lo habitual.

—No comprendo que estés tan feliz, en ese caso. ¿Por qué no gimes y te retuerces como un alma en pena, clamando contra el destino?

John tomó un sorbo de té y sonrió, más efervescente si cabía. Se había quitado la chaqueta de un elegante tono granate y se había arremangado la camisa para no manchar los puños de tinta. Si había algo que odiara de su oficio, eran las manchas de tinta. Le hacían parecer intelectual, y él no quería parecerse a ninguno de los poetas de moda, por mucho que rompieran los corazones de las damas.

Además, él no tenía a Rupert para que se las lavara y se las planchara. Su ayuda de cámara actual no era ni la mitad de eficaz que el de Cecil.

—Esas figuras literarias están pasadas de moda, Cecil. No me retuerzo como un alma en pena porque estoy feliz.

—Pero has dicho que ella te echó.

Las palabras de Evelyn, crueles y tajantes, hicieron que la sonrisa de John se rebajara un ápice. La joven señora Moorehouse, había entrado en la sala de trabajo declarando que ya no la podían expulsar de sus conferencias ahora que ya conocía a Lola.

Los dos caballeros la habían contemplado en silencio mientras ella hablaba de Dolores como de su mejor amiga. Si no las conocieran a ambas, cualquiera diría que se habían criado juntas en la misma cuna.

—Me echó después de besarme. Y os juro que había amor en sus ojos —añadió, señalándolos a los dos—. Algo así no se puede ocultar.

Evelyn miró a su marido con aquello que no se podía ocultar y sonrió. Eso no evitó que sus palabras fueran como una lápida en el entusiasmo de John:

—Eso no impidió que te echara y se quedara a solas con ese conde italiano —dijo, acercándose con disimulo para tratar de ver el manuscrito que ocultaba su marido. Todavía no había podido echar un solo vistazo a su nueva obra y estaba planeando una incursión para poder leerlo en secreto, como en los viejos tiempos—. ¿Seguro que era amor lo que viste?

—¿Y tú estás segura de que eres nuestra amiga, Evie? —replicó John con rabia—. Que sepas que me estás arruinando un día maravilloso.

Evelyn corrió hacia él y lo abrazó por detrás. Le dio un beso sonoro en la mejilla y le habló con voz compungida.

—¡Oh, lo siento mucho, querido mío! Pero es que no puedo evitar pensar en ese conde italiano. Seguro que es guapo, alto, y que tiene unos hipnóticos ojos oscuros... —a medida que hablaba, su voz se iba volviendo grave y su mirada se perdía en la lejanía, hasta que Cecil gruñó para atraerla al presente—. Aunque los ingleses siempre son más atractivos, qué duda cabe. Son elegantes. Hablan nuestra lengua. Son no sé... ingleses.

John, que hasta ese momento se había sentido como en una especie de burbuja, frunció el ceño.

A Dolores no podía gustarle aquel estirado mequetrefe con acento extraño. No era solo que

fuera extranjero, es que además era un entrometido que no comprendía cuándo estaba de más.

No, sin duda Dolores le había devuelto el beso y, si se había quedado con el italiano a solas, había sido para mandarle al infierno.

Tuvo un momento de placer íntimo al imaginar al conde sufriendo un ataque de pánico al sentir la navaja de su gitana contra el cuello.

Con una sonrisa satisfecha, suspiró y trató de concentrarse en el trabajo.

—Es solo cuestión de tiempo que admita que estamos hechos el uno para el otro —murmuró, casi para sí.

Cecil miró a Evie, que se había colocado en un ángulo estratégico para poder atisbar lo que hacía. Al fin, con un guiño, le pasó lo que ya habían revisado, mientras hacía caso omiso de las protestas de John.

Evelyn dio un saltito de satisfacción y los olvidó a los dos al instante, enfrascada en la nueva aventura de Madame Latour.

—Si quieres un consejo, no te hagas muchas ilusiones. Si yo tuviera que escoger entre un exótico conde italiano y tú, no tendría ninguna duda —dijo Cecil, colocándose el monóculo y tono muy serio.

John sonrió como si no le hubiera escuchado y, como buen amigo que era, le derramó una taza de té en los pantalones de ante. La bronca de Rupert cuando tuviera que limpiar aquello sería antológica y, por suerte, John no tendría que escucharla.



Dolores soltó el aire que había estado reteniendo en los pulmones casi sin darse cuenta y de pronto fue muy consciente de que estaba a solas con ese hombre en su camerino. Un camerino diminuto y atestado en el que era complicado moverse sin golpearse contra algo. Si tuviera que defenderse, no sabía si podría vencerle.

Todos esos pensamientos cruzaron por su mente en el tiempo en que volvía a llenar los pulmones.

Mientras tanto, otros nuevos amenazaban con volverla loca.

Su hermano la había vendido a ese hombre a cambio de su deuda.

Ni siquiera le importaba cuándo debía, aunque era evidente que debía ser una fortuna. La cuestión era que no comprendía en qué tipo de conversación entre caballeros podía surgir que, a cambio de saldar su deuda, Javier ofreciera a Lola como esposa del conde.

Santo cielo. ¡Su único hermano! Y que el conde lo considerara justo y se lo contara con aquella calma era increíble.

—No soy yo la que le debe dinero —dijo, tratando de mantener el temple. Por muy enfadada que estuviera con el conde, era a su hermano a quien quería destripar primero—. ¿Por qué debería pagar yo su deuda?

Di Farnesio no se inmutó ante sus palabras. De hecho, era evidente que esperaba una negativa. Nadie en sus cabales aceptaría un trato tan degradante. Dudaba que fuera legal, ni aún entre extranjeros.

—Tal vez... para librarla al fin de su hermano. Sin duda, podría librarla de él de otras maneras más... definitivas, pero no me gustaría empezar nuestro matrimonio con mal pie. Nadie me culparía por ello. Su hermano me debe una cantidad indecente de dinero, y también a muchos otros caballeros.

El conde no la miró al hablar, pero su voz tranquila y sin aspavientos cayó como un plomo en el alma de Lola.

Su mano se cerró sobre el mango de la navaja dentro del bolsillo especial de la falda.

Podría acabar con ese tipo allí mismo y nadie le echaría de menos, estaba segura de ello. Era un canalla que creía tener el poder de comprar mujeres y a la vez amenazar a su hermano, creyendo que la estaba salvando. Sin embargo, no había sido él el que la había vendido, sino Javier.

Soltó la navaja y le tendió la mano al conde.

—Supongo que es un trato —dijo, pensando que no lo cumpliría jamás. Jamás.

Antes moriría.

Guglielmo di Farnesio la miró al fin, sorprendido por primera vez.

—Aunque no lo crea, sepa usted que el haberla conocido me ha hecho el hombre más feliz del mundo, señorita.

El conde apretó su mano con tanta fuerza que dolió, pero ella se obligó a no demostrarlo en ningún momento. Cuando sonrió, supo que parecía tan convincente que lo había convencido de que se sentía feliz, porque él la correspondió con una sonrisa igual a la suya.

Mientras tanto, en su cabeza ya estaba armando un plan para librarse de él, de Javier y para impedir que nadie volviera a usarla como moneda de cambio nunca más.

—¿Por qué nadie me avisó de que saldríamos en mi primera noche aquí? Me apetecía estar en casa con mi familia.

Rosamund Moorehouse no parecía feliz de hallarse en el vestíbulo de las termas, dispuesta a soportar una velada musical y a la aburrida gente de Bath de la que había logrado escapar durante unas agradables semanas en Londres.

De hecho, no comprendía por qué no estaban todos en la capital en ese momento.

—Me dijo que vendría.

Pensó que la esposa de su sobrino se rompería una vértebra del cuello si lo estiraba más. Desde que habían salido de casa, había tenido que soportar un cacareo imposible acerca de alguien a quien no conocía, solo porque tal vez, quizás, pudiera ser, apareciera a esa velada.

—Espero que se trate como mínimo del Príncipe Regente —murmuró para sí.

Evelyn le había apretado la mano con gesto ausente y había seguido a lo suyo, como si nada. Por lo visto, el príncipe era alguien sin importancia al lado de esa misteriosa y magnética persona.

Rosamund, algo abandonada, miró a su alrededor, en busca de su amado Frederick.

Durante su ausencia, había tenido pocas noticias de él. Reconocía que la dilatación de su compromiso había hecho que se distanciaran, pero lo cierto era que, ahora que todos conocían su relación, tenía miedo de convertirla en... real.

La habitual cacofonía que se formaba bajo la bóveda del vestíbulo amenazaba con volverla loca, aunque todavía no había comenzado a sonar la música. Se volvió hacia Cecil, pero él tampoco le hacía demasiado caso. Desde que se había casado, tenía cosas más importantes que hacer que estar pendiente de ella.

—No creo que venga, querida. Este no es su ambiente —decía en ese momento, mientras se colocaba el monóculo y trituraba a los asistentes con la mirada. Por mucho que se hubiera convertido en un aburrido hombre casado, seguía siendo un despiadado y frío Moorehouse, y odiaba a todos los presentes, o a casi todos, como ella.

Evelyn se apartó una pluma extremadamente larga del rostro y lo miró con gesto enfurruñado. Si en algún momento habían pensado que esa muchacha era dulce e inocente, estaba claro que se habían equivocado de plano. Y era una equivocación maravillosa.

—Me escribió que vendría. ¿Por qué iba a mentir?

Cecil enarcó una ceja y sonrió.

—¿Para que dejes de invitarla a casa? Sabes que no vendrá si existe una mínima posibilidad de que John esté allí.

Rosamund parpadeó cuando la luz empezó a hacerse en su mente.

Carraspeó para llamar la atención de la joven pareja, que se giró hacia ella con el respeto que se debe a una mujer de su edad y sabiduría.

—¿Necesitas algo, querida tía? —preguntó Cecil, como si hubiera recordado de pronto su existencia.

—¿Me habéis arrastrado a esta reunión de palomos viejos para que John pueda ver a la mujer que le gusta?

Rosamund trató de contener la rabia en su voz e incluso se forzó a mantener una sonrisa, pero Evelyn retrocedió un paso, así que comprendió que no había sido demasiado convincente.

—Pensamos que querrías ver a Fred también. En un ambiente neutral, tal vez —aventuró la joven, asomando la cabeza por detrás del hombro de su marido.

La tía Moorehouse cerró los ojos y contó para sí hasta cinco. Estaba agotada por el viaje y solo quería dormir. Además, necesitaba prepararse para poder ver a Frederick, porque se temía que él no iba a estar demasiado feliz después de tanto tiempo sin verse.

—Quiero saber todo lo que ocurre y por qué no puede ese muchacho ver a la chica en un baile o en un salón como todo el mundo. ¡Y quiero saberlo ya!

Rosamund se arrepintió de haberlo pedido en el mismo instante en que vio los ojos en blanco y escuchó los gruñidos de Cecil y vio la sonrisa pícaro de Evelyn.



Dolores había sentido el acoso amoroso de muchos caballeros, y no tan caballeros, a lo largo de su vida, pero nadie había sido tan tenaz como Evelyn Moorehouse.

Al final había tenido que aceptar asistir a esa velada en los baños a la que jamás habría acudido de no ser por ella.

Porque sabía que el conde estaría allí.

Y John estaría allí.

Y Cecil. Y Evelyn. Y todo el que era alguien en Bath.

Y todos estarían mirando.

Hacía una semana que no había salido de su apartamento y no había visto a nadie, ni siquiera a sus compañeros del teatro. Había aducido un resfriado para anular todas sus actuaciones y había se había jugado un despido, pero valdría la pena si así conseguía algo de calma para pensar. Y sabía que no lo lograría si todo el mundo tenía acceso a ella.

El único lugar donde nadie se presentaba era su casa.

Desde el día en que había... bien, no sabía si aceptar su propuesta era la palabra indicada para lo que había ocurrido con el conde.

El dueño del teatro había puesto el grito en el cielo, por supuesto, porque Lola era la estrella del espectáculo, pero las gemelas estaban encantadas de alargar su actuación y, estaba convencida de que el público no había sufrido en absoluto su ausencia. Quizás el primer día, pero nada más.

Tenía algunos ahorros y podría mantenerse un tiempo sin trabajar, siempre y cuando no cometiera excesos.

Incluso se había planteado escapar por la noche y no regresar, pero, por algún motivo, eso le parecía indigno y propio más bien de su hermano. Ella siempre había enfrentado sus problemas de cara y con el filo de la navaja por delante.

Y por eso estaba allí, en aquel lugar elegante y donde todo el mundo la miraba como lo que era, un ave exótica y fuera de lugar.

Tenía la sensación de que caminaba de forma extraña, de que se movía distinto y de que incluso miraba de un modo diferente a como miraba el resto de las damas.

Su vestido, ahora podía comprobarlo, era demasiado sencillo, sin adornos. Y tampoco llevaba ni plumas ni joyas. Casi parecía una debutante en su primer baile. Solo que era muy mayor para serlo. Y sus pensamientos no eran precisamente aptos para una jovencita inocente.

Si esa multitud vocinglera que la rodeaba supiera lo que pasaba por su mente, se apartaría, horrorizada.

—¡Lola!

Su cadena de horribles pensamientos se vio interrumpida por un grito alegre, que reverberó gracias a la cúpula de piedra.

Dolores se encogió al sentir todas las miradas de los presentes sobre sí. No necesitó girarse para saber quién había gritado. Muy pronto, con un frufnú de muselina blanca y los ojos tapados por una pluma roja de un tamaño ridículo, Evelyn se plantó ante ella y la miró con arrobó.

—Te dije que vendría, querido. No sé cómo puedes ser tan desconfiado. ¡Oh, y mírala! Es tan preciosa y tan... ¡Qué piel! Tienes que decirme si usas algún truco para tenerla así de... Pero ni siquiera te he dejado saludar, Lola. Debes de pensar que soy una maleducada.

Evelyn no la dejó saludar, ni tampoco parecía necesitar respirar, pero a Dolores le dio igual. Para ella era un alivio no tener que decir nada, porque así podía comprobar que no hubiera peligro en los alrededores.

Con disimulo, mientras sonreía y asentía en todo momento, para que pareciera que estaba muy atenta a lo que su nueva amiga decía, giraba la cabeza hacia los lados, como si contemplara a la multitud y el vestíbulo de las termas, que era impresionante, aunque no era la arquitectura lo que a ella le interesaba.

Se tranquilizó al ver que ni John ni el conde estaban por allí. Quizás podría disfrutar de una velada tranquila, después de todo.

Su peor miedo al ir allí había sido el de que el conde anunciara en público que estaban comprometidos.

Cada vez que pensaba en aquello, Lola no podía evitar una sonrisa amarga para sí. Bien, técnicamente aquello era cierto, pero no quería que los Moorehouse y John lo supieran. O, que, si llegaban a saberlo, que el conde lo contase como si fuera un acontecimiento feliz.

—Querida, me dijeron que estabas enferma.

Lola sintió cómo todos los cabellos de su nuca se erizaban al escuchar aquella voz, grave y con un dulce acento italiano.

Vio cómo los ojos de Evelyn se entrecerraban y luego se convertían en enormes globos azules.

—¡Oh, Dios Santo! ¡Usted es el conde italiano! —exclamó Evelyn, llevándose una mano al pecho.

Cecil la tomó de un brazo, como si temiera que fuera a lanzarse contra él.

Tras ellos, una mujer madura, que había permanecido en silencio, con aspecto aburrido y hasta deprimido durante todo ese tiempo, pero que no podía negar su parentesco con Cecil, a juzgar por su prominente nariz, dio un respingo al escuchar a la joven inglesa.

—Lo que nos faltaba... —creyó oírla murmurar.

Lola se giró para responder a di Farnesio y entonces vio que lo que más temía estaba a punto de ocurrir: John, acompañado de un caballero muy parecido a él, pero mayor, acababa de entrar en la sala y le sonreía, aunque su sonrisa se iba congelando a medida que calibraba lo que tenía ante sí.

Los Moorehouse, por su puesto.

El conde.

Lola lamentó haberse dejado la navaja en casa.

Justo entonces el maestro de ceremonias dijo que ocuparan sus asientos, porque la velada musical estaba a punto de comenzar.

Dolores dio gracias, porque era imposible que nadie se atreviese a pelear allí, con los músicos tocando. ¿Verdad?

John no se consideraba un amante de las veladas musicales. Y la causa no era la música, que, en general, era aceptable, sino porque el público acudía a todo menos a escuchar a los músicos.

Si él se dedicara a aporrear un instrumento, viviría deprimido y ansioso cada una de aquellas sesiones, sabiendo que nadie iba a estar pendiente de lo que hacía, por bien que lo hiciera.

No, allí nadie estaba atento a lo que se tocara. Daba lo mismo si los ejecutantes eran virtuosos o si la soprano estaba tocada por un don divino. La suerte era que, si lo hacían mal, también daba igual, porque nadie se daba cuenta de ello.

En aquella amplia sala abovedada lo único que importaba era quién iba bien vestido, quién llevaba las joyas más impresionantes, quién lucía las plumas más largas y hermosas, quién estrenaba traje o vestido, quién había arreglado los de la temporada anterior, signo de problemas económicos, quién había engordado o adelgazado y lucía las ojeras más impresionantes, señal de que las aguas estaban funcionando (o no). Se hablaba con más o menos indiscreción acerca de los amantes y de las parejas rotas, de romances sonados, nuevos compromisos o corazones machacados y de secretos a voces.

Y se rumoreaba acerca del conde di Farnesio y de la bailarina española.

De hecho, John no comprendía cómo podían los músicos concentrarse en su labor con tanto murmullo, porque él apenas podía escuchar sus propios pensamientos.

Trató de hacer algún comentario a su padre, pero vio por su expresión fija y pensativa que no era el mejor momento para hablar con él.

Frederick había pasado semanas sin saber nada sobre su supuesta prometida y no estaba del mejor de los humores posibles. Ahora los dos permanecían separados y sin mirarse, como si no hubieran mantenido una relación secreta durante años. Era extraño que, justo ahora que todos los que los conocían supieran que se amaban, ellos mismos parecieran ver más obstáculos que nunca para su amor.

Su mirada se desplazó un poco más hacia su derecha. Evelyn tampoco hacía caso a los músicos. Sus ojos estaban clavados en alguien que se encontraba al otro lado de ellos, justo enfrente. Lo miraba sin disimulo, como si no quisiera perderse ninguno de sus movimientos. Como si temiera que, al parpadear, este fuera a saltar sobre ellos como una bestia oscura.

El conde, de vez en cuando, sonreía y la saludaba, divertido. A su lado, Dolores fingía, ella sí, que estaba atenta a los pobres músicos, que sudaban bajo la profusa luz de las velas. Si alcanzaba a escuchar algo entre los rumores, debía de tener un oído privilegiado.

Sí. Su gitana se había sentado con el conde, y no podía comprender el motivo, cuando se suponía que era Evelyn la que la había invitado a acudir allí.

John ahogó un suspiro doliente. Ahí estaba otra vez aquel conocido dolor de corazón y de muelas.

—Deja ya de suspirar y de retorcerte como un idiota —masculló Cecil entre dientes.

—¿Qué sabrás tú lo que es sufrir? —protestó, sintiéndose como un animal enjaulado. De pronto vio la cicatriz en la sien de su amigo y se sonrojó—. Lo siento, soy un bobo. Es solo que no entiendo lo que ve en él.

Cecil enarcó una ceja y se quitó el monóculo para limpiarlo con un pañuelito que sacó de un bolsillo invisible del traje. Tardó un tiempo infinito y volvió a guardar la tela antes de responder,

con calma y tono desapasionado.

—Podría hablarte de lo evidente, como que es un hombre más que atractivo y rico, algo que tú no eres. Rico, quiero decir. —John cruzó los brazos y miró al que había creído su amigo durante años. Ciertamente, empezaba a pensar que aquella bala había afectado al cerebro de Cecil—. Viste de un modo impecable y Rupert me ha comentado que su mayordomo es la envidia de todo Bath. Ha intentado averiguar cómo entró a su servicio y sus funciones exactas, y creo que hasta su sueldo, pero no sabe que soy inmune al chantaje.

—Olvidas que al conde no le gustan tus novelas —masculló John con saña.

Cecil entrecerró los ojos ante la puñalada de John, pero no pareció que su comentario le afectara lo suficiente como para dejar de enumerar las infinitas cualidades del conde di Farnesio.

Por lo visto, Cecil había dedicado un tiempo impensable en investigarlo.

No solo era rico, sino que era culto, inteligente, poseía buena conversación, hablaba varios idiomas, había viajado, montaba como los ángeles, practicaba la esgrima, disparaba de modo aceptable, ya que había salido ileso de al menos tres duelos en su país.

—Y escribe poemas que recita con esa preciosa voz. ¿Qué más puede pedir una mujer?

John cerró los ojos e inspiró hondo.

—¿Me estás diciendo que me supera en todo? —preguntó John con rabia, sin importarle el entorno, los músicos ni el eco de la bóveda.

Cecil gruñó y se colocó el monóculo, como si aquel tema fuera algo banal y la respuesta fuera evidente hasta para un ciego.

—¡Por supuesto que no, estúpido! A él no ha intentado matarle. Piénsalo —añadió con una sonrisa.

John iba a responder, pero los aplausos a su alrededor le impidieron hacerlo.



Frederick Pickery había sido completamente feliz pocas veces en su vida. Casi todas ellas estaban relacionadas con su hijo y con Rosamund Moorehouse.

Por desgracia, sus momentos de tristeza también estaban relacionados con ella.

Esa mujer sabía bien cómo henchir su corazón de esperanza y cómo destrozarlo.

Él, que se había acostumbrado a vivir sin esperar nada, a conformarse con esconderse de Cecil y de su hijo, que aceptaba que, para poder amarse, las cosas tendrían que ser así, se había atrevido a soñar que podían casarse. Pero, desde que todo se había descubierto, desde el día en que ella le había dicho que sí, algo se había torcido entre ellos.

Primero, había pedido tiempo por la operación y la recuperación de Cecil, y lo había comprendido. Y después, una vez solucionado aquel asunto, había tenido que viajar a Londres para solucionar algo de lo que no le había hablado siquiera. Y había aprovechado para desaparecer.

Nunca, o eso había pensado hasta ese momento, habían tenido secretos el uno para el otro.

Se habían contado hasta las cosas más dolorosas.

Pero ahora ella le ocultaba los motivos de su viaje. Y ni siquiera le había enviado una nota para decirle que había regresado. Dios, ni siquiera le había mirado ni saludado desde que le había visto.

En todos los años que hacía que se conocían, jamás la había sentido tan lejana.

Aunque decir aquello quizás fuera injusto. Por mucho que él lo sintiera así. Porque lo cierto

era que él tampoco se había acercado.

Días sin una sola nota, semanas sin una carta larga. Jamás habían estado separados durante tanto tiempo, ni siquiera cuando él había estado casado y no habían estado juntos. Ni aún entonces habían dejado de tener noticias del otro.

Bien, comprendía que tuviera miedo de dar el último paso, pero él también estaba asustado.

Era un paso muy importante.

Pero eran adultos. Más que adultos, en realidad. De hecho, si esperaban un poco más, los casarían con un pie en la tumba. ¿Acaso no era mejor hacerlo ahora que todavía podían disfrutar de un poco de vitalidad?

Pero ahí estaba esa maldita mujer, tomando una copa de ponche y actuando como si no le conociera siquiera. Su enorme nariz de Moorehouse parecía más imponente que nunca, como la quilla de un barco.

Ni siquiera le miraba.

Sintiéndose como un chiquillo despechado, decidió que a ese juego podían jugar dos. Alzó la barbilla e inspiró hondo.

Le dio la espalda y miró a la joven a la que su hijo le había señalado como la elegida por su corazón. Bien, era hermosa e intrigante, pero, aparte de eso, no le veía nada de especial.

Si John estaba tan enamorado de ella, era porque no lo miraba siquiera, como Rosamund a él.

Y estaba con otro. Quizás no tuviera que quemar a la hechicera, después de todo.

Era una suerte que no tuviera que hacer nada. Después de lo doloroso que había sido para él que lo separasen de la mujer que amaba, le habría dolido hacer lo mismo con su hijo.

Por suerte, la muchacha había tenido el buen tino de escoger por su cuenta y le había ahorrado el trabajo.

Cuando Dolores se sentía mal, notaba un dolor agudo o, simplemente, quería escapar, repasaba las coplas que su madre le cantaba de niña antes de dormir.

Las letras que murmuraba entre dientes hacían un extraño contraste con las notas que tocaban los músicos, pero a veces todo casaba de un modo casi mágico y le arrancaba una sonrisa.

Sin duda, aquello era mejor que pensar en la mirada dolorida de Juanito o en la mano posesiva del conde en el respaldo de su silla.

Sí. Decidido. Si en algún momento volvía a tener a su hermano delante, le haría comer sus propios dientes y después le sacaría los ojos con una cucharilla de postre. Y después, tal vez, solo tal vez, le permitiría explicar por qué la había metido en ese embrollo.

Se permitió una ojeada hacia el grupo que estaba sentado justo frente a ella, numeroso y variopinto como si se tratase de una muestra de lo que debía ser una familia feliz.

Cecil, erguido y elegante, con aquel punto extravagante que le caracterizaba, fingía interés por las columnas que sostenían las cúpulas mientras se inclinaba de vez en cuando ya fuera hacia su esposa o hacia su amigo, que no parecía demasiado feliz por sus comentarios. Evelyn, en cambio, aprovechaba cada ocasión para mostrarle su cariño con una sonrisa o un apretón de manos... eso, cuando no estaba taladrando con la mirada al conde italiano.

Los acompañaba una pareja madura que, pese a su cercanía, evitaba mirarse con tanto ahínco que Lola solo podía pensar que se amaban con pasión.

Y luego estaba John.

Cuando lo miraba, olvidaba la letra de las coplas.

Cerró los ojos unos segundos y trató de concentrarse en la música. Alguien debía de poner atención a esos pobres artistas que tanto se esforzaban.

Sin embargo, sus ojos parecían tener vida propia y se desplazaban hacia él sin poder evitarlo.

¿Qué diablos le ocurría a ese hombre que lo mismo fruncía el ceño que maldecía, o sonreía como si acabara de ver el sol nacer? ¿Qué le acababa de decir Cecil?

Los aplausos a su alrededor le anunciaron que el concierto había terminado sin que ella se hubiera dado cuenta siquiera. Aplaudió con gesto distraído mientras veía cómo todos se levantaban y algunos se disponían a correr hacia la parte trasera de la sala, donde ya se estaban sirviendo bebidas y un tentempié frío, aunque la mayoría aprovechaba para volver a reunirse con sus conocidos o para saludar a los asistentes con los que no habían podido charlar antes.

—Ahora tendré oportunidad de hablar con esa gente tan interesante. Si son amigos tuyos, deben serlo por fuerza.

Lola miró a di Farnesio, que todavía permanecía sentado, y que desmentía sus palabras con un tono de aburrimiento absoluto.

Una sonrisa burlona bailaba en sus labios. Era evidente que había notado que estaba atenta a los Moorehouse y a sus compañeros de velada, y no tenía ningún sentido disimularlo.

—Nos conocemos hace tiempo. Casi me resulta extraño vernos en un lugar tan civilizado.

Si el conde sintió curiosidad por el lugar y el momento en que se habían conocido, no lo dio a entender. Extendió la mano que todavía continuaba sobre el respaldo de su silla y le acarició el brazo desnudo por encima del guante. La caricia no fue desagradable, para sorpresa de Lola, pero tampoco le provocó ningún tipo de sentimiento de excitación.

—La acompañaré a despedirse de ellos y luego la llevaré a casa.

Quizás el conde no pretendió que sonara como una orden, pero a Lola le sonó como tal. Ese hombre actuaba como si ya estuvieran casados y le perteneciera.

Lola tuvo que recordar que ella había aceptado ese compromiso... más o menos.

Aquel aire de dueño en el conde le molestaba, sin embargo, no dijo nada. Aceptó su mano cuando él se la ofreció para levantarse, aunque se adelantó a él para no tener que tomarlo del brazo.

Nada más verla, Evelyn corrió hacia ella, sin importarle lo impropio que fuera que una dama de su categoría hiciera algo así en público, y más tratándose de una bailarina. La besó como si fuera su propia hermana y trató de arrastrarla hacia la otra punta del salón, tras lanzar una mirada llena de veneno a su acompañante, que la ignoró con una sonrisa elegante y las siguió como si no hubiera visto nada.

—Por fin estás con nosotros, querida, y no te dejaremos escapar —decía Evelyn, como si la hubiera rescatado de entre lobos salvajes—. Ese conde italiano no logrará apartarte de la gente que te ama de verdad.

Lola escuchó una risita grave que le indicó que la pulla había llegado a los oídos indicados, como Evelyn había pretendido.

Cada vez más nerviosa, Dolores sintió cómo su espalda se tensaba a medida que se acercaba al resto de los Moorehouse, pero, sobre todo, a John, que esperaba, con las manos unidas tras la espalda, sonriente como si estuviera esperando recibir un trofeo.

—Voy a presentarte a la querida tía de Cecil, Rosamund. Verás que te adora, porque tiene mucho ojo para la gente y tú eres muy de su estilo —seguía diciendo Evelyn, inagotable, mientras saludaba a todo el mundo al pasar, aunque sin detenerse con nadie, apartándose la pluma enorme de los ojos a cada paso—. Y luego está el padre de John. Es ese caballero mohíno de ahí. Hoy está un poco triston, porque creo que ha discutido con la tía Rosamund, pero se le pasará cuando le digamos quién eres y lo que hiciste. Ya verás cómo se le pasa el mal humor.

Lola tragó saliva al ver confirmada su sospecha de que el caballero que acompañaba a John era su padre.

Como si hubiera notado que pensaba en él, el triston y mohíno caballero se giró hacia ellas y frunció el ceño. Sin duda, parecía de mal humor. Aunque a Lola le pareció que había algo más que eso tras su expresión. Casi juraría que había animadversión en sus ojos claros.

Aunque aquello no era posible.

¿Qué había hecho ella para que sintiera algo así por ella si ni siquiera la conocía?

—Bien, ya estamos —dijo al fin Evelyn, casi sin aliento, deteniéndose junto a su marido con una sonrisa triunfal, como si hubiera conquistado media Europa y parte de la otra mitad—. He rescatado a nuestra querida Lola de las garras de ese hombre. Ahora ya puede irse, señor conde —añadió, señalando a di Farnesio con un gesto lleno de suficiencia.

Lola miró al conde con un resto de rubor ante la torpeza de su nueva amiga, aunque se tranquilizó al ver que el italiano no parecía demasiado ofendido por sus palabras, sino más bien divertido.

Enfrentado a lo que parecía todo un regimiento de ingleses hostiles, el conde aparentaba una calma que la avergonzaba. Lo cierto era que no tenía nada en contra de él, a no ser por sus modos y su forma de pensar que podía comprarla. Aunque, bien pensado, aquello era suficiente como para no tener tratos con un tipo semejante.

—La verdad es que ya me iba, señores. Ahora que sé que mi prometida está en buenas manos, me puedo retirar tranquilo.

Lola sintió que las palabras se clavaban en su pecho como una daga impregnada de veneno. Sus ligeramente cálidos sentimientos de hacía unos instantes se congelaron al instante.

El silencio causado por la estupefacción de los Moorehouse duró apenas unos segundos.

—¿Ha dicho prometida?

—¡Lola!

—Voy a matar a ese italiano, lo juro por mi sangre.

—¿Dónde diablos está mi pistola?

—¿Puede alguien explicarme quiénes son estas personas?



—¿Ha dicho prometida? —John sintió que las palabras se deslizaban por entre sus labios como en contra de su voluntad.

Miraba a Lola, y Lola lo miraba a él, como si no existiera nadie más a su alrededor. Escuchaba a los demás hablando, excitados como en un baile de debutantes, pero le daba igual lo que dijeran. Para él solo existía su gitana y lo que ese maldito bellaco italiano acababa de decir.

¡Oh, sí! Ese canalla sonreía ahora mismo, muy satisfecho de sí mismo, mientras observaba el espectáculo, de pie como una sombra detrás de Lola.

Cecil tenía razón: era guapo, elegante, y vestía muy bien, eso no podía negarlo. Junto a Lola, formaban una hermosa pareja. Los dos eran morenos y demasiado guapos, y estaban llenos de fuego y la calidez del sol, algo que ningún inglés era incapaz de igualar.

—John... —comenzó a decir ella, pero de pronto apretó los labios y calló. La vio tender una mano fina y enguantada, muy distinta a la mano con olor a hierbas que había amenazado su vida en más de una ocasión. Sin embargo, era la misma—. Deséeme lo mejor.

Él habría jurado que había habido un ruego en sus ojos, pero no le dio tiempo a observarla mejor, porque retiró su mano en cuanto él la rozó con los labios y se giró hacia Cecil y los demás para despedirse.

John jamás se había considerado un tipo demasiado listo, pero en ocasiones tenía chispazos de inteligencia que le abrumaban incluso a él mismo.

Uno de ellos le había hecho convencer a Cecil de que su primera novela podía interesar a algunos lectores. Al final, El marqués de ojos oscuros les había reportado a todos una buena cantidad de libras y había generado un público ansioso de más novelas de Madame Latour.

Otro de esos extraños presentimientos lo asaltó en ese momento, doloroso como un cólico.

Miró a Lola, que trataba de sonreír y evitaba su mirada a toda costa, aunque era evidente que sufría tanto como él.

Cielo Santo, pensó. Su gitana se estaba despidiendo para siempre.

—Tienes buen aspecto.

Frederick miró de reojo a Rosamund y ahogó una sonrisa. Se suponía que estaba enfadado.

—Tú también.

Rosamund lo recompensó con un suspiro apenas audible. Era a lo máximo que podía aspirar, y Frederick lo sabía. Aquel no era el lugar adecuado para hablar de sus problemas, y más cuando había un drama amoroso representándose justo ante sus ojos.

Se sintió incómodo al ver el más que evidente sufrimiento de su hijo. Se suponía que debería sentirse feliz de que esa muchacha extranjera fuera a casarse con otro, pero lo cierto era que todo aquel asunto había removido recuerdos incómodos en su interior. Él más que nadie sabía lo que se sentía cuando no se podía vivir junto a la persona amada. Y no podía negar que John y la joven se miraban como él y Rosamund se habían mirado cuando no eran más que unos niños.

—Un asunto complicado —comentó, señalando al grupo con un gesto de la cabeza.

Hacía un rato que se habían apartado a un lado mientras los más jóvenes intercambiaban cumplidos y felicitaciones, aunque la tensión era tan palpable que no comprendía cómo el conde no había escapado todavía.

Casi sentía lástima por el pobre italiano, porque todos habían formado un frente en su contra y lo miraban como si hubiera secuestrado a la muchacha y pretendiera convertirla en su esposa en contra de su voluntad.

Y, bien, ella no lo amaba, pero ¿quería eso decir que fuera a casarse a la fuerza?

Frederick apretó la mandíbula, incómodo con ese pensamiento.

—La verdad es que no acabo de comprender de qué trata todo el asunto, pero todavía estoy cansada por el viaje. ¿Deberíamos hacer algo al respecto?

Frederick suspiró y se asió al cabo que ella le había lanzado como un hombre que está a punto de ahogarse. No había duda de que aquello era mucho más sencillo que el tema del italiano y la gitana.

—Has pasado mucho tiempo fuera.

Sin duda ella debió de notar que no usaba ningún apelativo cariñoso al referirse a ella, pero no dijo nada. Era muy consciente de que estaban en público y que todavía no habían anunciado su compromiso de modo oficial.

—Las cosas se complicaron en Londres.

Frederick notó el ceño fruncido de Rosamund y sintió deseos de preguntar, pero ella no se lo permitió, porque se alejó para acercarse al grupo de jóvenes que, al parecer, no acababa de decidirse en si debían despedirse o no.

—Tía Rosamund, Lola será bienvenida a tomar el té con nosotras mañana, ¿verdad?

La voz de Evelyn, amenazante y agresiva, la hizo dar un respingo. Si hasta ese momento había evitado con cuidado tomar parte en ese asunto, su suerte se había acabado.

Si la gitana tenía intenciones de negarse, no tuvo oportunidad de ello, porque los Moorehouse la miraban con tanta insistencia que solo pudo asentir con gesto grave. Incluso el conde italiano la presionaba para aceptar. Y también su hijo.

Empezó a sentir lástima por esa joven, y eso que hasta hacia bien poco no la había querido cerca.

Bien mirada, parecía agradable y civilizada en comparación con los ingleses.



Lola ni siquiera fue consciente de cómo salía de las termas y el conde la llevaba a su apartamento.

En otras circunstancias, no habría permitido nada semejante, pero él se limitó a dejarla en la puerta y a saludarla con un amable gesto de la cabeza, como si fuera consciente de que había sobrepasado el límite de lo que podía soportar en una sola noche.

Bien, sin duda tenía motivos para sentirse satisfecho. Al fin y al cabo, se había erigido como vencedor, y sin derecho a réplica.

John, en cambio, solo había permanecido en un furioso silencio, incapaz de hacer otra cosa que mirarla como si no pudiera creer que aquello estaba ocurriendo.

Dolores también había querido gritar y decirles a todos que no tenían ningún derecho a presionarla para ir a tomar al té, o a veladas, o a soportar toda aquella envarada educación, cuando lo que de verdad querían hacer era maldecir, insultarse y rodar por el suelo como bestias.

Se deshizo de los zapatos y se masajeó los pies.

Dio unos pasos de baile por el pequeño salón, no porque le apeteciera, sino para desfogar un poco de la rabia que sentía en su interior. De haber podido, habría gritado, pero era demasiado tarde y dudaba mucho que su casera y el resto de los inquilinos comprendieran su arrebato.

¡Oh, cielos! No podían imaginarse cómo odiaba toda aquella parafernalia y aquella maldita educación que la obligaba a ser fina y formal cuando solo deseaba escupirle al conde que no tenía ninguna intención de convertirse en su mujercita, y menos por una deuda que no la atañía, chillarle a John que dejara de mirarla como un muchachito desvalido, como si hubiera cometido un crimen, cuando en realidad no había hecho nada más que mirar por su bien y el de su reputación. ¡Maldito fuera! Ella también sufría.

Y Evelyn, y Cecil, y todos los demás...

¡Ojalá pudiera decir que no era una dama inglesa y que jamás lo sería!

Y no tenía ningún deseo de serlo.

Con una ligera sensación de mareo, se apoyó contra la puerta y cerró los ojos. Su apartamento no era su hogar, ni jamás lo sería, pero era lo más parecido a un refugio que había sido ningún lugar en mucho tiempo. Allí podía ser ella misma al menos durante unas horas y no tenía que fingir ni controlar su voz ni sus movimientos.

Dejó escapar un gruñido bajo al pensar en toda la gente que esperaba cosas estúpidas de ella. Y luego dejó escapar otro. Más fuerte.

Gritar no, pero supuso que eso podía permitírselo.

—Lola...

Su gruñido se convirtió en un grito de pánico al escuchar la inesperada voz.

Era muy tarde y se suponía que estaba sola. Aquel alojamiento no permitía la entrada de caballeros, y justo por eso lo había escogido.

Su mano se dirigió a la cadera, pero recordó a tiempo que no llevaba la navaja, así que buscó con la mirada cualquier posible arma.

—Lola, por favor, necesito tu ayuda.

El hecho de reconocer la voz de su hermano Javier no hizo que Dolores se sintiera más tranquila. Durante un estúpido segundo, pensó que casi habría preferido que se tratara de un

ladrón. A él al menos habría podido clavarle la navaja o habría podido tirarle sin pudor la lámpara sin remordimientos, sin escuchar la triste voz de su madre en la cabeza recordándole que, pese a todo, era su hermano, que la sangre lo era todo, que era la única familia que le quedaba en el mundo. La única con la que tenía trato, al menos.

¿Por qué su madre no le hablaba a él también cada vez que la metía en un lío o cuando, por ejemplo, se la ofrecía a un conde cualquiera como pago de sus deudas? Sería un bonito detalle.

—Lárgate, Javier. Se supone que no puedes entrar aquí. Si te encuentra mi casera, me echará —le espetó, soltando parte de su rabia—. Me da igual cómo lo hagas, pero consigue el dinero para pagarle al conde y dile que no hay trato.

Una risa amarga provino del rincón oscuro donde él se había refugiado.

Lola gruñó y se dirigió a la mesita, donde tanteó hasta encontrar los fósforos para encender las lámparas.

—No enciendas la luz. No quiero que me veas.

Lola dejó escapar todo el aire de sus pulmones, que salió por su nariz con un sonido sibilante.

Había visto a su hermano borracho, sucio, desnudo, y en distintos estados lamentables. No comprendía por qué no quería que le viera ahora.

Haciendo caso omiso a sus palabras, encendió la lámpara y la dirigió hacia donde estaba Javier, que la maldijo entre dientes.

—Por todos los diablos, Javier. ¿Qué te ha pasado?

Su hermano estaba encogido sobre sí mismo, pero lo poco que alcanzaba a ver a la débil luz de la lámpara de gas era suficiente para ver que tenía un ojo amoratado y casi cerrado, que su boca estaba magullada, que tenía un pómulo destrozado y que la otra mitad de la cara no lucía mucho mejor aspecto. Por su postura, su cuerpo no debía de estar mejor. Además, su ropa estaba rasgada y sucia y olía a todo menos a flores.

—¿Alguna vez aprenderás a obedecer, maldita mujer?

Dolores entrecerró los ojos y lo miró, sintiendo deseos de echarlo de allí. Sin embargo, algo en su mirada la detuvo. No, su hermano no merecía su compasión, pero no podía evitar sentir lástima por él.

—¿Ha sido el conde el que te ha golpeado como a una alfombra?

Javier escupió al suelo, como si todavía se encontrasen en la sucia cabaña de Castilla.

—¿Acaso no tiene ya su premio? No, pero otros todavía esperan su pago.

Dolores miró el escupitajo del suelo y luego alzó la mirada poco a poco hacia su hermano. En su voz no había habido ningún tipo de arrepentimiento al decir que la había vendido a cambio de su deuda.

—Supongo que ya habrás rebuscado por todos los rincones para ver si encontrabas algo para vender —dijo con tono desapasionado. No sería la primera vez que Javier la dejaba sin nada, pero sería la última, eso lo tenía muy claro.

El labio partido no le impidió sonreír.

—Con tus baratijas no tengo ni para empezar.

Dolores pensó en todas las veces en las que había arriesgado su vida por ese hombre y en cuántas veces había sufrido por él, y en lo poco que él le había dado a cambio.

Por mucho que la voz de su madre gritase en su cabeza, la sangre no era suficiente como para mantener ciertos lazos.

Sintió que una sonrisa se dibujaba en sus labios y que una ligereza que no había sentido jamás inundaba su pecho.

Se dirigió a la puerta y la abrió.

—Adiós, Javier.

Su hermano la miró, incrédulo. Tardó en moverse, no solo por los golpes, sino que Lola podía notar cómo quería que ella sintiera la fuerza de la llamada de la sangre, de la culpabilidad, de la responsabilidad. Pero, por una vez, se resistió.

Aquella carga ya no era suya.

—El señor Javier García-Smithens quiere verle, señor.

Guglielmo di Farnesio no estaba acostumbrado a recibir visitas tan tarde en Inglaterra. En Italia había sido otra cosa, pero Italia era otro mundo y su anterior vida ahora parecía un sueño.

Pero el mundo antes de la guerra era, en efecto, otro y las vidas de la mayoría habían cambiado mucho y todos eran distintos.

Él había perdido sus tierras, su palacio había ardido, su esposa había muerto y, en definitiva, su pasado había desaparecido.

Londres no le había hecho feliz, con aquella actividad enervada que le obligaba a atender siempre a atender las necesidades de los demás. Cuando no era acudir a una fiesta, era una velada o un concierto. En Bath, en cambio, podía comportarse como el ermitaño en el que se había convertido en los últimos años.

Solo desde que había descubierto a Dolores había vuelto a apreciar lo que eran los placeres mundanos, fuera de su biblioteca o un paseo por los jardines a última hora de la tarde. O una velada en un teatro.

Esa muchacha le recordaba lo que había sido su primera juventud, cuando todavía poseía fuego en las venas y la guerra no había acabado con sus ganas de vivir ni con todo lo que le ataba al mundo.

—Dile que pase, Andrew. Y ofrécele algo para tomar. Recordemos que pronto será parte de la familia.

Si a Andrew le disgustó el comentario, no lo dejó traslucir. En ese país hasta los criados eran fríos como las piedras.

Por eso le gustaba Lola. Ella era más similar a sus compatriotas. Decía lo que pensaba, o al menos lo decían sus ojos, aunque ella no lo se diera cuenta de ello. Todos sus movimientos despedían fuego y magia.

No podía decir que estuviera enamorado de ella, pero al menos había despertado en él algún tipo de emoción, y eso era refrescante. En diez años, aquella visita casual al teatro donde la había descubierto había sido la primera vez que su corazón había palpitado a un ritmo distinto al habitual, y ello le había obligado a hacer cosas que jamás habría hecho.

Como buscar al tipo que tenía ahora frente a él y meterle en una mesa de juego, sabiendo que perdería y eso le obligaría a buscar una salida para pagar sus deudas.

Javier García-Smithens no era el hombre al que nadie escogería como cuñado, pero nadie le obligaba a tener que soportarle más allá de lo justo.

Desaliñado, con el rostro golpeado y apestando a alcohol y otras cosas que no quería identificar, el gitano lo miraba, un poco encogido sobre sí mismo, como no había hecho en otras ocasiones, en las que le había mirado con soberbia y altanería.

—No va a casarse con usted, me lo ha dicho hace un rato. Metió la pata hasta el fondo al decirle lo de la deuda, amigo mío.

Guglielmo se obligó a no reaccionar. El tono de confianza de aquel despojo le irritaba, pero lo hacía mucho más el que pensara que podía engañar a una mujer para llevarla al altar.

—No quería iniciar nuestra relación con una mentira.

Javier empezó a reír, con una risa irritante y sibilante, hasta que tuvo que dejar de hacerlo y

encogerse sobre sí mismo y llevarse una mano a las costillas.

—¿Por qué otro motivo iba a querer acercarse a un ricachón estirado como usted? ¿Acaso cree que va a llegar a amarle después de todo esto? Se ve que no la conoce usted bien.

El conde esbozó una sonrisa amarga.

—Tampoco usted... amigo. Está claro que ha colmado usted la paciencia de su hermana. Y entiendo sus motivos —añadió, mirándolo con desprecio.

Javier dejó que su sonrisa muriera en los labios. Sus ojos huidizos miraron a su alrededor, como si buscaran ayuda o una posible inspiración.

—Usted no es tan mal tipo. Es rico y guapo. Todavía podría tener una oportunidad. Y Lola no es idiota, le juro que puedo convencerla —su voz sonaba cada vez más aguda y rápida. Su mal inglés era confuso, pero el conde comprendió lo esencial de sus palabras—. Es mi hermana pequeña y todavía tengo algún poder sobre ella, por muy cabezota que sea.

Guglielmo sintió deseos de apalear a aquel desgraciado, pero el recuerdo de Dolores le contuvo. Ese miserable era el peor espécimen que se había topado en la vida.

—Lárguese. Olvide esa maldita deuda, a su hermana y a mí.

Javier lo miró durante unos instantes como un animal atrapado, como si no hubiera comprendido bien lo que decía. Cuando al fin el sentido de sus palabras llegó a su cerebro, se encogió en una reverencia servil y sonrió, balbuceó unas palabras que no llegó a comprender, y se escabulló del salón, como si temiera que se arrepintiera.

Tal vez tenía razón al largarse así, pensó el conde.

Había perdido una cantidad importante de dinero. Y a una mujer hermosa e inteligente. Aunque, si lo pensaba bien, también era una mujer que no le amaba ni le amaría jamás. En eso aquel pusilánime tenía razón.

Guglielmo se sentó en el sillón frente al fuego y contempló las llamas, sorprendido por la calma que sentía en su interior. A su pesar, todo aquel asunto había tenido un aspecto sucio que no le había gustado. La soledad no era tan mala compañera, después de todo.



Javier estuvo a punto de tropezar con el último escalón cuando iba a salir de la casa del conde. Estaba tan aliviado por haberse librado de golpe de todos sus problemas que apenas veía por dónde iba.

De hecho, iba tan cegado que no vio a la sombra que se había detenido ante él. Las luces de la calle eran tenues, pero no tanto como para no reconocer al criado del conde. Nunca le había parecido tan alto como en ese momento, cuando le miraba como si fuera el más miserable de los gusanos del mundo.

—Supongo que no creerá usted que todas esas estupideces que ha dicho el conde iban en serio...



No fue una sorpresa para nadie que Lola no acudiera a la cita para tomar el té. Los Moorehouse y los Pickery, como un jurado cruel, se habían parapetado en el comedor y esperaban, con los ceños fruncidos y sus mejores galas, dispuestos a acribillar a la joven con sus miradas

solemnes y sus aún más solemnes palabras acerca de aquel matrimonio horrendo, pero ella los esquivó aduciendo su resfriado, aunque todos habían podido comprobar que se encontraba bien de salud la noche anterior.

Envió una nota para disculparse, algo que Evelyn alabó.

—Pero no la perdonaré jamás por no habérmelo dicho. Creía que éramos amigas.

Cecil gruñó y sonrió, aunque no se sentía especialmente feliz.

—No me lo contó a mí.

John, que se había dejado caer en el sufrido sofá, gimió y suspiró.

—No me lo contó a mí, y eso que, estoy convencido, me quiere como yo a ella. Y ahora va a casarse con ese cretino con pésimo gusto para todo, menos para amarla, si es que la ama... ¡Oh, Dios, cómo no iba a amarla, si es perfecta!

Frederick carraspeó y se sirvió una taza de té. Todo aquel drama le provocaba sed y ansiedad. Si bien al principio había pensado que aquella muchacha no era adecuada para su hijo, verlo en aquel estado era bastante peor. Ni litros de la apestosa agua de las termas calmarían aquel estado mental.

—Los compromisos no son inamovibles —dijo una voz seria, calmada, juiciosa.

Todos se volvieron hacia Rosamund, que masticaba una pasta con parsimonia, como si allí no se estuviera tratando acerca de la felicidad de un miembro de la familia.

La dama miraba hacia el frente, meditabunda.

Desde su regreso, apenas había hablado y buscaba la soledad. Ni siquiera había tenido una de sus charlas a solas con su sobrino, aunque este no parecía haberla echado de menos.

Solo Frederick parecía haber notado que había algo extraño en su actitud, aunque lo achacaba al hecho de su conversación aplazada sobre su matrimonio.

Y ahora hablaba de compromisos que no eran inamovibles.

Frederick sintió que su corazón se encogía.

Sin embargo, ella siguió hablando como si nada, masticando su pasta a bocados diminutos y con la mirada perdida al frente.

—¿Estamos hablando de un compromiso formal acaso? ¿Sabemos si ese conde italiano la ha pedido en matrimonio, o hablamos solo de una petición informal? Porque sabemos de parejas que se han separado casi en el mismo altar y las reputaciones de ninguno de ellos se vieron alteradas en ningún momento.

¿Reputaciones? ¿Parejas separadas en el mismo altar? ¿Qué diablos sucedía allí?

—Se la arrancaré a ese hombre frente al cura —masculló John entre dientes, con los ojos brillando enfebrecidos—. Me la llevaré lejos, a Escocia, a Noruega, a Islandia. Nadie nos encontrará. Viviremos en una cueva, si hace falta.

Cecil emitió una risa baja y grave.

—Recordando el viaje a España, aguantarás diez minutos en una cueva, pero sería divertido verte.

John lo fulminó con la mirada.

—Ríete de mi sufrimiento, Cecil, pero recuerda que yo te ayudé cuando más lo necesitabas.

Cecil apretó los labios y asintió con la cabeza. A su lado, Evelyn le apretó la mano.

—Te ayudaremos —dijo Cecil, solemne—. Hablaré con Lola y averiguaré si es feliz. No puedo hacer más.

John lo miró con incredulidad durante unos instantes. Luego su mirada se suavizó, como si comprendiera al fin.

—Si le ama, me iré solo a la cueva —murmuró, tapándose los ojos con el brazo.

Esta vez, Cecil no rio. Gruñó y se levantó. Supuso que había llegado la hora de tener una charla adulta con su amiga y salvadora.

Dolores se encontraba en el camerino, esperando a que la llamaran para acudir al escenario, escuchando de fondo la música de la actuación de las gemelas y los vítores de los espectadores, cuando escuchó que la puerta se abría a sus espaldas.

Aquel era su primer día de trabajo después de su falsa enfermedad y era como si no se hubiera ido jamás.

Allí no tendría tiempo para pensar ni para suspirar por John.

Era temprano, y se suponía que todavía quedaba tiempo, pero no era inusual que la llamaran antes porque había surgido algún contratiempo con el malabarista borracho.

Y, a pesar de que había exigido que hubiera alguien que velase por la seguridad en el teatro, para no tener que estar con el alma en vilo por si algún caballero se colaba en allí o, Dios no lo quisiera, algún conocido inoportuno, era evidente que sus palabras habían caído en saco roto. O que los sobornos seguían siendo demasiado jugosos. Por ello, Lola jamás se desprendía de su navaja.

—Tienes que casarte con él o me matará.

Lola soltó la navaja, que había agarrado por instinto, y se giró hacia su hermano, que había irrumpido sin llamar.

Si la noche anterior su aspecto había sido calamitoso, ahora parecía un espectro andante, aunque no parecía tener heridas nuevas. Estaba pálido y estaba todavía más encogido sobre sí mismo. De vez en cuando echaba la vista hacia atrás, como si escuchara pasos a sus espaldas.

Dolores se levantó y se ajustó los volantes del vestido rojo alrededor del cuerpo. Aquel vestido era precioso, pero poco práctico. Jamás en su vida había visto a nadie en España vestir algo semejante, pero el dueño del teatro lo había hecho coser para ella diciendo que los espectadores no querían algo real, sino una fantasía, un sueño. Lola lo había comprendido muy bien, porque también ella soñaba durante los minutos en que estaba en el escenario, como si solo durante ese instante pudiera dar rienda suelta a su verdadera esencia.

—Tú mismo dijiste que el conde no te había hecho daño. ¿Quieres decir que fue di Farnesio el que te hizo eso, Javier?

A su pesar, Dolores sintió que el viejo instinto de protección resurgía en su corazón. Sabía que era peligroso dejar que renaciera, pero no podía evitarlo.

Su hermano apartó la mirada, pero tampoco negó sus palabras.

—Lola, por favor, le debo mucho dinero y él solo te quiere a ti. —Tendió las manos hacia ella, sucias y convertidas en garras, como las de un animal—. Serás rica y feliz, vivirás en una casa grande con todas las comodidades, y a cambio él me dejará en paz.

Dolores empezó a colocarse las pulseras de cascabeles en las muñecas y en los tobillos. Cualquier cosa con tal de no mirar a su hermano.

—¿Seré feliz en una casa grande y con un hombre que me ha comprado a cambio de las deudas de mi hermano? —Sacudió la mano para ajustarse la baratija en su lugar. Los cascabeles sonaron como las campanas funerarias allá en su tierra—. ¿Y me prometes a cambio que nunca volverás a jugar ni a meterte en líos, hermano?

La mirada huidiza de Javier volvió mirar por encima de su hombro antes de mirarla.

¿Cuántas veces la había mirado a los ojos y le había mentado? El corazón de Lola se encogió

al escuchar su promesa de que no volvería a meterla en líos nunca más. Se lo juraba por su padre, por su madre, por su hermano, todos muertos.

Y ella aceptó su promesa.

En todo caso, ya no tendría nada más que darle, porque ya le había dado incluso el alma.



Una vez había escuchado que las malas noticias no vienen solas y era bien cierto, porque nada más irse su hermano, Lola recibió la visita de Cecil.

El teniente Moorehouse la miró desde su altura moral, con los ojos entrecerrados, mientras se limpiaba el monóculo, y la sermoneó durante diez minutos acerca de lo que estaba bien, mal y regular, antes de ocurrírsele preguntarle siquiera cómo estaba.

—No tienes buen aspecto. No eres feliz.

Dolores apretó los labios y miró al hombre al que había conocido hacía tantos años en España. Habían compartido confidencias, café, chocolate, ideas acerca de novelas y paseos, e incluso charlas acerca de su esposa, pero Cecil tenía una cierta tendencia, bastante irritante, a dar por sentado que siempre tenía razón.

—Gracias por notarlo, Cecil. Ahora ya puedes irte. Saluda a Evelyn de mi parte.

Cecil gruñó, pero no se movió de su asiento.

—Nunca me has explicado por qué no aceptas a John. Sé mejor que nadie que puede ser irritante, pero algo me dice que te gusta.

Lola miró la sonrisa de suficiencia de Cecil y sintió deseos de lanzarle algo a la cabeza. Luego recordó que no hacía mucho que se la habían abierto para sacarle esquirlas de hueso de los sesos y que estaba delicado, y se contuvo. Por los pelos.

—No es asunto tuyo. Te he invitado a marcharte, Cecil. Tengo cosas que hacer. Además, te recuerdo que estoy a punto de salir al escenario y que necesito concentrarme. Por no hablar de que no quisiera que tu reputación se vea afectada.

—Cualquier dama estaría más preocupada por su reputación.

Lola esbozó una sonrisa amarga.

—Yo no soy cualquier dama. Ni siquiera soy una dama.

Cecil acabó de limpiar el monóculo y comprobó la transparencia del cristal mirándola a través de él.

—No estarás insinuando que no aceptas a John por eso —dijo Cecil con incredulidad.

Lola se sonrojó.

No iba a admitir ni ante Cecil ni ante sí misma que se sentía inferior a ellos. Ella, simplemente, estaba convencida de que volvería un día a su tierra y no quería romperle el corazón, ni a sí misma. No eran iguales ni pensaban igual.

—Juanito se cansará de mí un día. Ahora me idealiza porque apenas me conoce. Si me viera todos los días, si habláramos más, vería que apenas sé nada del mundo, que apenas leo en vuestra lengua, que no sé nada de música, ni de arte. Cualquier niño de vuestro país tiene más conocimientos sobre el mundo que yo.

Cecil la miró durante unos instantes como si no pudiera creer en lo que estaba escuchando.

—Sin embargo, eso no te impide aceptar la propuesta de un conde.

Lola apartó la mirada. Si le contaba a Cecil lo que ocurría con Javier, este correría a contárselo a John y cometería una locura.

No, ella tenía sus propios planes al respecto.

—En serio, te aprecio mucho, pero es hora de que te vayas, Cecil —dijo, con los ojos llenos de lágrimas.

Si él notó que aquello era una despedida definitiva, no dijo nada al respecto. Por una vez, no protestó. Se inclinó y le besó la mano y se marchó sin decir una palabra.

No hubo invitaciones al té ni a veladas musicales. Tampoco le transmitió los deseos de su esposa de volver a verla. Ni insistió en que John la amaba ni en que deberían estar juntos.

Al parecer, Cecil había comprendido al fin que todo aquello había terminado.



Era tarde cuando John llegó. Tanto, que pensó que no iba a llegar. De hecho, era tan tarde que los caballeros con flores y joyas baratas ya se habían ido y el teatro estaba a punto de cerrar.

Era tan tarde que llegó a pensar que no iba a ir. Y no sabía si se sentía muy triste o aliviada por ello.

Pero al fin John llegó.

Y aquello le confirmó a Lola que, en efecto, las malas noticias jamás llegaban solas.

Supo que había permanecido esperando en la calle un tiempo antes de decidirse a entrar porque su capa y su cabello estaban empapados.

Su nariz goteaba y sus ojos brillaban, no sabía si de pasión, furia o fiebre.

Lola, ya preocupada por su hermano, por sí misma, por lo que podía hacer el conde y por mil motivos más, no quería sumar la posible enfermedad de John a su dolor de corazón.

—¿Crees que eres poca cosa para mí?

Dolores parpadeó un par de veces al escuchar sus palabras.

Si había algo en lo que se podía confiar con John, era en que jamás daba rodeos. Él siempre atacaba directamente cuando al fin conseguía hilar un par de palabras seguidas.

Y, si había algo en lo que se podía confiar con Cecil, era en que no sabía guardar un secreto. Era un milagro que nadie supiera todavía que era Madame Latour.

—Ese no es el motivo de que no podamos estar juntos, John.

Él se soltó la capa, que estaba formando un pequeño charco de agua en su suelo, y la sostuvo durante unos instantes antes de dejarla en el respaldo de una silla, que se cayó bajo su peso. A los dos les dio igual, aunque Lola pensó que tal vez debería empezar a pensar en hacerse con una acompañante. Su reputación, si es que le quedaba alguna, debía de estar tan aguada como esa capa después de tanta visita masculina.

—Sigo esperando alguno con sentido.

La seriedad de sus palabras quedó deslavazada por un estornudo, aunque a él pareció darle igual. Su mirada seguía siendo tan intensa como siempre, a pesar del lagrimeo.

—Voy a casarme con otro hombre.

Esta vez fue John el que parpadeó un par de veces.

—Sigue sin valerme. Sé que tú me amas, aunque nunca lo hayas dicho. Si te vas a casar con ese mequetrefe, es por algún motivo oscuro. Solo tienes que decirlo y yo te salvaré de él. Recuerda que tengo experiencia con los rescates.

Otro estornudo hizo que la solemnidad de su juramento sonara ridícula. A Lola estuvo a punto de escapársele una sonrisa tierna. Pero se reprimió. No podía dejarse llevar, ni aunque quisiera acunar su hermosa cabeza y calmar su sufrimiento con besos.

Reprimió con fuerza lo que sentía y apretó los puños. Tenía un plan y no podía dejar que se lo estropeasen. Le había costado mucho tomar la decisión y, por dura que fuera, la llevaría a cabo.

—No sé de dónde sacas esa estupidez. ¿Cómo iba a amarte si apenas te soporto? —dijo, obligándose a apartar la mirada.

Lo escuchó sorber por la nariz.

Se arriesgó a echar una mirada y lo vio apartarse el cabello empapado de la frente. Parecía furioso, pero también decidido.

—Me amas —protestó él, con voz ronca.

—¡Por supuesto que no! —exclamó ella, sintiéndose estúpida, pero con ganas de que se fuera y de que todo acabara de una vez.

Maldito fuera, ¿qué otra cosa podía decir?

—Me amas, Lola —repitió John, acercándose y tomándola de la barbilla para hacer que lo mirase.

Tenía un aspecto lamentable, empapado y enfermizo, pero ella no podía ceder si quería salvar a su hermano.

—Por supuesto que no.

De pronto él sonrió, con aquella estúpida sonrisa que ella tanto odiaba, de guapo señorito inglés que sabe que puede tener todo lo que quiere. Solo que él no era así.

—Sé que mientes. No lo sabes, pero se te pone una pequeña arruga aquí —dijo, rozando su entrecejo con un dedo frío—. Da igual. Yo lo sé y tú lo sabes. Y un día estaremos juntos. Tranquila, no te lo restregaré. Seré tan feliz que no sentiré esa necesidad.

Dolores no supo qué decir ante ese comentario tan lleno de suficiencia y tan estúpido al mismo tiempo.

Por desgracia, ese idiota no tendría oportunidad de comprobarlo, porque muy pronto ella ya no estaría allí.

—Adiós, Juanito. Si vuelvo a verte, tendré que matarte.

Él no tuvo tiempo de responder, porque ella lo acalló con un beso suave e inesperado. Tal vez prefirió aprovechar la ocasión, creyendo que podrían hablar después, sin saber que ya no volverían a verse jamás.

Al menos su último recuerdo juntos sería dulce.

En cuanto él se fue, se sentó al escritorio y redactó una nota que sellaría su destino, para bien o para mal.

John no sabía si se sentía peor por el resfriado o por el dolor de corazón.

En algún momento entre el instante en que Lola le había echado de su camerino después de besarle y ese día, una semana después, algo en su interior se había roto.

Alguien pragmático lo llamaría resignación, pero él no tenía ganas de ponerle nombre a aquella terrible sensación. De pronto era como si ya no sintiera más que un vacío enorme como el mar que rodeaba Inglaterra. Y aquello era mucho vacío que superar.

Durante muchos años había vivido con la esperanza de convencer a Lola de que tenían un futuro juntos. Ahora ya no le quedaba ningún sueño. Y lo peor era que sabía que ella le quería.

Y aún y todo prefería al conde.

—Tienes que intentar recuperarla.

Evelyn le taladraba con la mirada y con sus palabras cada día, como si no tuviera bastante con su propio sufrimiento. ¿Acaso no podía comprender esa mujer que Lola no quería verlo más?

Era cierto que pasaba tantas horas en su casa que Cecil incluso le había ofrecido uno de los dormitorios de invitados, pero el peaje a pagar era tener que soportar a la esposa de su amigo y sus soflamas a favor de su amor imposible. Como si el catarro no fuera sufrimiento bastante, oírle planear desde un rescate hasta un asesinato del conde italiano amenazaba con hacerle huir arrastrándose hasta su propio domicilio, donde tendría que ver a su padre no menos triste y pensativo que él mismo.

—Es inútil —gimió, con voz ronca por el resfriado y la nariz goteando—. Ha escogido, y no he sido el elegido.

Evelyn estuvo a punto de lanzarle la apesosa tisana curativa que iba a servirle.

—La resignación no está en nuestra naturaleza, John. No te reconozco.

Cecil, que se encontraba sentado muy cerca de ellos, en el salón, tratando de dar los últimos retoques a la corrección de la nueva novela de Madame Latour, gruñó por lo bajó.

—Supongo que recuerdas que no somos de la misma familia, querida —dijo, sin mirarlos—. Es bueno que se haya resignado. Así sufrirá menos. Lola ha tomado una decisión y debemos respetarla.

Evelyn resopló y le lanzó a Cecil la servilleta que iba a darle a John junto con la tisana.

—¿Cuándo hemos respetado nosotros las decisiones insensatas de nadie?

John cerró los ojos y trató de hacer lo propio con los oídos, pero Evelyn se había levantado esa mañana con fuerzas renovadas y nuevas ideas para evitar la boda de su gitana... no, ella ya no era su gitana, de Dolores con el horrible conde italiano.

—Déjalo, Evie —dijo Cecil, tratando de razonar con su esposa, aunque en un tono tan neutro que era evidente que sabía que era perder el tiempo—. John ha renunciado a ella, ¿acaso no lo ves? Ha dejado de luchar y ahora tendrá tiempo para... ¿Para qué, amigo mío? ¿A qué vas a dedicar el resto de tu vida? ¿Has encontrado ya una cueva donde enterrarte?

John sintió un vahído y, solo durante unos segundos, la tentación de dejarse llevar fue tan fuerte que sonrió.

Pero de pronto la imagen de su Lola con los ojos tristes al despedirse de él se interpuso y tuvo que admitir que era un cobarde.

No podía renunciar a ella.

Tenía que hacer un último esfuerzo, aunque ello supusiera levantarse de ese sofá.

—Dame su dirección. Y no me digas que no la tienes, porque te juro que te negaré el saludo para siempre, y esta vez de verdad.

Cecil gruñó y permaneció muy quieto durante un minuto entero, como si estuviera valorando a quién le debía fidelidad, si a su mejor amigo, o a la mujer que le había salvado la vida.

Al final, haciendo un esfuerzo sobrehumano, rasgó un trozo de papel y hundió la pluma en el tintero.

Escribió unas líneas con su letra rápida y puntiaguda y se lo lanzó, como si no quisiera hacerse responsable de lo que fuera a hacer con él.

—Si vuelves a repetir que no soy un buen amigo, tendré que ser yo el que te encierre en una cueva, y pondré una piedra enorme delante para no dejarte salir de ella. Y ahora, haz algo y déjame trabajar en paz.

John sonrió con aire de victoria por haberse salido con la suya y trató de enfocar el papel.



—No echarás de menos este frío país, querida. Su lluvia y su viento frío no están hechos para la gente con sangre de verdad en las venas.

Dolores trató de sonreír, pero sintió que solo le afloraba a los labios una mueca cansada.

La última semana había sido más agotadora que cualquiera de las de sus vidas anteriores. Ni en España, cuando cada día era una lucha exhaustiva por la supervivencia, contra el hambre, los soldados, los bandidos, y hasta contra los propios vecinos, había tenido que estar tan atenta a cada gesto y cada palabra.

No era que Guglielmo fuera alguien exigente, ahora que se había salido con la suya, pero sí era un hombre inteligente y consciente de que no habría escogido estar allí de haber podido.

—La deuda de mi hermano... —había dicho el día en que había tratado de convencerla de que, como futura condesa, no debía vivir en un alojamiento de pobretones, ni trabajar en un teatro, por supuesto.

Al final había conservado el alojamiento, aunque había dejado el teatro, para decepción del dueño y alegría de las gemelas, que verían aumentado el tiempo de su actuación y se convertirían al fin en las estrellas de la compañía.

Él había hecho un gesto con la mano, como si no quisiera hablar del asunto. No quería hablar de algo tan desagradable con ella. Asuntos de hombres, podía leer en sus ojos oscuros.

Estaba olvidado. No volvería a mencionarse el asunto entre ellos después de la boda.

Pero Javier no estaría presente en sus vidas.

—Entenderás que sería desagradable que estuviera presente después de lo que ha ocurrido.

Lola siempre había pensado que sin su hermano la vida sería mucho más feliz y sencilla, pero ahora sintió una especie de agujero en el alma. Al fin y al cabo, Javier era parte de ella, aunque una parte oscura y desagradable. Sin él, Lola no estaría en ese país ni habría conocido a Juanito.

Tuvo que asentir, ocultando sus ojos tristes.

El conde le tomó la barbilla y la obligó a mirarlo. Era un hombre atractivo, sin duda. Y mucho más interesante que la mayoría de los que había conocido jamás, pero no provocaba nada en su interior.

—No tendrás tiempo de echarlo de menos. Muy pronto estaremos en casa. En nuestra verdadera casa.

Ella no quiso decirle que Italia no era su casa, por muy hermoso que fuera ese palacio que él quería reconstruir, pero calló y trató de concentrarse en sus palabras y en sus planes.

Solo tenía que aguantar un día más y su hermano sería libre.



Javier no se consideraba un hombre honorable.

De hecho, hasta hacía pocos días, que le hubieran hablado de remordimientos le habría resultado ridículo y hasta insultante.

Él era un aventurero, un hombre de acción. En sus treinta años de vida no había visto más horizonte que el amanecer del día siguiente, la cena de esa misma noche, un almuerzo decente, un buen vino y una mujer hermosa. ¿De qué servía preocuparse por el futuro, cuando estaba claro que el ser humano estaba condenado a extinguirse por su propia estupidez?

Jugaba, bebía, se metía en problemas. El dinero se escurría entre sus dedos como el agua del mar. Y le daba igual que fuera el suyo o el de otro. De qué servía el oro si no era para disfrutarlo. Quieto en un bolsillo no era sino un metal bonito y brillante.

Sin embargo, ahora sentía un extraño dolor en las tripas, y no era solo por los golpes de ese maldito criado metomentodo.

A lo largo de los años, había pasado mucho tiempo sin ver a su hermana, y no podía decir siquiera que lo hubiera lamentado, pero ella había sido siempre un asidero, alguien a quien acudir cuando no tenía nada más.

Era egoísta, cierto, pero no era solo dinero y un techo lo que buscaba en ella.

Maldita fuera, era su sangre, su hermanita.

Pero las condiciones estaban claras ahora. Después de la boda, ya no la vería nunca. Y no solo porque ese extranjero se la fuera a llevar a otro país. No, aunque ella estuviera a dos pasos, no le dejarían acercarse, como si fuera un perro sarnoso.

Javier escupió en el suelo y una señorita elegante que pasaba junto a él lo recriminó con la mirada.

Toda aquella gente fina lo irritaba.

Por él, podían irse todos al mismo infierno, que no los echaría de menos.

Javier también iba a dejar el país. Sin Lola allí, no tenía sentido quedarse en Inglaterra. Volvería a España y probaría suerte ahora que el rey había regresado. De algo tenía que haber servido toda la sangre derramada por esos idiotas patriotas.

Volvió a escupir y se envolvió en la capa.

Todavía quedaba más de una hora para la boda, pero le daba tiempo para tomar una copa o dos. La tristeza no estaba hecha para él.

Se giró y tropezó con alguien que iba tan despistado como Javier. Iba tan ensimismado con la nariz metida en un papel, que ni siquiera miraba por dónde iba.

Entre murmullos de disculpa, Javier notó la mirada de extrañeza del tipo. Ciertamente, a él no le resultaba desconocido, aunque todos los ingleses acababan pareciéndose, con aquellas pieles pálidas y aquellos ojos como de pescado muerto.

—Usted... —empezó a balbucear el señorito inglés, con las mejillas rojas como una virgen y señalándolo como si le hubiera robado la virtud—. ¡Usted es el bandido!

Javier no estaba en la mejor forma del mundo, pero aquel tipo parecía debilucho como un niño. Un soplido bastaría para tirarle al suelo y dejarlo como a una tortuga panza arriba. Miró

hacia los lados, pero todavía no habían atraído las miradas de los demás transeúntes. Podría ser complicado escapar si aquella chusma lo rodeaba.

—No sé de qué me habla, caballero.

Javier supo que había sido un error hablar, porque su acento y su horrible inglés acabaron de delatarlo.

Ahora reconoció al joven inglés al que había disparado en el camino hacía años y al que había separado de su hermana en La Coruña.

La niña tenía un gusto bien raro. Ese mequetrefe era lo más insípido que había visto en su vida. Durante todo el viaje de regreso a Salamanca había escuchado sus suspiros y había visto cómo se limpiaba las lágrimas a escondidas. Y todo por ese lechuguino.

—¿Dónde está?

Javier pudo fingir que no comprendía de qué le hablaba, pero aquel estúpido agujero en las tripas se hizo más grande de pronto. Recordó también la mirada triste de su hermana en aquella posada cuando le había dicho que él solo quería aprovecharse de ella y abandonarla cuando se aburriera de ella y más tarde, cuando le dijo que tenía que casarse con el conde. ¿Sería posible que todavía sintiera algo por ese inglés?

—Va a casarse hoy.

El inglés abrió la boca como uno de esos peces a los que se parecía. Luego la cerró. Y la volvió a abrir.

¿En serio su hermanita se había fijado en alguien así? Conociéndola, con su carácter y su fuego, se había imaginado que le gustaría más alguien parecido a ella. Pero la vida era extraña, y él no la comprendía en absoluto, era evidente.

La necesidad de tomarse una copa fue más acuciante que nunca, pero un súbito pinchazo en las tripas le hizo recordar que le debía algo a Lola.

—En una hora, en la iglesia de san Swithin, al final del Paragon. Supongo que la conoce.

Javier recordó la amenaza del criado del conde y los golpes en las costillas. Por unos instantes había pensado que moriría allí mismo, a la puerta de su mansión. Y, de hecho, se lo merecía. Había vendido a su hermana por mil libras. Había pocas cosas peores que eso. Tendría que desaparecer, por supuesto, pero lo había hecho antes.

Miró al señorito inglés. Parecía dudar y no sabía si tenía los arrestos para hacer algo, pero parecía querer de verdad a su hermana. Al fin y al cabo, llevaba años tras ella, y eso debía de ser amor verdadero.

Siempre había creído que esas cosas eran propias de las coplas. Y el amor en las coplas pocas veces acababa bien, pero quién era él para decir nada.

Le dio una palmada al inglesito en el hombro, se echó una mano al sombrero y se despidió con una sonrisa que rozó el insulto. Por una vez, ni siquiera sintió el impulso de robarle.

Ahora sí podía ir a tomarse esa copa, y hasta dos.

Quizás lo de ser honorable tampoco era tan malo, después de todo. Pero daba mucha sed.

Dolores había llegado a la increíble edad de veinticinco años e iba a casarse con un hombre al que apenas conocía.

Solo estaban presentes el reverendo, el criado del conde, casi tan estirado como aquel Rupert que había acompañado a John y a Cecil en España, y una mujer, que vestía un vestido sencillo y también parecía pertenecer al servicio.

Dos testigos, alguien que oficiara la ceremonia y una licencia especial. No hacía falta más.

Su hermano no había llegado, y probablemente no llegara jamás. Y quizás fuera mejor así.

La mujer le dio un ramillete de flores y trató de sonreír. Y de recordar que era una novia.

Las flores eran bonitas. Blancas y diminutas. Le gustaría preguntar cómo se llamaban, pero el párroco parecía impaciente por comenzar la ceremonia y se movía nervioso por el altar.

También Guglielmo miró su reloj, aunque él disimulaba mejor sus nervios, si es que los sentía. Al fin y al cabo, él ya había vencido.

—¿Empezamos, señor?

Lola inspiró hondo. Serían unos minutos, pensó. Después todo habría acabado.

—No te he dicho que estás preciosa, querida.

Lola se obligó a sonreír.

El conde di Farnesio era un hombre extraño. Capaz de amenazar de muerte a su hermano y de tratarla con la mayor de las delicadezas al mismo tiempo.

—Usted también.

Él hizo una reverencia burlona en su dirección y le tomó la mano para besarla. Después se giró hacia el hombre que los iba a casar, serio y oscuro como uno de los villanos que describía Cecil en sus novelas.

Sin embargo, a veces casi le parecía que era incapaz de hacer lo que había hecho, que de verdad quería que ella fuera feliz.

—Se nos hace tarde.

El párroco gruñía y rebuscaba entre sus papeles, como si tuviera algo más urgente que hacer.

Dolores alzó la cabeza y contempló lo que había tras él. Necesitaba fijar la vista en algo o perdería la cabeza. Allí no había vírgenes ni imágenes, como en las iglesias de su país. La iglesia era bonita, pero le parecía muy triste y extraña sin nada a lo que rezarle.

¿Se merecía Javier aquello? ¿Era ese conde amable y atento capaz de amenazar a su hermano solo para obtener su mano?

Vio asentir al conde por el rabillo del ojo y sintió que la vista se le nublaba.

Se pasó la mano por la falda y palpó la navaja por encima.

Más tranquila, abrió los ojos y trató de concentrarse en lo que decía aquel hombre que hablaba con voz monótona, aunque tenía la sensación de que no hablaba de ella.



John sentía que los pulmones le ardían y que le faltaba el aliento, pero llegó al final del

Paragon vivo y en pie, que no era poco, teniendo en cuenta su estado.

Había perdido el sombrero en algún lugar del camino, y tenía el cabello húmedo por la lluvia y el sudor, la ropa pegada al cuerpo y un aspecto indecente, pero supuso que aquello era algo secundario.

—No es momento de flaquear ahora, Johnny —murmuró para sí, casi sin aliento.

Ya junto al enorme portón, trató de empujar para abrirlo, pero no pudo. No supo si se había quedado sin fuerzas o algún espíritu adverso la había cerrado a cal y canto para impedirle llegar hasta Lola en el último minuto.

—¡Oh, vamos!

Se apartó de la puerta y miró hacia arriba, solo para confirmar que había llegado la hora fatídica en que su amada iba a desposarse con el malvado conde italiano.

Se sorbió la nariz goteante y volvió a mirar la puerta. Tras ella se encontraba la mujer de su vida y él no podía resignarse a perderla por última vez. Aquella era la única oportunidad que tenían de estar juntos.

Con un suspiro ronco, se puso de puntillas para alcanzar la enorme aldaba de hierro que la decoraba y llamó.



—¿Han llamado? —El párroco parecía tan sorprendido que había perdido el hilo de lo que estaba diciendo y miraba a Lola como si ella supiera la respuesta—. ¿Por qué iba nadie a usar esa vieja aldaba si la puerta está abierta?

La extrañeza del hombre hizo que Lola mirase al conde, pero él también parecía sorprendido.

—¿Has cerrado la puerta, Andrew?

La pregunta de Guglielmo hizo que todos se girasen hacia el mayordomo, que se irguió y levantó la barbilla, un gesto tan inglés que la gitana estuvo a punto de sonreír. Sin embargo, no lo hizo. ¿Qué sentido tenía cerrar la puerta de la iglesia?

—Debe de ser Javier.

Hasta ese momento, Lola había pensado que no quería volver a ver a su hermano, pero él era lo único que le quedaba en el mundo. Perderlo sería terrible, ahora que no iba a tener a John ni ninguna esperanza.

—Abre, Andrew.

—Señor...

—Creo que será mejor que sigamos con la ceremonia. Tengo otros compromisos.

El conde miró a Lola, dividido, pero al fin le hizo un gesto a Andrew y asintió en dirección al párroco, que suspiró, aliviado.

—Creo que podremos esperar un minuto, reverendo. Sea quien sea, parece impaciente por entrar —dijo, justo después de que otro aldabonazo hiciera estremecer toda la estructura.



—Ningún amante tuvo tantas complicaciones como yo. ¿Qué he hecho para merecer este castigo? —murmuraba John para sí, con la frente contra la madera, más fresca que su piel febril—. Se supone que el amor debería ser más sencillo. Yo la quiero y ella a mí, pero...

El mundo empezó a deslizarse ante él de pronto cuando la puerta contra la que estaba apoyado se abrió.

El suelo de la iglesia estaba agradablemente fresco, así que no lo lamentó por el momento. Olía a flores y a cera. Estaba oscuro, demasiado oscuro para tratarse de una boda. ¿Y dónde estaba todo el mundo? ¿Le había mentido ese maldito bandido?

—¿Lola? —gimió con voz débil.

Sintió una mano fuerte como una garra en la garganta.

—Lárguese, cretino. ¿No ve que ya es demasiado tarde? Otro mejor que usted le ha ganado la partida.

John empezó a reír por lo bajo, aunque la mano en el pescuezo y el resfriado hacían que su voz sonara ronca y horrible. No iba a detenerse ni siquiera tirado en el suelo y con un tipo enorme amenazándolo de muerte.

—Viajé a España y estuve a punto de morir, monté en una mula de carácter horrendo llamada Gladys, he amado a esa mujer durante tantos años que ni lo recuerdo. Ella misma me ha amenazado de muerte si insistía, pero aquí estoy. ¿De verdad cree que me voy a rendir ahora? No lo haré ni siquiera cuando esté muerto. Además, sé que ella me ama. Lo sé con tanta seguridad como que mi corazón todavía late, aunque sea por poco tiempo.

—En ese caso, no entiendo por qué aceptó casarse conmigo.

John boqueó, tratando de respirar, aunque le costaba hacerlo. Aquella mano se había aflojado un poco, pero no lo suficiente como para que respirase con normalidad.

Enfocó con dificultad al que había hablado. El conde italiano vestía con su elegancia y solemnidad habituales, aunque con más estilo, si cabía. Y era lógico, al fin y al cabo, iba a casarse con su gitana.

—Eres el hombre más inoportuno del mundo, Juanito. ¿Por qué siempre tienes que estropearlo todo? Lo tenía todo planeado y...

John le sonrió, o lo intentó. Estaba preciosa vestida de novia. La vista se le estaba nublando por la falta de aire, pero sería una última visión preciosa.

—Como siempre salgo perdiendo en tus planes, pensé que al menos podía intentar hacer algo esta vez.

—¡Usted, suéltelo, si no quiere tener que remendar esa corbata que lleva! Además, recuerde que las manchas de sangre salen muy mal.

La figura de Lola fue un borrón. A pesar de la falda larga, se había colocado detrás de Andrew y lo había agarrado por el pelo. La navaja era, como siempre, una parte más de su mano y esta no temblaba al sujetarla contra el cuello del mayordomo.

Poco a poco, la mano de Andrew en el cuello de John se aflojó, aunque no lo soltó del todo.

—Obedece, Andrew. No quiero sangre en el día de mi boda.

John pensó que el conde era, sin duda, un hombre admirable. Si le había sorprendido que su prometida amenazara de muerte a su criado en una iglesia, no lo mostró en absoluto.

Se incorporó poco a poco y trató de recuperar el resuello.

—Bien —dijo, sintiendo que todo bailaba ante sí—. Todo arreglado, entonces. La boda queda cancelada y tú vienes conmigo.

La risa baja del conde inundó la nave de la iglesia.

—Sin duda, hay algo que usted no ha debido de comprender, joven. Ella aceptó casarse conmigo y no ha dicho en ningún momento que no lo vaya a hacer. Puede quedarse, si lo desea. El párroco tiene prisa y la ceremonia será corta.

—Pero, pero... —balbuceó John, mirándolos por turnos.

Dolores miraba la punta de la navaja como si la hubiera hipnotizado y no le importase lo que dijeran.

Andrew se palpaba el cuello donde le había rozado, como si buscara manchas de sangre y la miraba con rencor.

—John, será mejor que te vayas. El conde pagó mucho dinero por mí y debo pagar —murmuró Lola, sin apartar la vista de la navaja—. Es una lástima que yo no valga tanto como él piensa.

—¿Cómo? —El conde los miró como si los viera por primera vez. Todo su aplomo parecía haber desaparecido y sus mejillas estaban rojas por la rabia—. Espero que todo esto sea una broma. Fuiste tú la que me escribió para aceptar casarte conmigo.

Lola apartó a John, que insistía en sostenerla, aunque era él el que necesitaba más apoyo, y se colocó ante el conde, con la navaja en ristre.

—Mi hermano me dijo que le mataría si no me casaba con usted. ¿Qué haría usted en mi lugar? Puede que Javier sea idiota y un mentiroso, y que incluso debiera sentirme halagada de que un hombre me desee tanto como para estar dispuesto a todo esto, pero créame que no iba a salirle gratis.

El conde retrocedió cuando ella empuñó el arma con más fuerza y la alzó hasta su rostro.

—¿Ha venido usted armada a una iglesia? El castigo de Dios caerá sobre su alma y...

—¡Oh, cálese, maldito sea! —le gritó el conde al párroco, antes de darse cuenta de a quién le estaba hablando—. Disculpe, por favor, pero tenemos un asuntillo aquí un poco... ¿Le importaría dejarnos a solas unos minutos?

El reverendo ya había salido espantado de la iglesia, recordando a tiempo su otra cita o tal vez incluso en busca de la policía.

Durante unos segundos el silencio fue casi sepulcral. Lola resoplaba, pero se le podía perdonar, teniendo en cuenta lo que se jugaba.

—¿Quiere decir que mi hermano me mintió? ¿Puede jurarme que no le amenazó de muerte si no me casaba con usted?

John pensó que había escuchado mal, pero sin duda había alguien en la iglesia que estaba más sorprendido que él por aquellas palabras. Y más ofendido.

—Señora mía —respondió el conde con los dientes apretados— todo esto es un embrollo absurdo, porque yo perdoné a tu hermano. Puedes estar segura de que todo el asunto de la boda quedó claro entre nosotros, por eso me sorprendí tanto al recibir tu nota. Encantado, por supuesto, porque estaba convencido de que había cometido un error enorme al meterme en todo esto. Pero a la vez, pensé que te protegía de él. Y no niego también que hice lo posible por conocerte y lo busqué para acercarme, pero el resto... No sé cómo...

—Pero Javier me dijo que le había amenazado usted con matarle y apareció en mi casa con el rostro golpeado y aterrado. ¿A quién debo creer?

El conde resopló y John le vio actuar como un ser humano por primera vez. Y hasta pensó que le caía bien. Su mirada al mirar a su criado le habría aterrado si hubiera estado dirigida a él. Por suerte, no lo estaba.

—¿Andrew? ¿Podemos tener unas palabras, por favor? Si me disculpan...



Mientras el conde y su mayordomo se alejaban para tener una charla, discreta pero llena de gestos bien claros, Lola pensó que aquella situación era ridícula.

Ella se había hecho a la idea de sacrificarse.

No había pensado muy bien el modo, de acuerdo, pero iba a hacerlo.

Primero había pensado en matar al conde durante la noche de bodas. Ella iría a prisión y la colgarían. O la decapitarían. Y pagaría una buena penitencia. Pero él habría pagado también por haber cometido un crimen tan terrible como comprar a una mujer y ella se lo habría cobrado, y al fin descansaría en paz.

Luego había pensado en matarse ella. Algo cruel, si pensaba que él no pagaría nada salvo el leve pesar que le acarrearía el perder a una esposa a la que apenas había conocido.

Era algo complicado el buscar el equilibrio.

—¿Por qué no me dijiste nada? Podría haberte ayudado con lo de tu hermano.

Lola emitió una risa triste y siguió mirando al conde y a su criado, que cada vez agitaban más las manos, aunque parecían estar llegando a un acuerdo. Poco a poco fue comprendiendo por qué estaba el conde tan enfadado. Por lo visto, Andrew no solo se parecía a Rupert en la postura y su actitud, sino que también se tomaba el futuro de su amo tan en serio que actuaba por su propia cuenta, aunque lo metieran en problemas.

—¿De verdad? ¿Ibas a ayudar a un hombre que estuvo a punto de matarte y de robarte? — preguntó, sin apartar la vista de los hombres que hablaban en la otra punta de la nave de la iglesia. Solo le llegaban unas pocas palabras, pero la furia del conde era tan palpable que casi sentía lástima por el criado. Casi.

John dio un respingo. Tenía un aspecto terrible, pero allí estaba, con la ropa arrugada, el pelo despeinado, con las manos en la espalda, como si estuviera en un parque o en la calle y no pasara nada fuera de lo habitual. Solo que estaban en una iglesia y ella había estado a punto de casarse con otro para salvar a su hermano.

—Lo habría hecho por ti.

Lola sintió que los ojos se le nublaban por las lágrimas. Con él siempre era así. Tenía aquella estúpida capacidad de hacerlo todo complicado.

—¿Sabes que eres un hombre muy valiente, Juanito?

Él la miró, tan sorprendido que sus ojos azules se veían enormes a pesar de la tenue luz de la iglesia.

De pronto, sonrió. Así, sucio, despeinado, con aspecto de enfermo, le pareció el hombre más adorable del mundo.

—Solo lo soy contigo, mi gitana. No le des demasiada importancia. Si se tratara de salvar el mundo o la nación, sería otro cantar.

El eco de los pasos del conde resonó en la iglesia cuando se separó de Andrew. El criado permaneció allí solo unos segundos más antes de alejarse y salir por la puerta, sin mirar atrás.

Lola inspiró y miró a Guglielmo. Durante semanas le había considerado un villano y un hombre despreciable, pero comprendió que se sentía solo. Mientras le escuchaba disculparse por la actuación de su criado, pensó que la libertad era algo extraño. Ahora podía escoger al hombre que quisiera y no volver a preocuparse por las deudas de su hermano, pero sintió lástima por el conde.

Justo antes de salir de la iglesia, se puso de puntillas para besarle en la mejilla.

—No necesitas subterfugios para encontrar a la mujer ideal para ti, Guglielmo. Sé tú mismo. Seguro que la mujer perfecta está a la vuelta de la esquina.

—¿De verdad pensabas matarme? — Aunque lo dijo con una sonrisa, Lola vio algo de prevención en su mirada.

—La próxima vez, asegúrate de que la novia no acude armada al altar.

Ahora la sonrisa del conde fue más firme. También Lola sonreía, haciendo caso omiso del gesto amargo de John, que los vigilaba atentamente a pocos metros de distancia.

—Tendré que asegurarme también de que me quiere y de que su familia no tiene deudas conmigo.

—Eso sería un detalle, señor mío. Suerte. Solo tienes que relajarte un poco y dejarte ver.

—Supongo que no fue acertado por mi parte el usar las deudas de tu hermano para acercarme a ti. Pero te he apreciado de veras, Dolores.

Lola sonrió.

—Ahora ya sabes lo que no debes hacer, señor conde. El resto será más sencillo.

Él suspiró y le dedicó una reverencia formal.

—Pero, sea quien sea, no será como tú.

Ella rio, y su risa llenó la iglesia e hizo reverberar las piedras de un modo que el buen reverendo no habría aprobado.

—Créeme, Guglielmo. Será mejor que no busques a otra como yo. Pregúntale a John. Lleva años sufriendo por mi culpa.

Él se limitó a sonrojarse y a asentir con la cabeza antes de dejarla marchar.

Llevaban lo que parecían horas caminando el uno junto al otro, sin hablar, como si ella no hubiera amenazado de muerte a un conde y él no estuviera temblando por culpa de la fiebre.

Quería decirle que la quería, necesitaba tumbarse y tomar un ponche caliente, pero lo cierto era que quería, necesitaba, solucionar antes lo que se traían entre manos.

Tenía la sensación de que, si la dejaba en ese momento, no volvería a verla jamás.

—Es cierto que llevo años sufriendo por ti —dijo de pronto, como si retomase un tema que habían dejado hacía unos segundos. Su voz sonaba ronca y cansada. Sabía que tenía un aspecto deplorable, pero le daba igual—. Y la verdad es que no entiendo por qué sigo insistiendo, cuando está claro que, aunque me quieres, nunca vas a ceder, aunque solo sea para no darme la razón en algo.

Se habían detenido en el puente de Pulteney. Había gente, pero no tanta como cabría esperar, ya que era tarde y todavía caía una irritante llovizna. John había comprado un paraguas, pero a esas alturas daba igual, porque los dos estaban empapados. Eso no les había impedido caminar y caminar, sin detenerse, como si así pudieran evitar la charla que los uniría o separaría para siempre.

—¿Cómo puedes decir eso?

Dolores parecía enfadada y ofendida. El vestido de novia estaba húmedo y sucio después de haberse arrastrado por el suelo, y la gente la miraba al pasar, pero a ella parecía darle igual. También su cabello lucía un aspecto indecente y se había soltado hacía tiempo. Ahora caía por la espalda y las cintas con que la peluquera lo había peinado eran meros despojos. Si la viera en ese momento, necesitaría un cargamento de sales para recuperar la consciencia.

Los dos parecían haber escapado al ataque de unos bandidos y necesitar una taza de té. O cientos.

—¿Y qué otra cosa puedo decir, después de los años que llevo tratando de que te decidas? No quiero acabar como mi padre con Rosamund. —Ella lo miró como si no comprendiera nada, y tal vez así fuera—. Creo que la fiebre me ha aclarado la mente, aunque eso pueda parecer una locura. Está claro que ha llegado el momento de dejarte ir. Es algo incongruente, porque acabo de impedir tu boda... pero... —John se detuvo, con la boca abierta, pero luego continuó, con la voz más firme—. Sí, eso es lo que debo hacer. No lo he comprendido hasta ahora, pero me has dado todas las pistas posibles y al fin lo veo.

Lola lo miró boquiabierto durante unos segundos. Un mechón húmedo le goteaba sobre la frente y John habría deseado con todas sus fuerzas volver a colocarlo en su lugar y envolverla en sus brazos, pero se contuvo.

Él había dado mil pasos y no había funcionado. Si aquello debía continuar o terminar, debía ser ella la que diera el paso definitivo o la puntilla.

—¿Juanito?

—Por cierto, antes de decirte adiós para siempre, me gustaría decirte que tu hermano me dijo dónde se iba a celebrar tu boda, así que quizás no sea tan villano como piensas. Tal vez no sea el mejor de los hermanos del mundo, pero pensó en tu bien en el último momento.

—¿De verdad me vas a dejar ahora?

John no respondió. Inclino la cabeza a modo de saludo y la miró por última vez por entre el

cabello húmedo.

Quizás fue la cosa más dura que había hecho en toda su vida, si no contaba montar en Gladys y dormir en una tienda española, o despedirse de ella en La Coruña, pero era por su bien, estaba convencido de ello.

—Adiós, amor mío. Creo que voy a meterme en la cama y mañana, o cuando se me pase este resfriado, ya decidiré qué hacer con el resto de mi vida. Hablé con Cecil acerca de irme a una cueva, y la verdad es que ahora me parece una idea encantadora.

—Pero, John...

Se plantó allí, frente a ella por última vez, y sonrió.

—Si me amas, porque sé que me amas, por una vez vendrás tú a por mí.

La escuchó protestar, pero caminó y caminó, alejándose de ella, hasta que estuvo tan lejos que ya podía dejar de aguantar la respiración.



Dolores estaba furiosa con John, pero sobre todo consigo misma. ¡Y eso que habían pasado horas desde la escena del puente y había regresado a casa!

¿Qué le había pasado a su lengua para no poder hablar cuando lo tenía delante?

Solo era un maldito hombre, y ella jamás había tenido ningún problema para hablarle a uno de ellos.

¿Acaso no le había dicho miles de cosas a su hermano, aunque luego, por desgracia, casi siempre la hubiera acabado metiendo en sus chanchullos y hubiera acabado con las plumas chamuscadas?

¿Acaso no había colocado la navaja en el cuello de más de uno y más de dos y había salvado su vida y su honor?

¿Acaso no había plantado cara ante el conde y había aclarado las cosas?

Pero no había podido más que balbucear delante de John. Y, si lo pensaba, nunca había sido capaz de decir apenas nada inteligente delante de él. Y menos todavía luchar por lo que sentía por él.

Se removió en la cama y estuvo a punto de caerse. Había dado ya tantas vueltas que las sábanas y las mantas estaban totalmente revueltas y ya no sabía cuál era la bajera ni dónde estaba la colcha.

Ese maldito idiota infantil y estúpido era capaz de dejarla después de haber detenido su boda y después de decirle que Javier no era tan indecente como todos pensaban.

Se levantó y tropezó con la colcha, que en algún momento se había caído de la cama. La habitación estaba a oscuras, pero ella conocía bien aquel lugar, porque había vivido allí durante años. Se suponía que esa noche ya no debería haber vivido allí, pero la dueña del alojamiento había comprendido, nada más verla, que algo había ocurrido durante la boda. Nunca había estado demasiado convencida de su compromiso, y se lo había hecho saber de diferentes modos.

Un conde extranjero y una gitana, nada menos. No sabía cuál de los dos contrayentes era más inadecuado. En todo caso, si sus pronósticos de que todo había ido mal se habían cumplido, ella estaba contenta. Además, la temporada todavía no había comenzado, tardaría en alquilar la habitación y ella necesitaba el dinero.

Todavía no había pensado en su futuro, pero tendría que hablar también con el dueño del teatro. Seguro que él también estaba encantado de volver a recibirla de vuelta, aunque igual las

gemelas no lo estaban tanto, por muy amigas que fueran.

Buscó los fósforos y su mirada se topó con la navaja junto a la lámpara.

Casi sin darse cuenta de lo que hacía, se vistió a toda prisa y se puso la capa. Estaba a punto de salir cuando se dio cuenta de que había olvidado algo. Regresó para buscarlo y salió sin hacer ruido.



De modo que aquello era estar en el infierno.

Desde luego, hacía tanto calor como decían. Por lo demás, había estado en sitios peores. Como a lomos de Gladys, o en aquella tienda sarnosa en España.

Su nariz se arrugó al reconocer la conocida infusión curativa de Evelyn.

Sí, sin duda aquello debía ser el infierno.

—Déjame descansar en paz, Evie —trató de decir, aunque algo rasposo y enorme le impedía hablar.

De pronto, una mano fresca le acarició la garganta.

—Bebe, Juanito —dijo una voz que creyó reconocer, aunque se dijo que era imposible que Lola estuviera allí, porque no sabía que estaba en casa de Cecil y además la había dejado en el puente, sola y bajo la lluvia. A esas alturas ella debía de estar en España y... ¿él debería estar muerto?

Un sorbo de aquel mejunje infernal se coló por su garganta dolorida y le hizo saber que, pese a todo, estaba vivo. Le dolía todo el cuerpo y ningún muerto podía sentirse tan mal.

Trató de abrir los ojos y entonces la vio.

El dolor de corazón superó al que la fiebre le provocaba en el cuerpo.

Su gitana estaba allí.

—No vas a morirte hasta que escuches lo que voy a decirte, Juanito Piquer. Tengo solo unos minutos antes de que la tía de Cecil venga a echarme por indecente, así que no me interrumpas antes de decir lo que tengo que decirte.

—Es Pickery... —trató de corregirla él, pero ella lo miró enfurruñada, así que calló. ¿Qué más daba su apellido si ella estaba allí?

—Llevas años presionándome para que te acepte, gritando a los cuatro vientos lo que sientes por mí y diciéndome a todo el que pasa que yo soy la mujer indicada para ti, asegurando que te amo, pero lo cierto es que nunca me has preguntado. ¿Se te ha ocurrido alguna vez lo molesto que es que alguien dé por sentado tus sentimientos? Primero tú, y luego mi hermano y el conde, que además pensaban que podría ser feliz y que todo lo que hacían era por mi bien. A veces me dan ganas de ponerme en mitad de una plaza y gritar que puedo decidir por mí misma, pero luego recuerdo que no puedo, que solo soy una mujer y que ni siquiera soy inglesa. No soy rica, ni puedo defenderme sola. Jamás nadie me pregunta mi opinión sobre nada, solo dan por seguro que lo mejor para mí es acatar los deseos de un hombre.

John pudo ver que, mientras hablaba, sostenía entre sus manos su adorada navaja. Ojalá se diera cuenta de que todo lo que decía eran bobadas. Si había alguien que pudiera defenderse a sí misma, esa era su gitana. Ningún hombre estaba a su altura.

Y él jamás había pensado que ella se sintiera tan vulnerable e insegura.

John la veía con una especie de halo alrededor de la cabeza, no sabía si por culpa de la fiebre o por la luz de las lámparas de gas. Trató de pensar, pero fue incapaz de saber si lo que decía era

cierto.

Sus recuerdos con Lola eran confusos y solo podía pensar en lo mucho que la amaba, desde siempre, desde que le había puesto aquel hermoso piececito en la cara.

Al final, se rindió y suspiró.

—¿Nunca te lo he preguntado? ¡Oh, Dios, no sabes cuánto lo siento! ¿Cómo puedo ser tan idiota, si la única opinión que me importa en el mundo es la tuya? —De pronto, la niebla desapareció de su cabeza, y hasta el halo alrededor de la cabeza de Lola se convirtió en una simple luz de lámpara. Ella estaba hermosa, pero despeinada, y llevaba uno de aquellos vestidos de muselina tan extraños en ella—. Entonces... si no me amas... yo... todo este tiempo pensé que...

—John...

—Pero, Lola, te he acosado como un miserable. Y ahora podrías estar casada con...

—¡Juanito! —lo acalló ella, poniendo los dedos sobre sus labios—. Sigues sin preguntar.

John se calló y la miró. Ella lucía una sonrisa diminuta y permanecía sentada en la esquina de su cama. No tenía ni idea de cómo había entrado allí, pero le daba igual.

Tomó la taza de infusión y se bebió todo el contenido de un trago, a pesar de su repugnante sabor.

—Bien, lo haré. Te preguntaré —murmuró para sí, sintiéndose ridículo y débil. Un hombre que estaba a punto de decidir su destino no debería estar vestido con un camisón y en la cama, con la nariz goteando y la garganta dolorida—. ¿Tú... me amas? ¿Te casarás conmigo?

Su voz brotó entrecortada y ronca, pero ella lo escuchó, y eso era lo que importaba.

Esperó su respuesta, sin aliento. Entonces ella puso una mano en su pecho, como si hubiera notado que había dejado de respirar.

—Respira, Juanito. He escuchado tu pregunta y he estado esperándola durante años. No sabes cuánto tiempo he estado esperando tu pregunta, amor mío.

John dejó escapar el aire. Aquello no era una respuesta, pero supuso que tal vez era todo lo que iba a recibir por el momento.

Cerró los ojos y se quedó dormido, feliz como un niño.

EPÍLOGO

—No entiendo cómo has podido invitar a ese hombre a tu boda. Es espeluznante.

Lola sonrió al ver a Evelyn estremecerse mientras miraba al conde di Farnesio. Este la saludó con la mano y una sonrisa radiante, como si no hubiera notado la aparente aversión de la joven señora Moorehouse.

—Te recuerdo que el conde no es el malvado que te imaginas. Y ahora, dame el ramo, el reverendo ya me odia bastante como para hacerle esperar más.

—¿Por qué te odia?

El propio párroco respondió a la pregunta de Evelyn al espetarle a la novia una bienvenida que hizo que todos murmurasen en la iglesia:

—Espero que esta vez haya venido sin armas, señorita. Le recuerdo que estamos en la casa de Dios.

Lola sonrió con toda la inocencia posible y miró a John, que aparentaba no saber nada del asunto.

Por suerte, el reverendo parecía volver a tener prisa por terminar, así que, antes de que todos se dieran cuenta, Lola estaba casada y John era tan feliz que apenas podía respirar.

—Creo que voy a desmayarme —murmuró, tomándole la mano con fuerza.

—Yo estaré aquí para sujetarte, Juanito.

John inspiró hondo y la miró a los ojos. Luego soltó el aire muy despacio. A su alrededor todo parecía haber desaparecido.

De pronto sonrió.

—Tal vez más tarde —dijo antes de besarla.